



EDITORIAL CÍRCULO ROJO

**EL FINAL
DE TODOS
LOS INVIERNOS**

DAVID ARRABAL CARRIÓN

DAVID ARRABAL CARRIÓN

EL FINAL
DE TODOS
LOS INVIERNOS

Índice

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
XXX
XXXI
XXXII
XXXIII
XXXIV
XXXV
XXXVI
XXXVII
XXXVIII
XXXIX
XL
EPÍLOGO
FINAL

Primera Edición Digital: Noviembre 2012

Maquetación: PremaEbooks

© David Arrabal Carrión

Fotografía de cubierta: © - Fotolia.es

Cubiertas y diseño de portada: © Luis Muñoz García.

DEPÓSITO LEGAL: AL 923-2012

Todos los derechos reservados

A mi hermano.

«Bajo un cielo torturado, de una tierra sin sol,
vendré por ti.
A través de siete puntos de Oscuridad,
más allá de las montañas y las ruinas,
vendré por ti.
A través de los campos de la ira y la nostalgia,
con Poder en la mano,
volveré, volveré.»

I

Se escuchaban infinidad de gritos por doquier, agónicos, furiosos, impotentes, de terror, maldiciendo al enemigo que mataba, las espadas al viento, la sangre derramada sobre los campos eternos, cuerpos profanados, pedazos de carne mutilada, vísceras desparramadas, cabezas abiertas, lanzas volando por los aires impactando en acelerados corazones, ríos rojos, lagos de fuego, miradas de rabia, odio, desesperación, sudor. Las espadas entrechocaban, escudos quebrados detenían crueles golpes, flechas certeras mataban sin honor, cabezas segadas, unos contra otros, hermanos contra hermanos, ángeles luminosos contra su propia luz.

UN RESPLANDOR, un fognazo, se hundió como un puñal en sus ojos. No sabía cuánto tiempo había estado vagando por aquellos oscuros parajes de frío y hielo, pero su cuerpo parecía haber recobrado el calor que le fue arrebatado. Valles de tinieblas espesas, rocas puntiagudas y cortantes, ríos de ácido helado que mordieron su piel y sus alas quebradas, todo ello dejado atrás en un penoso deambular, desorientado, confuso.

Aquel círculo brillante, dibujado en lo que reconoció como la Raíz del Cielo, el firmamento del extinto Edén, le cegó por completo. Una eternidad a oscuras había vivido durante milenios, cegado en la desolada prisión en la que fue encerrado y condenado. Había sido despojado de su luz, de su calor, de sus rasgos angelicales, y bien podía ser confundido con una escultura de roca sucia, decrepita, olvidada en la cima de una desierta montaña a merced de los elementos.

Acostumbrados sus ojos a la luz de la luna llena que iluminaba aquel bosque por el cual había escapado del Infierno, contempló sus manos otra vez, miles de años después, pues no las había podido ver desde el día en que las contempló teñidas por su propia sangre.

Vida, había vida allí. Roedores y aves nocturnas; algo podía distinguir con su borrosa visión, viendo como se escabullían entre las piedras y la espesa maleza. Se arrastró por la tierra húmeda, dejando que su cuerpo desnudo y gris como la ceniza se embriagara de libertad, lejos de las invisibles y firmes cadenas del Abismo. Su mente estalló en mil y una sensaciones olvidadas: la caricia del viento, el olor de la tierra, el resplandor tenue de la luna, los olores de las plantas, los árboles, el murmullo de los animales durmientes, el reír de los que caminaban en la noche. Un canto de libertad, magia que nunca había podido borrar de su memoria las interminables torturas sufridas.

Sintiendo un leve dolor se puso en pie. Kilómetros se había arrastrado por un estrecho túnel que había excavado en la roca viva tan sólo con sus manos. Respiró hondo, abandonándose nuevamente al placer reencontrado de aquel mundo que milenios atrás le había cautivado; por aquel mundo y por los humanos, tan inocentes en su ignorancia hasta que el Caído los mancilló, o así lo creyó antes de la Guerra del Cielo. Privados con crueldad de la comprensión y la sabiduría, del bien y del mal, del libre albedrío... así los descubrió cuando la mano de Dios fue la única que los guió.

Poco a poco su visión se recuperó de milenios de ceguera. Estaba desnudo, muy delgado, esquelético. Sus alas negras caían a lo largo de su espalda como una capa roída y desgastada. Tenía su largo pelo negro pegado a la cara, a la espalda y al pecho como si de un trapo mojado se tratase. Se miró el abdomen, viendo por un momento la sangre derramarse por la mortal herida que lo hundió en las tinieblas. Pero no había sido más que una terrible visión. La enorme cicatriz

que lucía, negra como el ébano, era el único testimonio del recuerdo de su Caída, cuando se reveló y combatió la Palabra de Dios.

Avanzó algunos metros entre la foresta, pero no pudo evitar caer de rodillas sobre la hierba. Pese al entusiasmo y la libertad recobrada, sus fuerzas fallaron estrepitosamente. Ya no era un ángel, un ser de luz. Su cuerpo material, apto para el sufrimiento y el dolor en el Infierno, necesitaba nutrirse. Tan sólo su voluntad, su fuerte deseo de salir del Averno para reencontrarse con ella, le había permitido el prodigio que ahora disfrutaba.

Se dejó caer, abatido por un despiadado cansancio que parecía haberlo estado esperando tras las sombras de los árboles, listo para cazarlo justo cuando se sentía mejor. Una de sus manos temblaba frente a sus ojos. Estaba sucia, ennegrecida por la sangre reseca que había escapado de sus deterioradas venas al excavar en la roca que separaba el Infierno de aquel mundo de vida, calor y luz. En su dedo corazón observó un desgastado y sencillo anillo... despojado como fue de sus armas, olvidada quedó aquella pequeña joya en su dedo, tan olvidada que ni él mismo la recordó hasta aquel instante en que lo tuvo frente a sus ojos. El regalo de su amada.

—Batshemesh—susurró, forzando con gran dolor unas cuerdas vocales que llevaban siglos sin vibrar—... Batshemesh, he venido por ti.

Se puso en pie, tembloroso, soportando el dolor de sus extremidades con los dientes apretados. Sabía que en aquellas condiciones no llegaría a sobrevivir una hora. Nutrirse era su principal preocupación ahora, ya que un ángel podía materializarse a voluntad o poseer el cuerpo de cualquier humano sin lastimar el alma de este, pero aquella ya no era una de sus virtudes. Para mantener un cuerpo de carne, sangre y hueso tenía que comer. El tormento volvió a su desgastada mente: carne humana para recobrar la materia, recordó, carne humana para poder caminar con pies terrenales por aquel mundo. Su débil cuerpo era una efímera ilusión en aquellas condiciones. El Infierno había sido una prisión dentro de otra prisión, pero el mundo de los hombres era el vehículo a través del cual participaba de la grandeza de la Creación. No estaba seguro a dónde se dirigía, pero caminó siguiendo un sendero que encontró a pocos metros de donde se encontraba. Podría intentar cazar un animal, una ardilla quizá, pero sabía que sería inútil. Debía comer carne humana para mantener su cuerpo y su fuerza, pues a la salida del sol todos los Guardianes serían conscientes de su presencia en aquel mundo que le fue prohibido y no dudarían en darle caza.

Caminaba preso del terrible crimen que debía cometer para seguir con vida, cuando cayó sobre la tierra nuevamente. Cerró los ojos y volvió a levantarse. Pensó entonces en aquella por quien había desafiado a su mismísimo Padre, por quien había logrado escapar del más terrible y oscuro de los mundos habidos; pensó en la humana que una vez fue su amor, su vida y consuelo en los tiempos en que la humanidad era joven y temerosa de Dios. Eran tiempos en los que la Palabra infundía devoción sobre una humanidad que el Creador manejaba a su antojo, creando y destruyendo civilizaciones con el único afán de dar con el paraíso perfecto. Recordaba ahora con una leve sonrisa la voz de la muchacha, su suave piel y sus ojos vivos e inteligentes. Él era su Guía, su Guardián, pero no pudo evitar enamorarse de ella. Quebrantó la Ley y la amó, la amó más que a su propia existencia, tanto que sabiendo del terrible castigo que recibiría, la mantuvo alejada de la mirada de Dios y de los demás ángeles.

Estaba agotado. Se apoyó en el tronco de un árbol justo cuando distinguió, no muy lejos de allí, unas luces fuera de la espesura del bosque; o eso le pareció distinguir. Respiró profundamente y se dirigió hacia allí.

—Batshemesh—repetía mientras caminaba. Ése era el nombre de su amada. Sabía que seguiría con vida después de tantos milenios. Quizá no ella misma, pero sí su alma.

Sintió en ese momento unas lágrimas sobre sus mejillas huesudas, un llanto que no podía

evitar. El amor que los unió finalmente fue descubierto y por ello ambos sufrieron un cruel tormento. Él fue ejecutado, atravesado por la cruel espada de un arcángel, y arrojado al Abismo donde yacen los Caídos. El castigo a la mujer fue aún más terrible y atroz, condenada a renacer eternamente, a vivir una vida tras otra, siempre ignorando sus anteriores reencarnaciones. Nunca encontraría la dicha, ni el amor, ni la fortuna. Viviría alejada de los placeres y el camino de la miseria sería su senda a seguir, sin Guía ni Guardián, abandonada e ignorada por el Destino.

Por fin llegó a la linde del bosque. Frente a él se abrió el paisaje, quedando a sus pies las luces de una gran ciudad. Calculó que los primeros edificios estaban a unos cinco kilómetros de allí. No le quedaba más remedio que avanzar. El camino era cuesta abajo, plagado de socavones y desniveles que le entorpecieron sobremanera. Su creciente debilidad era el mayor obstáculo, provocándole caída tras caída. Al levantarse tras un nuevo traspié, se encontró sobre el asfalto de una carretera que serpenteaba descendiente. Miró hacia ambos lados, y tan sólo el viento corría por aquel lugar. Tambaleándose comenzó a caminar por allí, cansado de la irregularidad del terreno. La ciudad quedaba más cerca.

No sabía en qué punto de la Historia se encontraba. Tampoco sabía si aquel mundo era el Edén que contempló milenios atrás o si se trataba de un nuevo mundo más adecuado para los hombres. Las luces de colores en la noche le hicieron suponer que éstos no habían dado un paso atrás. No sentía el olor del fuego ardiendo en las antorchas ni en las hogueras de los hogares. ¿Dominarían entonces el arte de la electricidad?

Pero un atronador sonido lo devolvió a su inmediata realidad. Ante él apareció una luz amarilla que lo cegó por completo. En pocos segundos, su cuerpo fue golpeado con gran violencia y quedó tirado sobre el asfalto, inmóvil.

Un coche detuvo su carrera con un frenazo que lo llevó al carril contrario. Del vehículo salieron dos chicas dejando tras de sí una estela de humo acumulado en el interior. Una de ellas dio unos pasos hacia el extraño cuerpo inerte que acababan de atropellar.

—No me jodas tía —gritó la que se quedó junto al coche—. Dime que no está muerto.

—Calla —le increpó la otra, dando un manotazo al aire—. Esto es muy raro.

—¿Qué pasa? —se interesó la primera, tirando la colilla de un porro al suelo.

—Joder, Sara... debe ser un travesti o algo —dedujo—, parece que lleva un abrigo de plumas. Mierda, no se mueve.

—Vámonos Andrea —Sara se acobardó y se metió en el coche—. Anda y que le den... seguro que está borracho.

En ese momento, justo cuando su amiga dio un paso atrás, el cuerpo tendido en el suelo se movió. Se puso en pie lentamente, acompañando cada movimiento con un quejido, con claros síntomas de dolor. Las dos muchachas se asustaron y sus mentes se nublaron. Sara, se sentó en el asiento del piloto y puso el coche en marcha. Andrea no supo reaccionar al contemplar la figura del ser alado que se irguió ante ella. Parecía un hombre, muy alto, de casi dos metros. Iba completamente desnudo y lo que ella había confundido con un abrigo de plumas no era otra cosa que dos alas negras. La luz de la luna no alumbraba lo suficiente como para mostrarle el rostro de aquel ser, pero sí pudo entrever un leve destello en sus ojos, inmersos en las sombras tras un cabello lacio y negro como la noche más oscura.

El ruido del motor de su coche la sobresaltó justo cuando aquel ser comenzó a caminar hacia ella. Sara estaba girando el vehículo, encarándolo hacia ella.

—Mierda, tía —gritó la conductora—, aparta, que me lo llevo por delante.

Andrea reaccionó tan lentamente que su amiga estuvo a punto de atropellarla cuando pasó de largo. Giró la cabeza tan rápidamente como pudo, esperando ver un nuevo accidente, pero no fue

así. Aquel ser esquivó el coche, yendo este a salirse de la carretera y caer terraplén abajo con un gran estruendo. Andrea se arrodilló y rompió a llorar sin apartar la vista del lugar por donde había caído su amiga.

—Corre —le dijo el extraño ser, que olfateaba el aire percibiendo un aroma que ella no podía ni imaginar—. Corre, ve a tu hogar y olvida.

La chica sintió inmediatamente un miedo atroz, una terrible sensación de pánico recorrerle el cuerpo. La profunda voz de aquel hombre alado parecía surgir de un abismo, acompañada de un eco fantasmal. Se puso en pie aterrada, temblorosa, ignorando el accidente de su amiga, olvidándolo, y comenzó a correr carretera bajo, gritando, desquiciada.

Cuando la muchacha desapareció de su vista, el ángel gris volvió a olfatear sin preocuparse por lo sucedido. Había percibido el aroma de la pronta muerte, el olor de un alma a punto de abandonar su cuerpo. Descendió por el terraplén siguiendo las huellas del accidente. Pronto dio con el coche, estrellado contra unas grandes rocas. Inspeccionó el interior del vehículo y confirmó su certeza. Aquella humana estaba a punto de morir. Sin duda alguna, quitar la vida a los humanos no era de su agrado, nunca lo fue, pero necesitaba nutrirse. Así que acabó con la agonía de la chica que, inconsciente como estaba, no sintió su vida apagarse.

Por fin había comido. Su cuerpo recobró en pocos minutos la robustez perdida, la fuerza de antaño y la capacidad sensorial que hacía de los ángeles seres superiores. Su piel seguía siendo gris como la ceniza y sus alas, todavía deterioradas, reflejaban en su negrura la luz de la luna. Su largo pelo negro ondeaba con las suaves ráfagas de viento que esparcían el olor a sangre y gasolina.

Sintió una gran pena por aquella joven, por las personas que la llorarían, por las experiencias y sensaciones que ya no podría vivir, y eso, a Araziel le entristeció enormemente.

II

*Y los ángeles lucharon entre ellos, y muchos buenos corazones murieron entonces.
Campos enteros quedaron cubiertos de cuerpos sin luz, destrozados, profanados,
empalados, condenados a la oscuridad por siempre.*

IRENE ABRIÓ LOS OJOS ATERRADA, sudando, con el corazón golpeando frenético en su pecho. El pijama, las sábanas, toda su piel, estaban empapados en sudor. Buscó con la mirada un punto en su alrededor que le permitiera aferrarse a la realidad, siendo incapaz de asimilar el terrible sueño que la había hecho despertar. Estaba en su habitación. Sintió un gran alivio. Todo parecía estar en su sitio, el despertador marcaba las tres de la madrugada y las luces de las farolas de la calle a duras penas traspasaban la tela oscura de las cortinas. Podía escuchar el viento soplar fuera, sacudiendo y alborotando las ramas sin hojas de los árboles. Se incorporó y encendió la lamparilla de noche. Buscó la botella de agua que siempre tenía junto a la cama y dio un buen trago. Respiró profundamente varias veces hasta que notó su corazón tranquilo. Se recostó sobre el cabecero de la cama y encendió un cigarro.

—Mierda —murmuró. Acababa de tener el sueño, la pesadilla, más impactante de su vida. No recordaba bien, pero sí la imagen de miles de hombres, guerreros tal vez, que se mataban unos a otros mientras gritaban en un idioma incomprensible. Después uno de ellos, ensangrentado, moribundo, le hablaba, sin entender lo que este decía. De pronto, como sucede en los sueños, se había visto sujeta por tres hombres al tiempo que un cuarto la violaba mientras le gritaba y pegaba. Y ahí despertó, sola, en su cama. Apagó el cigarro sin acabar de consumirlo y se levantó.

El lavabo estaba frío, muy frío. La calefacción no funcionaba desde hacía tres días. Algo pasaba con la caldera, le comentó aquella tarde el propietario del edificio. Permaneció sentada en el váter, tapada con su bata de franela como si de una manta se tratara. Ante ella estaba la pica y sobre ésta el espejo. Levantó la cabeza hasta que pudo ver sus ojos reflejados. Tenía ojeras, otra vez. Últimamente dormía poco y mal, aunque no había tenido pesadillas hasta aquella noche. Repasó en un momento aquel invierno que terminaba. En noviembre la dejó su novio, con el que había vivido en aquel mismo piso algo más de tres años. Fue todo un récord en sus relaciones, se recordó con una triste sonrisa reflejada en el espejo. Arturo aguantó sus constantes cambios de humor, sus fobias y sus malas rachas como ningún otro hombre lo había hecho en sus treinta años de vida. Tenía una facilidad pasmosa para apartar de su vida a todo aquel que se preocupaba por ella, que la quería. Eso le recordó a sus padres, de los que se alejó a los diecinueve años, cuando se enteró que era adoptada.

Encendió otro cigarro.

Las cuatro de la madrugada. No podía volver a dormir. Se tumbó en el sofá del comedor, junto al radiador eléctrico y extendió dos mantas para taparse. En la tele no daban nada interesante, repetición de programas, series antiguas, videntes exóticos echando las cartas y concursos telefónicos. Le escocían los ojos pero no lograba retomar el sueño, como si alguien se dedicara a levantarle los párpados cada vez que estaba a punto de cerrarlos.

Las cinco. Las seis. Las siete. Hora de levantarse, se dijo con una amargura sarcástica. Lejos del radiador seguía haciendo frío. Tampoco había agua caliente. Calentó una olla de agua en la cocina y se aseó como bien pudo. Cogió su uniforme del tendedero y se vistió con una desgana

aterradora. Odiaba su trabajo, aquel centro comercial, siempre lleno de gente ruidosa, gente cansina y maleducada. Por lo menos le permitía pagar el alquiler del piso, se recordaba constantemente. El coche lo había vendido tres meses atrás, pues con sólo su sueldo no podía hacer frente a los gastos. Su vida iba cuesta abajo desde que comenzase el invierno, se volvió a recordar mientras cogía las llaves, el bolso y se ponía el abrigo. No es que su vida hubiese sido una alegría constante, pero conforme iba cumpliendo años, más sola se iba quedando, se iba sintiendo.

Las ocho menos cuarto. En la parada del autobús estaban las mismas personas de cada día. Jueves, pensó mientras se apoyó en una farola. Conectó el mp3. Una canción de Loreena McKennitt comenzó a sonar; para la tarde anterior, cansada y hambrienta después de su jornada laboral, había estado bien, pero necesitaba algo más movido a esas horas de la mañana. Tenía sueño, y no quería quedarse dormida en el trayecto. Avanzó en el listado de canciones y dejó sonar Héroes del Silencio. “Amanecí con los puños enterrados...”, cantó en silencio al escuchar la voz del cantante. Encendió un cigarro y negó con la cabeza, resignada, sumergida en sus pensamientos.

—Muchacha —una voz la devolvió a la realidad—, ¿subes?

Una mujer esperaba a medio subir los peldaños de acceso al autobús y la miraba con una sonrisa.

—Gracias —se sonrojó Irene.

Media hora de trayecto y estaba nuevamente frente a la entrada de empleados del centro comercial donde llevaba siete meses trabajando, desde que la despidieran de su anterior trabajo, en una tienda de animales. Quizá en aquel momento, ser dependienta en aquella tienda, rodeada de olor a piensos, cachorros de perro y heces de pájaros, no era lo que más deseaba y apreciara en el mundo, pero verse de cajera en el supermercado de un centro comercial le superaba cada día que pasaba.

Entró, y tras un largo pasillo accedió al parking donde se encontraba el vigilante que controlaba el acceso del personal. Varias de sus compañeras y demás empleados del centro esperaban en una desordenada cola. El vigilante golpeaba la máquina de fichar. Varios golpes después volvió a funcionar. Uno a uno iban pasando. Irene rebuscó en su bolso, pero no encontró la tarjeta para fichar. Otra bronca del vigilante, se aseguró a sí misma. Y así fue.

Dejó el bolso y el abrigo en su taquilla y se peinó con la mano frente al espejo del vestuario. Otras dos cajeras se retocaban el maquillaje mientras chismorreaban y reían. No sabía, ni quería saberlo, de quien estarían haciendo burla, pero podía ser de ella misma. Tanto le daba. Si algo tenía bien claro es que según qué tipo de personas no las quería en su vida más que lo justo y necesario, y todo aquel que trabajaba allí no era ninguna excepción a esa regla. No es que todo el mundo allí fueran malas personas, pero Irene siempre había tenido desarrollado una alta falta de interés por los demás y se esforzaba en que los demás sintieran lo mismo hacia ella.

—Hola —una voz cálida y alegre la sorprendió camino de la línea de cajas, justo cuando pasaba por la sección de droguería. Era Marta, una chica de veinticinco años, que trabajaba en Atención al Cliente. Irene aminoró el paso y le sonrió cuando ésta le alcanzó. La muchacha le devolvió la sonrisa—. Tía, ayer volvieron a ponerte una queja... uno que decía que para haberse gastado trescientos euros le habían tratado con frialdad y poca simpatía.

—Esos trescientos no me los dio a mí —replicó Irene—. Hay gente que tiene que entender que después de siete horas aguantando gilipolleces una no puede sonreír porque sí a nadie, aunque éste se deje mil euros en la compra.

—Yo sólo te lo digo porque el cabrón de Alfredo está buscando excusas para ajustar la

plantilla —Marta era de las pocas personas que allí dentro se preocupaban de los demás. Tenía vocación para estar en Recursos Humanos, pero debió elegir entre Atención al Cliente y el paro a la semana de empezar trabajar.

—A veces creo que el despido es el empujón que necesito para cambiar de vida —se sinceró Irene—. Tú no te preocupes por mí.

III

Lucifer sonrió satisfecho y alzó su enorme espada en espera del ataque. Batió sus alas, sucias, manchadas por la sangre de sus enemigos, y todos quedaron maravillados, pues su magnificencia era realmente superior a la de cualquier ángel; él fue una vez el Primero.

Sus dorados cabellos ondearon al viento.

Las espadas chocaron y un gran rugido estremeció el Cielo. A cada golpe resonaba un nuevo estallido y todos se acurrucaron entre sus rodillas, asustados, temiendo que el Universo se desplomase sobre sus cabezas o el abismo abriese sus fauces y se los tragase para siempre. Pero no podían evitar alzar las cabezas y contemplar el cruel combate entre hermanos.

—LO HE VISTO, Abbadón —susurró Rochel, sonriente, caminando entre las estrellas desperdigadas por el vacío del Espacio infinito—. Aquel que ha escapado camina ahora por el mundo de los hombres con pies terrenales.

—No puede ser, no puedo concebirlo —Abbadón se puso en pie y contempló el universo bajo él. En su mano derecha, siempre fría, agarraba con una fuerza descomunal la cadena que retenía a Lucifer en el Infierno. Milenios llevaba como guardián de aquel lúgubre lugar que se encontraba a años luz de donde ahora ellos dos observaban, suspendidos en el Cosmos, con un ojo en el final de aquella cadena y el otro posado sobre la Tierra—. No entiendo como no pude verlo escapar. Mis ojos nunca han dejado de vigilar, jamás aparté la mirada de sus tristes rostros.

Abbadón respiraba tranquilo. Dominaba su ira al igual que aquella indestructible cadena, aferrando con fuerzas sus sentimientos, ahogándolos en el frío del Universo infinito.

—También la he visto a ella —Rochel extendió una mano y mostró la Tierra sobre la palma, como si de una fruta se tratase. La hizo flotar, girar, y la alzó a la altura de sus ojos—. Araziel va en su busca. Observa esta esfera, Abbadón, están cerca el uno del otro. ¿Lo ves? Sabes tan bien como yo que Él escribió en estas estrellas que nos rodean su destino, su maldición.

—Y Araziel vuelve a desafiar la Ley —Abbadón comenzó a llorar, vertiendo lágrimas frías sobre la Tierra y la palma de Rochel.

—No hay perdón para nuestros hermanos caídos —Rochel cerró la mano y la imagen del planeta se desvaneció—. Estas lágrimas que has vertido limpiarán el mundo de los Hombres para que nuestros semejantes puedan ir en busca de Araziel.

—Matad a Batshemesh y que su dolor sea así más intenso que el de Lucifer —rugió Abbadón, haciendo estremecer constelaciones enteras—. Devorad el alma de esa mujer y que no pueda así volver a hallarla, ni en la Tierra ni en el Infierno.

—No puede ser —Rochel borró toda sonrisa de su cara—. Él no permitirá que el castigo que impuso a la mujer tenga fin. Olvida esa idea, amigo, hermano, pues aunque tu cometido te de privilegios que los demás no tenemos, no puedes ignorar Su Palabra.

—¿Privilegios, dices? —Abbadón levantó la cadena y la apretó con fuerza frente a los ojos de Rochel—. Esto no es ningún privilegio, hermano. El castigo del Maldito, del Caído, es mi prisión. Fui elegido por la Voluntad Divina, nunca se me preguntó.

—Siento haberte alterado —Rochel apoyó su suave mano sobre el puño encadenado de

Abbadón—. Es cierto que el peso que soportas te aleja cada segundo que pasa de la Palabra y el Amor. No quiero herir tu esencia. Disculpa.

—Supongo que Él ya habrá elegido a la mano ejecutora, ¿verdad? —Abbadón volvió a sentarse sobre el firmamento, cansado y desmoralizado—. ¿Quién de entre nuestros hermanos corregirá mi descuido?

—El mismo Elemiah —volvió a sonreír Rochel.

—Elemiah es quien susurra el Destino de Batshemesh —Abbadón quedó por un momento sorprendido. Jamás un ángel había abandonado su Tarea, y éste había sido el elegido para guiar en la desgracia y la decadencia a Batshemesh en sus distintas encarnaciones. Sus palabras, susurradas directamente al alma de la mujer, nunca dejarán que ésta disfrute de la felicidad o el descanso, ni del amor ni del gozo—. ¿Permitirá pues el Altísimo que la mujer sea libre durante el tiempo que precise Elemiah para devolver a Araziel al infierno?

—Sabes al igual que yo que Sus planes jamás nos serán revelados antes de que sucedan —Rochel comenzó a alejarse lentamente—. Mil legiones de ángeles tiene a su disposición si lo precisa, así que si es su Voluntad redirigir el destino de la mujer, sus razones tiene. Al fin y al cabo, su Amor puede ser eterno.

Rochel desapareció caminando entre nebulosas y estrellas solitarias. El Cosmos era la puerta y el camino al Cielo. Abbadón contempló con efímera tristeza el vacío dejado por su hermano. Volvió a concentrar totalmente su atención en el otro extremo de la cadena, contemplando con ira el rostro apagado, gris e inerte de Lucifer. El Infierno no era tan sólo aquel lejano y lúgubre lugar donde yacían condenados los rebeldes, los caídos, los derrotados. El Infierno también era no poder recuperar sus atributos angelicales, su esencia divina, y permanecer allí, sólo, tan encadenado como su odiado Lucifer.

IV

POCO ANTES DEL AMANECER había llegado a la ciudad. Ocultándose en las sombras menguantes de los callejones y rincones, fue avanzando, adentrándose en la gran urbe. Consiguió esquivar a todos los humanos que le iban saliendo al paso. Buscaba un lugar donde poder estar solo, a salvo de las miradas, tanto de hombres como de ángeles, y concentrar sin distracciones su esencia para localizar la fragancia del alma de Batshemesh. Sabía que se encontraba en aquella ciudad que poco a poco se despertaba y desperezaba, llenando sus calles de ruido y ajeteo. Estaba seguro que en alguna de aquellas calles, en alguno de aquellos edificios, encontraría a su amada.

Sus manos reconfortadas por el Don de la carne, de nuevo fuertes, compensaron la debilidad de sus alas negras y logró trepar sin muchas dificultades a lo alto de una vieja fábrica reconvertida en museo. Se detuvo en mitad de la azotea, rodeado de bidones de metal vacíos y herramientas oxidadas, olvidadas. Tenía la esperanza de poder contemplar, milenios después, la luz del sol y disfrutar de su calidez. Aquella sensación perdida sería lo más cerca de Dios que nunca volvería a estar. El amanecer avanzó lento, y cuando sus ojos creyeron percibir la curva silueta del Gran Astro, una repentina tormenta, al igual que nubló el cielo, dejó a su negro corazón si el deseado calor. La mañana se tornó oscura tarde, como si la noche fuera a caer tan repentinamente como aquella lluvia maldita.

De pie, mirando al cielo sobre su cabeza, empapado, pasmado, de nuevo cansado y sintiendo gran aflicción, cerró los puños al tiempo que sentía aquel olor en el ambiente, un dulce aroma en el agua que caía cruel y despiadada.

—Lágrimas de un ángel —murmuró para luego gritar, rugir—. ¡Lágrimas de un esclavo!

Sabía muy bien qué significaba aquella lluvia. Su fuga había sido descubierta y su caza estaba en marcha. Lágrimas de un ángel para ocultar a todos los ángeles que pisaran de nuevo la tierra. Ellos no necesitarían comer carne humana, ni desfallecerían ni perderían su fuerza y su luz por mucho tiempo que allí permaneciesen. Pero aquella circunstancia, aquel camuflaje, a él también le favorecía.

Le habían descubierto demasiado pronto. Araziel no era el primer Caído que lograba escapar del Infierno, pero jamás ninguno de sus predecesores había regresado al Infierno. Si habían sido cazados o lograron esconderse y pasar inadvertidos entre la humanidad era algo que ignoraba. No sabía cómo moverse por aquel mundo que desconocía, que había cambiado demasiado desde la última vez que lo pisara. Miraba a su alrededor y sólo distinguía enormes moles de piedra, acero y cristal, construcciones donde ahora vivían los hombres. Lejos quedaba el Edén y sus verdes praderas, sus ríos cristalinos, sus selvas, lagos, mares, montañas y bosques.

De pronto sintió el ruido, la suciedad, el penetrante mal olor de la sociedad humana perforando sus sentidos. En su cabeza resonaba el eco de la fuerte lluvia golpeando con furia aquel paisaje que le angustiaba.

Pero abrió sus alas, desafiando a los elementos, al miedo y a la desesperación, mostrándose al cielo con una decidida mirada de desafío y rabia.

—¡Escúchame —gritó a pleno pulmón, elevando su voz por encima del ensordecedor repicar del agua, de los truenos y el tráfico de la calle—, me he liberado de tus cadenas, he roto tu Ley, tu Palabra, tu Voluntad... He venido a tu Paraíso por ella, para borrar las tinieblas de su vida... Yo, desde la oscuridad en la que me condenaste a resucitar, cruzando desiertos de dolor y

olvido, a través de mares de locura y desesperación, he venido a liberarla... aunque mi esencia se desvanezca en el Tiempo... la victoria será mía!

V

No puedes dormir, esta noche tampoco. Resígnate, enfádate tanto como quieras. Estás sola, tan sola como cada día, como cada noche, como siempre, desde que recuerdas, porque sabes bien que nadie quiere estar a tu lado. Laméntate. Llor.

La angustia entra en tu pecho como un cuchillo corta el aire, sin resistencia. Siéntela agarrar tu corazón y apretar con fuerza. Sigue llorando, quizá no puedas caer más bajo. Ya no te queda nada por lo que vivir. Nunca has sido una luchadora, nunca el valor fue una virtud en tu mirada. La vida te ha ido dando golpes, tantos como ha querido, y tú nunca has podido hacer nada, salvo llorar, gritar, lamentarte, preguntar por qué y caer en la espiral de la desdicha una y otra vez.

Tu infancia siempre vuelve, siempre a estas horas de la noche. Recuerda a tu madre, que siempre supo que no eras su hija y nunca te miró con amor. La verdad es que nunca te quiso, lo sabes. Tu padre ausente, desentendido de tu lamentable vida... pero no puedes olvidar, porque la culpa es tuya, siempre lo ha sido. Ni sus voces ni sus miradas podrás jamás apartar de tu memoria, tatuadas en tu negra alma. Se apagarán sus vidas por tu culpa, por el dolor que causaste, y eso te atormentará hasta el final.

Recuerda.

Sufre.

Pero despierta, no tienes derecho a dormir. Esta noche tampoco.

Frente a ti siempre ese horrible televisor, compañero en tu soledad. Observa la estupidez humana de la cual tú eres parte, triste y amargada mujer.

Nadie soporta tu compañía, nadie necesita tu amor. Vivir en esta soledad es lo mejor que te puede suceder. Convéncete de ello. Cada hombre que ha pasado por tu vida ha huido cansado, harto de tus vacías palabras, de tu falta de amor propio y la desgana que destilan tus actos. Estas sola, ese es tu destino.

Hoy te han echado del trabajo. Piénsalo, es culpa tuya, toda tuya. Fuma, pero no te sentirás mejor. Ni el alcohol puede esta noche consolar tu corazón. La estabilidad que tanto buscas se esfuma al igual que el humo del cigarro. Se consumen tus días, y en tu mirada frente al espejo lo puedes ver. Esa mujer que se refleja cada día te es más ajena. Quizá debas ir pensando en deshacerte de ella para siempre.

Vuelve a despertar. La cama es incómoda. Por mucho que te muevas no lo solucionarás. El sudor de tu piel es como una sábana pesada y oscura, cargada de miedos y pesadillas tan reales como la mísera vida que arrastras. No lo olvides, tú

eres la culpable de tu miseria.

La muerte puede ser una solución a esta vida. Pero eres tan cobarde que ni para suicidarte vales. Despierta y llora, no dejes de hacerlo. Tantas veces como has cogido una cuchilla y nunca has dado el siguiente paso. Tampoco desde la altura has encontrado la salvación, el fin.

Pero esta noche que pronto terminará debo decirte adiós. Hoy escribiré en tu alma el final de tus días, otra vez.

Así pues, cuando salga el sol, si logra hacerlo a través de la incesante lluvia que bendice esta tierra impura, vas a encontrar el valor, por fin, para dar por terminada tu existencia.

IRENE ABRIÓ LOS OJOS ASUSTADA, gritando, sudando y temblando. Se llevó la mano al pecho, al corazón, pues tenía la sensación de que algo se lo había arrancado de cuajo. Su respiración se entrecortaba a cada bocanada de aire que entraba en sus pulmones. Se sentía terriblemente agotada, desdichada, cansada de vivir.

Encendió el último cigarro que le quedaba en la mesilla de noche y lo fumó mientras su mirada se perdía más allá de la lluvia que caía incesante al otro lado de la ventana del dormitorio. La luz de los intermitentes relámpagos la iluminaban, dotando a su piel de una palidez mortal. Aplastó la colilla en el cenicero que reposaba junto a la cama, en el suelo, y volvió a tumbarse. Se tapó y acurrucó, y comenzó a llorar, otra vez.

VI

PARA ELEMIAH NO FUE DIFÍCIL dar con el rastro de Araziel.

Después de elevarse sobre la ciudad, gracias a su portentosa vista, observó al norte de la ciudad, en un terraplén bajo una carretera secundaria, los restos de un coche accidentado. Acudió al lugar, pues la incesante lluvia de Abbadón eclipsaba prácticamente todos sus sentidos angelicales, y confirmó lo que había intuido: el cuerpo de una mujer parcialmente devorado y unas plumas negras esparcidas alrededor, como si un gran pájaro hubiera alzado el vuelo.

—Vuelas de nuevo —sonrió Elemiah, de pie sobre el techo del vehículo. Abrió sus esplendorosas alas blancas, las agitó varias veces, removiendo el aire a su alrededor. Las plumas negras del suelo se elevaron y cogió una de ellas. Miró al cielo, dejando que aquella fuerte lluvia purificase su cara. Llevaba milenios oculto, siempre susurrando a Batshemesh su tragedia diaria. Necesitaba sentir aquella agua sobre su piel, limpiando así toda la carga negativa que había acumulado, tanto odio y tanto dolor infligidos al alma de la humana con toda la malicia que le era posible transmitir.

Las últimas luces del día se iban apagando. Elemiah sabía que Araziel buscaría con desespero a su amada, pero gracias a la incesante lluvia le sería imposible dar con ella. Tanto el físico como la esencia de la mujer habían cambiado demasiado, siempre bajo el capricho del Destino y sus oscuras palabras. Cierto era que sin aquella agua divina, Araziel rastrearía sin problemas el alma de Batshemesh.

Justo cuando saltó sobre la hierba manchada de sangre, y gracias a la luz de un relámpago, Elemiah pudo ver su busto reflejado en los cristales del coche. Sonrió con amargura. Había perdido su forma luminosa. El contacto continuo con la mujer, el permanecer tantos siglos en aquella parodia del Edén donde ahora vivían los hombres, había hecho desaparecer la mayor parte de sus atributos angelicales. Sus alas de luz se habían vuelto blancas, mostrando entre sus plumas ásperas sombras e imperfecciones, como las de una gran ave cansada de batirlas. Su piel era pálida, sin brillo, sin destellos. Su larga cabellera rubia simplemente se había vuelto una burla, pues atrás quedaron los tiempos en que su resplandor bien podía haber rivalizado con los rayos del sol, reflejados a su vez en unos ojos amarillos como el trigo listo para la cosecha. Pero lo que más le entristecía era la forma femenina que su cuerpo había adquirido. Milenios junto a Batshemesh habían transformado su cuerpo ligero y liviano, sin rastro de sexo o condición alguna, en la imagen de una mujer que él repudiaba con toda su fuerza. Era el precio a pagar, lo sabía muy bien, siempre lo supo. Un ángel no podía evitar mimetizarse con las esencias que comparten su existencia. Por aquel motivo odiaba a Araziel, pues éste bien pudo amar a aquella mujer sin perder su forma divina. Por aquello mismo aceptó con orgullo su Trabajo, la Voluntad de Dios, y guió el alma de Batshemesh en su castigo.

Aunque pronto odió su Destino.

Con aquel pensamiento, lleno de ira y dolor, Elemiah abrió sus alas y alzó el vuelo.

Tenía la pluma negra de Araziel en un puño, concentrándose en el rastro de la esencia que ésta desprendía. Pronto encontró el paradero de su presa.

Planeó primero sobre los fríos edificios, esperando que la noche llegara. Con su prodigiosa vista encontró al Caído saltando de tejado en tejado. Le costó un gran esfuerzo no abalanzarse sobre él, pero sabía que tenía que esperar. Miraba la pluma negra sin perder de vista a su dueño,

esperando que perdiese sus propiedades. Cuando se marchitase como una flor lejos de la tierra y el agua, llegaría el momento. Araziel tendría que alimentarse, pues su cuerpo no era más que una ilusión sustentada por la carne y la sangre de la chica muerta del coche. Tarde o temprano tendría que alimentarse nuevamente, y aquel preciso instante de debilidad sería el indicado para dar fin a su existencia terrenal y devolverlo al lugar de donde procedía, al lugar del cual nunca debería haber salido.

VII

ARAZIEL HABÍA ESTADO TODO EL DÍA buscando sin éxito a su amada. La lluvia impedía a sus sentidos angelicales dar con Batshemesh. Sin duda aquellas lágrimas pertenecían a un poderoso ángel, pensó.

Anduvo así, con relativa tranquilidad por las grandes avenidas de la ciudad, saltando de azotea en azotea, de tejado en tejado, planeando con sus deterioradas alas sobre aquella ciudad gris y ruidosa. Por mucho que agudizó sus sentidos no pudo impedir que la frustración le cegase aún más que la incesante lluvia. No sabía qué aspecto tendría Batshemesh. La recordaba perfectamente, con su largo pelo negro y su tez morena, cálida y suave, siempre bajo el sol joven y puro que iluminaba sus ojos del color de la miel. Delgada, menuda, sonriente y llena de vida, así la recordaba, mas sabía que aquella belleza se habría deteriorado, que se le habría negado como consecuencia de sus reencarnaciones, como parte de su castigo. Araziel lloró amargamente, impotente, rabioso, odiando al Cielo.

El día pasó rápidamente y la noche le sorprendió en el tejado de una antigua catedral en el centro de la ciudad. Observó sin mucha curiosidad las imágenes esculpidas que desde aquella altura podía distinguir más abajo, en la fachada. Imágenes de ángeles elaboradas en piedra gris, tan inertes como sus hermanos en el Infierno, pensó, como si en un intento de glorificar al Señor, los humanos recordasen a los Caídos.

—En esto os habéis convertido —susurró—, fieles devotos de quien os engaña con un falso libre albedrío.

Se puso de cuclillas y sacudió sus alas varias veces en un intento inútil por deshacerse la lluvia que las empapaba. Agudizó nuevamente sus sentidos, pero no daba con el alma de su amada. Paseó la mirada por la calle que se extendía a izquierda y derecha varios metros abajo. Bajo las farolas de luz naranja alguna persona solitaria pasaba con paso rápido, protegida de la lluvia con paraguas o chubasquero, ajena a su presencia sobre el tejado de la catedral, como si de una figura de piedra más se tratara.

El repicar de campanas le sorprendió. Saltó sobrecogido hasta el edificio más cercano, al otro lado de la calle, justo en frente del campanario. El pesado metal repicó cuatro veces. No sabía de qué se trataba, pero pronto su atención se centró en alguien que entraba en la catedral. No había sido casualidad que la imagen de su amada se perdiera en sus pensamientos más íntimos y un instinto primario se despertara de golpe, fuerte, imposible de ignorar. Hambre. Tenía que alimentarse, otra vez.

Su cuerpo de carne y hueso comenzó a temblar descontroladamente. Sentía como perdía fuerza, como las piernas le fallaban y su corazón se aceleraba hasta el punto que temió que le saliera del pecho. Miró su piel, su cuerpo desnudo, cada vez más gris, más oscuro.

Con gran pesar comprendió que no tenía más remedio que volver a comer carne humana. Miró abajo, a la calle, pero no había señal de vida. La lluvia caía con fuerza y ya nadie pasaba por allí. Pensó en la persona que acababa de entrar en aquel gran edificio, y supo que no le quedaba más remedio que ir en su busca. Salvar a Batshemesh, encontrarla antes de que decidieran acabar con ella y perder así el rastro de su encarnación en aquel momento de la Historia, eso era lo más importante, y ninguna vida humana se lo iba a impedir.

Reunió todas las fuerzas que le quedaban y saltó contra una gran vidriera con la imagen de

un ángel atravesando con una lanza el cuerpo enroscado de una serpiente. Rompió los cristales y cayó aparatosamente en el interior de la catedral, golpeándose contra los bancos de madera que, en largas hileras se extendían frente a una gran cruz. El estruendo resonó en las paredes de piedra. Sin duda, quien quisiera que allí viviese, ya estaría alertado de su presencia.

Se incorporó dolorido y estudió su alrededor. Todo estaba a oscuras. Tan sólo las débiles llamas de algunos cirios bailaban bajo la imagen de una mujer con un niño en brazos. Contempló la gran cruz que presidía la enorme estancia. La figura de un hombre allí clavado, prácticamente desnudo, le sorprendió. Bajo ella, otra cruz, más pequeña, dorada, presidía un altar de mármol.

—¿Estás bien, hermano? —la voz temblorosa de un hombre le sorprendió. Araziel se giró y pudo contemplar la cara de estupor de un hombre pequeño, vestido con una túnica oscura y que portaba en su mano derecha un extraño aparato que emitía una luz blanca.

El cura no daba crédito a lo que veía, a la figura que se levantaba ante él. Uno de los relieves de la fachada parecía haber cobrado vida. El miedo le impedía moverse. Aquel ser era realmente alto.

—¿Puedes verme? —preguntó Araziel con voz temblorosa, sintiendo como sus fuerzas se apagaban sin remedio. Tuvo que arrodillarse para no perder el sentido. Miró primero al pequeño hombre y luego la cristalera rota por donde había entrado. Al estar a salvo de la lluvia, el poder de camuflaje de la misma ya no surtía efecto. Volvió a mirar al cura, quien balbuceaba palabras sin sentido mientras reculaba y se santiguaba.

—Que Dios me proteja —decía una y otra vez.

—Dios no está aquí —Araziel elevó su voz—. Dios no quiere veros.

—¿Pero qué dices... quién eres? —el hombre cayó al suelo tras tropezar con el primer peldaño de una corta escalera de mármol que subía al altar.

—Vivís en una falsa libertad —la voz de Araziel resonó temblorosa—. Hace tiempo que Él manipula vuestra voluntad, vuestro destino. Traicionasteis a aquel que os ofreció el Fuego de la Sabiduría, la Luz para vuestras mentes simiescas... aunque no os culpo, yo vi la verdad mucho tiempo después.

—Eres un demonio —gritó el cura, arrastrándose de espaldas por los escalones, hacia el altar.

—Demonio —sonrió el ángel gris—. Sí, así llamasteis a los falsos ídolos... Demonio... ¿en eso nos habéis convertido ahora?

El cura agarró la cruz de oro del altar, pero Araziel no le dejó tiempo para más. Justo cuando sintió que iba a caer desplomado, en un último alarde de fuerza y voluntad, se abalanzó sobre el hombre y desgarró la carne del cuello de éste con sus manos. Luego comió.

VIII

—JAMÁS PENSÉ EN VOLVER A VERTE, hermano —Araziel reconoció aquel timbre de voz, lleno de un eco fantasmal, como viniendo de otro tiempo. Cerró los ojos y respiró profundamente. Como bien seguro estaba, pronto habían dado con él. Aquella voz pertenecía innegablemente a un ángel. De la misma manera que sus cuerpos no delataban condición sexual alguna, sus voces tampoco.

La luz blanca de un relámpago iluminó desde las ventanas y vidrieras el interior de la catedral. Araziel se puso en pie al tiempo que resonó el trueno entre los muros de piedra. Se limpió con la mano la sangre del cura que aún resbalaba por la comisura de sus labios. Su cuerpo aún no había recuperado totalmente la fuerza, pero no iba caer sin plantar batalla. Era consciente que en aquella circunstancia no podría vencer ni a un ángel de la más baja jerarquía. Pensar en su amada Batshemesh era la única fuente de fuerza a la que agarrarse.

Otro relámpago le volvió a sorprender, otro foganazo cegador que le permitió distinguir la silueta de un ángel en el umbral del gran portón de madera que se había abierto de golpe, sumando un enorme estruendo al ya terrible rugir del trueno. Araziel supo que aquel era el enviado que debía darle caza y devolverlo al Infierno, aunque le extrañó no distinguir el resplandor dorado que emitían los cuerpos angelicales en la noche.

De la calle entraba la tenue luz anaranjada de las farolas, pero no le ayudaba a distinguir la figura del ángel que lentamente penetraba en el recinto sagrado. Éste levantó una mano, haciendo así que las velas y cirios del lugar se encendieran con un fuego blanco muy luminoso.

—Araziel —dijo aquel ángel—, quiero verte con toda claridad antes de arrancarte de este mundo. Quiero ver en qué te has convertido.

Y terminando de pronunciar aquellas palabras, desplegó sus alas y golpeó con fuerza el aire con varias batidas. Formó allí dentro varios remolinos que arrojaron al extremo más lejano de la puerta todos los bancos, lámparas y muebles que allí había. Volvió a levantar la mano y todo comenzó a arder. Araziel, que resistió con algún esfuerzo el poder del aire, se irguió y extendió sus alas negras.

—Aquí me tienes —desafió, encontrándose más recuperado de lo que pensaba—. Yo soy Araziel, ángel castigado por la envidia de Dios, condenado junto a los Caídos y prófugo de aquel tormento. He venido a este mundo en busca de mi amada, castigada igualmente por la Envidia, por sentir el amor en su alma, por querer vivir una libertad que se reveló falsa.

—Yo soy la espada que te devolverá al Infierno —el ángel avanzó hasta quedar a no más de tres metros de Araziel. La luz del fuego blanco iluminaba prácticamente toda la estancia, por lo que su rostro immaculado, su larga melena rubia, su cuerpo desnudo de mujer y sus alas blancas quedaron completamente a la vista de Araziel, quien, mirando fijamente a los ojos de su oponente, confirmó la identidad del mismo.

—Elemiah —susurró el ángel gris.

—Veo que me reconoces, pese a que mi cuerpo ha sido mancillado por un alma humana —el semblante de Elemiah parecía de piedra, inexpresivo, serio, lleno de amargura—. No todos tenemos la virtud de mantener la Luz pese a la exposición continuada con los humanos.

—¿Qué te ha pasado? —Araziel no comprendía cómo había perdido la Luz—. ¿Cuánto tiempo llevas en este mundo?

—Todo es culpa tuya —gritó Elemiah al tiempo que golpeó con furia a Araziel, quien encajó

un fugaz y poderoso puñetazo sin poder ni tan siquiera hacer el gesto de esquivarlo. Su cuerpo fue a estrellarse contra una gran columna para caer, junto a unos cuantos cascotes, a los pies del fuego blanco. Se apartó rodando rápidamente de allí y se incorporó tambaleándose. Miró a su alrededor, ligeramente desorientado, y no encontró rastro de Elemiah. Alzó la mirada sobre él, pero no tuvo tiempo de esquivar el terrible golpe que el ángel de figura femenina le asestó en el hombro derecho. Su cuerpo de carne y hueso se resintió con gran dolor. Notó como su clavícula se había roto, pero poco le duró aquella preocupación, pues Elemiah, que gracias a sus alas quedó suspendido en el aire, le propinó una terrible patada en la espalda que lo arrojó por los aires, yendo a chocar contra la piedra gris del marco del portón de entrada. Cayó al suelo sobre el hombro roto. Gritó hasta que su voz se quedó sin fuerza.

—Tu cuerpo es tan débil y patético como el de los hombres —Elemiah cogió sin ningún tipo de esfuerzo uno de los bancos que ardían y lo arrojó junto a Araziel, quien quedó completamente iluminado. Quería verle sufrir—. Comes su carne y bebes su sangre para mantenerte en este mundo, pero así no lograrás recuperar tus antiguas fuerzas. No eres más que una triste sombra de aquel al que consideraba mi hermano.

—Pese a este cuerpo imperfecto, no podrás detenerme —Araziel logró ponerse en pie, tambaleante, con el brazo derecho colgando como si de un trozo de tela se tratara. Controló su acelerada respiración y levantó la mirada desafiante, pensando en su amada Batshemesh y en los esfuerzos que ya había hecho para llegar hasta aquel mismo momento—. Mi fuerza no se puede comparar con la tuya, pero no he olvidado cómo se lucha.

—Eres más estúpido de lo que pensaba —Elemiah sonrió—, pero prefiero que así sea. Llevo milenios maldiciendo tu nombre, Araziel, milenios queriendo arrancar tu corazón y hacerlo arder entre mis manos.

—¿A qué viene este odio? —Araziel no comprendía la violencia que se reflejaba en los ojos de su oponente, de aquel ángel que una vez fue su igual en el Cielo—. ¿Qué te ha pasado?

Elemiah voló fugazmente hacia Araziel, lo agarró del cuello y lo golpeó en el pecho varias veces. Éste sintió sus costillas y esternón quebrarse como si fueran cristal. Ningún cuerpo humano podría haber soportado semejante daño y dolor, pero su condición angelical le permitiría algunos minutos más de vida.

—¿Quieres saber qué he tenido que soportar todo este tiempo? —Elemiah apretó aún más el cuello del ángel gris, quien comenzaba a asfixiarse, y lo alzó hasta que éste no tocaba con los pies el suelo— ¿Quieres conocer cuál ha sido mi destino desde el momento en que tú fuiste desterrado al Infierno?

Araziel agarró con su mano izquierda el puño que le apesaba la garganta. Quería apretar, romperle la muñeca a Elemiah y zafarse, pero el esfuerzo fue inútil.

—Batshemesh fue condenada a reencarnarse hasta el fin de los tiempos —Explicó Elemiah sin apartar la mirada del rostro agonizante de su presa—. En cada reencarnación sentiría el dolor, la pena, el sufrimiento, la decadencia... la oscuridad atenuaría su alma y jamás volvería a conocer el amor, la Luz.

Elemiah calló unos segundos para luego continuar.

—Yo fui elegido para tal cometido, hermano. Yo he susurrado al alma de tu querida humana todos los malos pensamientos que han hecho de sus vidas, todas sus malditas vidas, un auténtico infierno —Otro silencio. Luego un grito aterrador—. Yo, Araziel, hermano querido, fui el Condenado a no separarme de esa sucia humana a la que tú desviaste del amor de nuestro Padre. Yo he descargado durante milenios mi frustración, mi ira y mi odio hacia ti en esa maldita mujer que hasta mi cuerpo celestial me ha hecho perder.

Con el puño que le quedaba libre, Elemiah golpeó con toda la rabia que pudo proyectar la cabeza de su presa. Sintió el cráneo de Araziel romperse bajo el pelo negro. Los ojos del Caído quedaron en blanco y la mano que le apretaba el brazo se desplomó junto al resto de su inmóvil y maltrecho cuerpo. Lo bajó algunos centímetros, lo justo para coger fuerzas, y lo lanzó hacia el techo, hacia la cúpula central, tan arriba que la luz del fuego blanco no lograba dispersar las sombras allí reunidas. Se desplazó por el aire hasta el lugar donde calculó que caería el cuerpo del ángel gris y extendió su brazo derecho apuntando al suelo. Concentró su esencia angelical y transformó el antebrazo en una afilada y puntiaguda hoja de metal. La luz blanca del fuego se reflejó, emitiendo fantasmales destellos.

—Vuelve al Infierno —gritó Elemiah cuando vio descender el cuerpo de Araziel.

Pero se ahogó su voz cuando contempló, en el brazo sano de su rival, lo que parecía una hoja de espada. No la pudo distinguir bien hasta que la encontró clavada en su pecho, atravesándole para salir la punta de ésta por su espalda.

El ángel oscuro había acelerado su caída en el momento exacto en que la luz comenzaba a iluminar su cuerpo. Sabía que no podía fallar, pues la velocidad de Elemiah era superior a la suya y su último aliento de vida pronto se escaparía de sus pulmones.

Ambos combatientes cayeron al suelo de piedra. Elemiah gemía y se retorció. De su pecho asomaba una hoja afilada, pero no era de metal como pensó, sino que estaba formada por hueso, carne y sangre. Estaba estupefacto, inmóvil por el dolor y la incredulidad. Araziel había logrado, con aquel cuerpo humano deteriorado y roto, utilizar un don divino, el mismo que él había convocado para dar fin a aquella lucha.

Plumas negras se mezclaban con plumas blancas sobre un inmenso charco de sangre roja y, sobre ello, ambos ángeles, que intentaban ponerse en pie. Araziel sacó su espada de hueso del cuerpo de Elemiah, quien gritó de dolor, intentando inútilmente parar la hemorragia por donde se le escapaba la vida. Miró a su hermano, arrodillado junto a él, herido también, respirando con dificultad, vomitando sangre por la boca y la nariz.

—¿Cómo... cómo lo has hecho? —preguntó Elemiah casi sin voz— ¿Cómo, después de las heridas que te he causado?

—Debo encontrarla —respondió Araziel con el amargo sabor de su sangre oscura en la boca—. Es por ella por quien vine a este mundo, por ella por quien escapé del Infierno... es su amor lo que siento en mi interior, la fuente de la que bebe mi existencia.

Elemiah se incorporó, se acercó a Araziel y levantó el rostro de éste.

—Dios nos dio la vida —tosió sangre. La vida se le escapaba por momentos—. Un humano no es más que un muñeco. Araziel, estás equivocado, pronto lo verás...

Y diciendo aquellas palabras, cayó de espaldas, frío, muerto.

IX

IRENE SENTIÓ un fuerte y repentino dolor de cabeza. Se llevó las manos a la cara y rompió a llorar, desatando así todos los nervios y la tensión acumulada aquella última hora. Pasó por encima de la barandilla y volvió a poner sus pies en la terraza. Se sentó en el suelo, sobre el enorme charco producto de la incesante tormenta y alzó la mirada al cielo, quedando sus lágrimas borradas por la fría lluvia. Había estado a punto de saltar, de terminar con su triste vida sobre el asfalto de la misma calle donde había vivido los últimos años.

Su mente se quedó en blanco varios minutos. No lograba reaccionar.

Poco a poco su respiración se volvió profunda, permitiendo así el paso del aire húmedo a grandes bocanadas. Una leve sensación de alivio la embargó a cada minuto que pasaba. Tenía la certeza de que algo había terminado, como si el dolor y la tristeza de su corazón hubieran saltado desde la cornisa, independientes de su cuerpo. Creyó por unos instantes que si se asomaba por la barandilla podría ver abajo, en la calle, aquella sombra, aquel lastre.

No supo por qué, pero sonrió unos segundos.

Se puso en pie y cerró los ojos... Y lo vio, alguien en su mente, sin estar allí del todo, de la misma manera que uno ve las cosas en sueños, volátil, pero como si pudiera tocarlo con extender simplemente la mano, llamándola.

Irene abrió los ojos y sin pensar, sin saber si aquello tenía sentido o no, salió corriendo, bajando las escaleras del edificio a toda prisa, sintiendo que tenía que llegar a algún lugar antes que nadie.

Corrió veloz, descalza, en pijama, tal y como se había levantado aquella madrugada en la que decidió poner fin a su vida. Chapoteaba en el agua de los charcos al pasar sobre ellos a toda prisa, girando esquinas, cruzando solitarias calles escasamente iluminadas por las luces de las farolas. No sabía a dónde se dirigía, simplemente corría, sin parar, sin tomar aliento, sintiendo su corazón bombear con fuerza, con violencia, en su pecho. El pelo mojado se le pegaba a la cara, espoleado por el viento frío de la madrugada pero, sin parar ni decelerar, se lo apartaba de los ojos para seguir en su frenética carrera.

Dobló dos esquinas más cuando detuvo sus pasos bruscamente. Ante ella, la Catedral de Santa Ana se erguía tétrica bajo la lluvia. Allí, un desordenado cordón policial impedía el paso a los pocos curiosos que se habían congregado.

Los policías que observaban los alrededores, enfundados en sus trajes impermeables, no repararon en la muchacha en pijama y descalza que aún no sabía por qué había acudido a aquel lugar en una desenfundada carrera bajo la tormenta.

Poco a poco el día parecía querer despertar a través de las negras nubes tormentosas, e Irene tuvo entonces su primer pensamiento sensato en muchas horas: tenía que volver a casa.

Deshizo el camino por el que había corrido minutos antes, agachando la cabeza y acelerando el paso cada vez que se cruzaba con alguien, evitando las calles principales, que poco a poco comenzaban a ser transitadas por los primeros en madrugar para acudir al trabajo.

X

NO SABÍA POR QUÉ se había visto atraído a aquel lugar, a aquel pequeño apartamento en un triste barrio de la periferia. Si gris era la ciudad bajo aquella incesante lluvia, más gris y ensombrecido le pareció aquel edificio.

Se mantuvo levitando algunos minutos frente a la ventana cerrada. Cinco pisos de altura le separaban del asfalto, de los coches y personas que, bajos sus paraguas, caminaban rápidas, ignorando su presencia. Observó por un momento una parada de autobús, donde varias personas cabizbajas y silenciosas esperaban resguardadas bajo la cubierta. Tuvo una extraña sensación, como si aquella escena le fuera familiar. Miró de nuevo a través de la ventana. No parecía haber nadie allí.

Se acercó al cristal y contempló su imagen reflejada. Sacudió sus alas, ahora fuertes, grises y no negras. Su piel y su pelo también se habían aclarado después de haber bebido la sangre de Elemiah, de haber comido su carne y absorbido la chispa de Luz incombustible de su corazón. Se sentía vivo, otra vez, como si hubiera vuelto atrás en el tiempo, milenios atrás, en los primeros tiempos del Edén, cuando la humanidad era joven.

La esencia de Elemiah le había aportado algo más que fuerza y vitalidad, pues millones de recuerdos, imágenes y sensaciones, aún confusas, revoloteaban en su mente y en su corazón intentando encontrar su sitio en su propia esencia. Araziel se vio atraído por aquel lugar, teniendo la sensación que allí, en ese piso que veía al otro lado del cristal empapado, tendría las respuestas a tantas preguntas.

Buscó algún lugar por donde entrar después de desechar la idea de forzar o romper la ventana. La puerta del edificio estaba abierta, pero recordó que fuera de la protección de aquella lluvia angelical cualquiera podría verle, y no deseaba encuentros desafortunados con humanos. Cualquier hombre podría servir de visor para el resto de ángeles que, sin duda alguna, le estarían buscando con más tenacidad aún después de la muerte de Elemiah.

Ascendió con un batir de alas a la azotea. Posó sus pies sobre la terraza encharcada y por un momento sintió un terrible escalofrío. Tenía la certeza de que conocía aquel lugar. Respiró profundamente y le embriagó un perfume que le devolvió por un momento a un pasado muy remoto.

—Batshemesh—susurró con lágrimas en los ojos.

Corrió hacia una puerta que daba a unas escaleras que descendían por el interior del edificio. Conforme bajaba, la presencia de su amada se hacía más intensa. No le preocupó entonces cruzarse con ningún humano. Su meta estaba cerca. Milenios de sufrimiento, de pena y olvido, de destierro y oscuridad tocaban a su fin. Dos pisos más abajo encontró la puerta de uno de los apartamentos abierta. Entró y se quedó parado, estupefacto. Estaba en el piso que observara desde el exterior, escasamente iluminado por la poca luz que la tormenta permitía entrar por las ventanas.

El agua que resbalaba por su cuerpo desnudo, por sus alas emplumadas y su larga melena, formaba un charco sobre el suelo frío. El olor del alma de Batshemesh se confundía allí con un terrible hedor a soledad, tristeza, decadencia y dolor. Entonces varios recuerdos recuperados de la esencia de Elemiah comenzaron a desfilar por su mente, a ordenarse entre aquel caos de pensamientos y sensaciones.

—Maldito Elemiah—murmuró Araziel—. ¿Qué le has hecho a Batshemesh?

Avanzó hasta llegar al salón. Allí, una televisión apagada presidía la estancia junto a un sofá destartado donde reposaban unas mantas desordenadas. En el suelo, unas zapatillas y restos de cristales rotos. Había algunas pequeñas manchas de sangre, como si alguien se hubiera cortado.

Sin duda sabía que aquel era el lugar donde vivía su amada. Observó su alrededor y tras no encontrar nada de interés, entró en el cuarto de baño. Estaba completamente a oscuras, como el resto del piso, pero allí no había ventana alguna que permitiera el paso de la penumbra de la calle. Encendió sobre la palma de su mano un tenue fuego blanco que le ayudó a distinguir la fría estancia. Había un espejo donde se miró, pero apartó la mirada al sentir una fuerte punzada en su cabeza. Había visto algo, a alguien, una mujer. Respiró profundamente y controló los latidos de su corazón. Volvió a mirar.

Pudo contemplar el reflejo de una muchacha de pelirroja y lacia melena que muchas veces se miró en aquel cristal. Observó aquel rostro, aquel cuerpo delgado que parecía débil y cansado. Su mirada era triste, sin esperanza. Araziel concentró entonces su recién recobrada esencia angelical y conectó con aquella imagen. Era Batshemesh, tal y como pensó. La observó nuevamente. No se parecía en nada al recuerdo que tenía de ella, en los remotos tiempos del Edén, cuando su cuerpo era esbelto y moreno.

Abandonó el cuarto de baño sumido en una gran tristeza. Intentaba evitar con toda su voluntad que los recuerdos transmitidos por la esencia de Elemiah no perturbasen más su ya cansada mente. A cada objeto que miraba, que tocaba, foganazos de malas sensaciones acudían a él. Aquella vida de Batshemesh parecía haber discurrido desde la más triste soledad en la infancia a la más oscura y deprimente madurez. Años perdidos en la incertidumbre, en constantes fracasos y giros inesperados que nunca le permitieron salir de aquella cruel e imparable espiral tramada por Elemiah. Sintió de repente el dulce aroma del alma de su amada. Estaba cerca, cada vez más. Por fin podría verla, abrazarla y besarla de nuevo, tras miles de años separados y condenados al olvido. Pero dudaba que ella le recordase. No podía correr el riesgo de mostrarse tal y como estaba encarnado. En el antiguo Edén era normal ver a los ángeles yendo y viniendo tal cual fueron creados, siempre resplandecientes y llenos de amor y calor, pero su condición actual no era más que una burla de todo aquello.

Pensó rápido, sin permitir que su corazón dominase la situación. Cuando la fragancia del alma de su amada comenzó a embriagarle dada su proximidad, Araziel abrió la ventana del salón y salió al exterior y permaneció allí, suspendido en el aire, bajo la fría lluvia de la mañana. Hizo ademán de cerrar la ventana, pero entonces la chica pelirroja del reflejo en el espejo apareció en el salón. La miró, y cuando sus miradas coincidieron, sin saber ella que él estaba fuera, deseando abrazarla y besarla, Araziel supo que su búsqueda por fin había terminado.

La chica parecía muy cansada. Estaba empapada y observaba dubitativa la ventana abierta. La cerró, corrió la cortina y bajó la persiana.

Araziel sonrió, miró al cielo tormentoso y susurró:

—No podrás evitarlo.

XI

ABBADÓN SINTIÓ UNA GRAN CONMOCIÓN en el firmamento. Varias estrellas se apagaron. Un ángel había muerto, lo comprendió enseguida. Un corazón de luz, en sintonía, como el de todos los ángeles, a las estrellas y constelaciones, se había extinguido. La aflicción le hizo aflojar por un momento la presa sobre la cadena de Lucifer. Reaccionó en seguida, apretando con fuerza, tirando de ella. Miró hacia el final de la misma, al rostro del Caído, años luz más abajo, y contempló con temor la leve sonrisa de su tan odiado prisionero.

No podía ser verdad aquello. Lucifer daba sus primeros síntomas de vida en milenios, desde que fuera encadenado y arrojado al Abismo. La fuga de Araziel estaría relacionada con todo aquello, pensó Abbadón. Aquella extinción de estrellas debía ser fruto de la muerte de Elemiah a manos del Prófujo. No cabía pensar en que Araziel estuviera aún en sintonía con ninguna estrella. Tras su caída, las estrellas que se apagaron jamás volvieron a brillar.

Abbadón se odió un poco más. Era su responsabilidad informar de los movimientos acontecidos en el Infierno, y había fallado. Mil años desde la última fuga, se recordó con pesar.

—La grieta abierta en el espacio y en el tiempo por Araziel seguramente permite al Prisionero conectar con el exterior —Rochel habló antes de presentarse ante Abbadón, surgiendo de una distorsión espacial entre dos galaxias. Abbadón borró el semblante de preocupación y con rostro serio escuchó lo que su hermano continuó diciendo—. Siempre hemos dado a Lucifer por incapacitado, por permanecer en un estado inerte, pero no es una roca.

—Al menos ahora tengo la esperanza de que esté sufriendo el dolor, la soledad y el paso lento del tiempo como lo hago yo —Abbadón miró fijamente a Rochel—. Pero eso no te importa ahora, ¿verdad Rochel?

—Exacto —dijo éste—. Araziel ha matado a Elemiah y Batshemesh está a su alcance.

—No la encontrará bajo mi lluvia —aseguró Abbadón—. Incluso a ti, que todo lo ves, debe costarte intuir lo que sucede en la Tierra.

—Araziel ha absorbido la Esencia Divina de Elemiah —Rochel sonrió, pues demostraba con aquella información que su visión superaba el poder de Abbadón. Pero tan sólo duró algunos segundos su dicha, no era aquel un momento para la alegría.

—¿Qué le impedirá entonces obrar milagros? —la fuerte voz de Abbadón resonó ronca en el espacio infinito—. ¿Qué medidas se van a tomar? Explícame, Rochel!

—Preocúpate de tu prisionero, querido Abbadón —Rochel se dio la vuelta y desplegó sus alas de luz—. Nada ha podido alterar el Plan Divino hasta ahora. No sufras.

Abbadón permaneció quieto mientras observaba a Rochel desvanecerse entre las estrellas. Permaneció pensativo, en pie, de brazos caídos, sujetando la enorme cadena que se extendía más allá del infinito negro, oscuro, vacío. Miró al rostro de Lucifer, allá abajo, hundido en la negación, privado de su pasado, de su vida, de su Luz.

—En situaciones como esta —habló a su prisionero, quien ya había borrado toda muestra de satisfacción de su rostro—, me pregunto si realmente tus actos justifican este castigo. Plan Divino, dicen, pero empiezo a creer que no es más que un mero escudo que algo nos oculta.

Y apretando nuevamente la cadena en su puño, concentrando su atención en el vasto, oscuro y desolador territorio del Infierno, Abbadón desterró aquellas ideas prohibidas de su mente y dejó que el odio hacia Lucifer inundara nuevamente su Esencia.

XII

IRENE ESTABA CANSADA y tenía sueño. La ducha le había sentado de maravilla y el tacto del pijama de franela sobre su piel la reconfortaba enormemente. Preparó una taza de leche caliente con miel y se lo tomó en la penumbra del salón después de recoger los restos de cristal del vaso que rompiera la noche pasada. Sentada en el sofá, bebía la leche mientras perdía su mirada en la persiana bajada del salón, donde se iluminaban sus rendijas a cada relámpago en el exterior. Se sentía bien, por primera vez en muchos años. Nunca tan bien como en aquel momento, pensó al terminar de beber. Rebañó con un dedo el poso de miel en el fondo de la taza; disfrutó de aquel momento, de aquel gesto que la devolvió por unos segundos a la infancia.

El piso estaba patas arriba. Había agua esparcida por todas partes, incluso en el dormitorio. No recordaba haber entrado allí al llegar de la calle, empapada como iba. Algunas cosas no estaban en su sitio, pero no le dio importancia. Cerró con llave y cerrojo la puerta del piso y se aseguró que no había ninguna ventana abierta. Se sentó en su cama, mirando la tormenta a través del cristal. Más de un día llevaba lloviendo, pensó, pero en un día como aquel le parecía perfecto. La tarde pasada fue despedida del trabajo, así que tenía todo el día para estar en la cama y descansar.

Sonrió llena de paz al reposar la cabeza en la almohada y taparse hasta la nariz con el plumón. Era la primera vez en su vida que se acostaba y ningún pensamiento turbador rondaba su mente. Miró con ojos entrecerrados la lluvia caer en el exterior. La noche anterior, el intento de suicidio en la terraza, la carrera desenfrenada en la madrugada, la catedral acordonada por la policía, el camino de regreso a casa... no solo aquello, sino toda su vida hasta aquel momento le parecía haber sido un sueño del que despertaría al cerrar los ojos.

No soy un ángel de luz. Ya no. Pero puedo sentir igualmente el llanto de tu alma. El Mal que te tortura sigue ahí. Acallé su voz, cierto, amada mía, pero la Oscuridad de tantas palabras no es raíz que se pueda arrancar con estas manos grises sin bendición.

Ahora que duermes, en paz después de milenios de dolor y pesadillas, será mi voz la que te guíe en el sueño reparador. Cruzaré la puerta que es tu subconsciente mientras descansas y llegaré a tu alma. Después, querida mía, nada nos podrá separar... jamás.

Irene dormía profundamente, tanto que ignoró por completo la presencia de Araziel en su dormitorio. El ángel la miraba, triste por no reconocer a su amada en aquel cuerpo pálido y agotado, pero esperanzado al sentir el dulce aroma de su alma. No quiso tocarla por miedo a despertarla, pero necesitaba dejarle una prueba de su presencia. Se arrancó una pluma de sus alas y la depositó sobre la mesilla de noche.

—La verás al despertar —susurró acercando sus labios a los de la muchacha—, y sabrás que mi corazón siempre ha estado aquí, cerca del tuyo, aunque ahora no me recuerdes.

Después de sus palabras, emitiendo un leve resplandor dorado, el cuerpo de Araziel desapareció por completo.

XIII

PARA CUALQUIER ÁNGEL era tarea sencilla alcanzar el alma de los humanos. Traspasar el subconsciente de éstos y viajar al mismísimo centro de su existencia era común y habitual en los tiempos del Edén. Ángeles de la Guarda, así los llamaban.

Pero para Azaziel, que soportaba el peso de la oscuridad en su corazón, necesitó que su amada durmiese profundamente para acceder a su subconsciente. Sin la chispa de luz que le arrebató a Elemiah jamás podría haber pasado al plano astral y llegar así a las puertas del Universo. Más allá de aquella entrada, del subconsciente de Batshemesh, se extendía la energía de la muchacha y el largo camino hacia su Alma.

Azaziel se detuvo frente a la enorme puerta abierta, una estrella en sintonía con todo el Universo. Mientras su amada durmiese, aquel umbral permanecería abierto.

El vacío le rodeaba. No sentía ni frío ni calor. Más allá podía observar galaxias lejanas que permanecían a la deriva en el vasto mar oscuro y silencioso. Habían pasado milenios desde que viajara por última vez entre las estrellas. Visitó con frecuencia el alma de Batshemesh, en el remoto pasado, cuidando la luz y el calor de su esencia humana.

Desplegó sus alas y avanzó con cautela. Sabía que el desgaste de poder sería enorme dada su precaria situación. Sin Luz podría caer en el abismo otra vez, pues en aquel espacio infinito los caminos estaban ya trazados, y con la misma facilidad se podía alcanzar el Cielo como caer en el Infierno.

Comenzó su viaje, batiendo las alas con fuerza, sumido en la oscuridad, mirando un punto fijo en el firmamento, concentrado en no perder de vista aquel espacio lejano entre dos constelaciones, que giraban al compás marcado por el núcleo brillante y ardiente de su galaxia.

Estrellas solitarias quedaban atrás, puertas cerradas, suspendidas en el negro vacío. Pronto avanzó entre nebulosas de fascinantes colores. Pese al esfuerzo que estaba realizando, y por más que notase consumirse sus fuerzas con una rapidez que no había previsto, él sonreía. Había olvidado la paz del Cosmos después de tantos milenios en el Infierno. Flotaba libre, hacia donde su voluntad lo llevaba. A un lado y a otro, enmarcadas en el negro del universo vacío, galaxias y estrellas, nebulosas y vientos cósmicos, representaban para él el mismísimo ir y venir del Tiempo, todo teñido en miles de colores sólo visibles en aquel majestuoso lienzo. Allí todo fue creado, y allí todo reposará cuando llegue el Fin. Podía ver las estelas de las almas fugaces, aquellas que volvían a la vida y, también, las que iban a descansar. Otras permanecían quietas. Pequeñas estrellas bajo el manto colorido del polvo estelar, brillando con la misma intensidad que reflejaban aquellos a quienes pertenecían, en la Tierra, en vida.

Por fin había llegado. La luz se hizo, rompiendo aquella negrura poco a poco, conforme avanzaba, cansado y agotado. Pero había alcanzado su meta.

Frente a él se extendía un prado infinito, verde, y, coronando el paisaje, un cielo azul sin nubes donde reposaba un sol radiante, la estrella de su amada, la misma que dejara atrás al cruzar el umbral del subconsciente. Le invadió entonces la sensación de no haberse movido, de que su viaje entre las estrellas no había sido más que un sueño, como si la frontera entre el Espacio y aquel cielo azul no fuera más que un parpadeo.

Descansó sus pies sobre la hierba. Sintió la tentación de tumbarse allí mismo. Necesitaba aquella sensación sobre su piel, sentir el placer de la Creación, aquel retazo divino del Edén, donde las almas de los hombres se nutrían de la vida de éstos, de la luz que irradiaban sus propias estrellas.

Permaneció allí, con los ojos cerrados, un instante, liberando la tensión acumulada durante el viaje. Los abrió y comenzó a caminar.

Un árbol de frondosa copa y fuerte tronco era la forma que tenían las almas. Un árbol que crecía según la vida y los sentimientos de la persona. Todas las decisiones, todos los buenos y malos momentos, los deseos y anhelos, los sueños, la felicidad y la tristeza, la soledad y el amor, todo, hacía crecer o morir un alma. Así pues, cuando Araziel encontró el alma, el árbol de su amada, cayó de rodillas a los pies de su tronco. Y lloró.

Sobre una colina de piedra gris e inerte, donde los rayos del sol no lograban calentar, un árbol seco y de tronco retorcido, desprovisto de hojas y con manchas negras por toda su corteza, esperaba el fin de su existencia. Araziel sabía bien que no llegaría ese final por mucho que el árbol sufriera, pues la existencia eterna era parte del castigo que condenaba al alma de Batshemesh.

Araziel golpeó con furia la piedra donde se arraigaba el alma de su amada.

—Maldita sea —se lamentó en voz alta. Sabía que recuperar un alma en tan mal estado estaba fuera de su alcance. Si hubiese dispuesto de su antigua luz angelical, si su cuerpo y su esencia no estuvieran tan maltrechos, podría haber hecho renacer aquel árbol moribundo. Miró a su alrededor, como si fuera a encontrar una solución en aquel paraje de desolación que le rodeaba. El espejismo por el cual caminara, los verdes campos, había desaparecido para mostrar la realidad de una eterna planicie de grava y roca bajo un cielo gris sin estrellas.

Araziel se puso en pie y luchó contra aquella energía negativa que atenazaba su corazón. Concentró su deteriorada esencia y logró que sus ojos distinguieran nuevamente su alrededor más inmediato. Debía abandonar aquel lugar, volver junto al cuerpo de su amada y esperar a encontrar una solución. Sin la influencia negativa de Elemiah, Batshemesh tendría la posibilidad de recuperar su Voluntad, pero él sabía bien que aquello no reverdecería aquel árbol sin luz.

—No te esfuerces, Caído —dijo una voz fantasmal proveniente del cielo oscuro—. El alma de tu amada es nuestra, sus raíces beben el agua de la Tristeza y su corteza sufre el viento cortante de la Angustia.

—¿Quién habla? —rugió Araziel, puesto en pie, de espaldas al árbol, concentrando sus sentidos.

—Bien me conoces, pues ya me has sufrido —habló de nuevo aquella voz—. Yo soy la Primera de las Siete Iras, Araziel. La Soledad.

Araziel agudizó su vista para distinguir la figura que, a pocos metros frente a él, iba apareciendo. Sabía bien de las siete Iras, siete males que torturaban las almas. Siete ángeles que disfrutaban inyectando su veneno en las vidas de los hombres para arrastrarlos al sueño de la Maldad.

—Nuestro Padre nos encargó ayudar a Elemiah en su tarea —la Ira se mostró por fin, con su cuerpo desnudo, negro como la noche sin luna, al igual que su cabello y sus alas. Por el contrario, su ojos eran dos fuentes de luz blanca, como dos estrellas en la distancia—. La voluntad negativa que guía a Batshemesh necesita de nuestra energía para prevalecer. Hemos contaminado esta alma desde el mismo momento que Elemiah tomó control de ella. Olvida salvarla, Araziel.

—Así que las Siete Iras sujetáis las cadenas que forjó Elemiah —sonrió Araziel, pues donde cualquiera podría haber hallado la desesperación, él había encontrado la esperanza. Si

eliminaba aquellos siete males, el alma de su amada podría tener una nueva oportunidad para volver a brillar—. La solución está en mi mano entonces.

—¿Qué quieres decir? —el ángel negro dio un paso atrás.

—Si para salvar a mi amada debo destruirlos—sonrió el ángel gris—, así lo haré, aunque me vaya la vida en ello.

Araziel se abalanzó sobre la Ira, cargando con violencia, golpeando con sus puños el rostro de ésta, salpicando a cada golpe el suelo con la sangre negra de su contrincante. La agarró con fuerza de un brazo y con el otro puño golpeó a gran velocidad el negro pecho repetidamente, que a cada golpe iba perdiendo su forma. La luz de los ojos de la Ira se apagaba poco a poco. Sus gritos de dolor retumbaban en la decreciente oscuridad, pues a cada segundo que se acercaba el final de la Ira, la luz de la estrella de Batshemesh se abría camino en el cielo gris.

—¡Vais a pagar tantos milenios de dolor—gritó Araziel al tiempo que arrancó el corazón de La Soledad. La luz de éste brilló cegadora en el puño del ángel—. Esta luz nacida para causar el mal entre los hombres iluminará el camino a mi victoria!

—No te será tan fácil acabar con mis hermanos —sonrió la Ira al tiempo que escupía sangre negra—. Con mi muerte sólo conseguirás alargar el sufrimiento de la humana. Sin la soledad a la que está condenada deberá enfrentarse al mundo que la rodea, y eso la matará antes de que puedas hacer nada. Yo soy su escudo, Araziel. Yo la protejo del mal que hacen los hombres.

—¿Escudo, dices? —Araziel apretó con más fuerza el brazo de la agonizante Ira— Batshemesh saldrá de esta prisión donde la has encerrado. Sin tu oscura influencia, los humanos se entenderían mejor entre ellos, no huirían del amor ni de la felicidad. Yo he pasado milenios en el Infierno, solo, apartado de la Luz y de todos mis amigos y hermanos... de mi amada... yo sé lo que es la soledad, y no pienso permitir que Batshemesh la sufra por más tiempo.

El terror se apoderó de la Ira, quien sufría entre terribles espasmos.

—¡Los hombres pueden brillar por sí mismos —gritó Araziel, haciendo arder su oscura esencia hasta encender la chispa de Elemiah en su corazón, alimentando un fuego etéreo que se propagó por el cuerpo de La Soledad, haciéndola retorcerse de dolor—. Esa es la diferencia con nosotros, ese es el pecado que cometen a vuestros ojos, y os duele reconocerlo!

Araziel soltó su presa humeante, dejándola caer sobre la roca fría y gris. En su puño sostenía el corazón de luz de ésta. Lo levantó a la altura de sus ojos y habló:

—Es Compasión lo que necesitáis vosotros, ángeles malditos, pues tan cegados estáis en castigar a los hombres que jamás habéis disfrutado del calor de sus almas, de su amor.

Y diciendo aquello, mordió el corazón de luz. La Ira gritó, tanto que hizo retumbar la bóveda celestial que en aquel mismo momento perdió todo atisbo de oscuridad. Gritó de dolor a cada mordisco que el ángel propinaba al corazón de luz. Gritó y grito, sintiendo cada vez más dolor, hasta que su corazón fue devorado por completo. Entonces calló, para siempre.

Araziel se estremeció al sentir un enorme calor recorrer su cuerpo. La luz de aquel corazón emergió por cada poro de su piel, vibrando en sintonía con la chispa ardiente que absorbiera de Elemiah. Una gran energía golpeó su negro corazón, haciéndolo latir con fuerza, acercándolo a la vida un poco más. Ahora poseía en su cansado cuerpo la luz de dos ángeles, y aquello le hizo sentir poderoso, imparable. Pero razonó pronto. Era una ilusión, lo comprendió justo cuando aquel éxtasis dio paso al dolor, un terrible dolor que le nacía en el pecho y se extendía por todo su cuerpo. Entonces comprendió su error: Elemiah estaba prácticamente desprovisto de luz, pero aquella Ira era un ángel en todo su esplendor y no le resultaba posible acoger aquella fuerza.

—Tengo que desprenderme de esta energía —murmuró entre lágrimas de agonía.

Miró a su alrededor y vio el árbol inerte, el alma de Batshemesh. Tambaleante se acercó y

apoyó sus manos temblorosas sobre el tronco polvoriento.

—¡Yo te libero de la Soledad —gritó al tiempo que transmitió aquella energía a la corteza del árbol—, toma la Luz de aquel que te arrebató la tuya, amada mía. Ahora no rehusarás a los demás, a quienes te muestren afecto o amistad. Ya nadie huirá de tu lado sin saber porqué. Todos verán la bondad de tu corazón al mirarte a los ojos, pues verán la luz y la esperanza que en ellos hay!

Araziel cayó rendido a los pies del árbol. Respiró con calma, intentando estabilizar su propia energía, pues había estado a punto de desprenderse también de ella. Se arrodilló sin apartar la mirada del tronco, reparando en el leve resplandor que éste emitía. Sonrió por unos instantes, creyendo que había logrado devolver la vida al alma de Batshemesh. Pero erró. La luz se apagó.

Miró al cielo, a las ramas secas y entrelazadas que sobre él crujían con el ir y venir de un viento frío que se intensificaba por momentos. No encontró rastro de vida ahí tampoco. Ni una pequeña hoja verde se mostró a sus ojos.

Retuvo el llanto y puso rumbo junto a su amada.

XIV

AHORA EL CIELO ES UN POCO MÁS AZUL. La noche desierta ha desaparecido. Yo estaré a tu lado para siempre.

¿Recuerdas?

Cada palabra, cada rostro de tu pasado volverá pronto a tu memoria... todos ellos caminarán otra vez por el sendero entre las estrellas, como cuando eras una niña, cuando nos conocimos. Desde entonces siempre vigilé tus sueños, mi amor, y lo volveré a hacer. Esta noche que termina traerá la respuesta a todas esas preguntas que arden en tu mirada. Yo las susurraré a tu alma, pues aunque ahora tengamos que caminar a través del fuego, mi voz nunca te abandonará.

Irene abrió los ojos.

Miró el despertador y por un momento se sintió totalmente desorientada. Las seis, marcaba. Se giró hacia la ventana. Seguía lloviendo, con fuerza, casi eclipsando la luz anaranjada de las farolas, que aún estaban encendidas. Había perdido la cuenta de los días que aquella lluvia llevaba mojando las calles grises de su ciudad. Respiró profundamente y se volvió a girar. Las seis y un minuto. Había estado durmiendo todo un día, veinticuatro horas, pensó. Por un momento le invadió la sensación frustrante de tener que levantarse para ir a trabajar, pero no, se recordó con una sonrisa, ya no volvería a aquel centro comercial. Una sensación de calor y bienestar la sumió de nuevo en el sueño, justo en el momento en que metió la cabeza bajo el pesado plumón.

Pero despertó en seguida. No tenía ganas de dormir, sólo quería disfrutar de aquella lluviosa mañana metida en su cama. Respiraba lentamente, sonriendo, simplemente dejándose llevar por el caer incesante de la lluvia.

Fuera de la cama hacía frío.

Por primera vez sentía la necesidad de sonreír por el mero gusto de hacerlo. Miró otra vez hacia la ventana. El día, aunque gris, se abría paso entre la lluvia. Y así se vio ella, con fuerzas para seguir viviendo.

Hasta entonces no había tenido suerte, ni en el trabajo, ni en la salud, ni en el amor. Pero eso iba a cambiar.

Se incorporó con decisión y entonces la vio, una pluma sobre su mesita de noche. No recordaba haberla visto antes. Quizá algún pájaro que entrase por la ventana del salón, pensó, pero no dio demasiado crédito a su deducción. La cogió y la acarició con los dedos. Era gris y suave. La dejó nuevamente en la mesilla y la miró unos segundos. Se desperezó y acabó de levantarse.

El piso estaba helado, pero eso no iba a detener a Irene en su nuevo despertar. Se aseó, se vistió y decidió que, pese a la lluvia, iría a comprar pan y croissants para el desayuno. Leche tenía, lo comprobó antes de coger las llaves, el bolso y el paraguas. En la calle había poca gente. Miró la hora en su reloj y la comparó con el cartel luminoso de una farmacia. Las ocho y treinta y dos.

Caminó decidida, pateando el agua del suelo con decisión. Se sentía bien, protegida bajo su paraguas, respirando profundamente mientras se dirigía a una panadería de la que siempre había escuchado decir que era la mejor de la ciudad. Quedaba a poco más de un cuarto de hora andando

desde su casa, pero entendió que la hora de conformarse con lo primero que le ofrecieran, lo primero que se encontrase, se había terminado. Debía tener la voluntad de elegir, y en aquel momento, bajo la fría lluvia, eligió ser feliz.

XV

ARAZIEL OBSERVABA A BATSEMESH desde el tejado de un edificio de oficinas. La muchacha caminaba bajo la lluvia, protegida con un paraguas. Volvía a su casa, deshaciendo el camino que hiciera hasta una panadería. Andaba rápidamente, como con prisa. La seguía desde los tejados y azoteas, bajando a la calle de vez en cuando, protegido por la lluvia angelical, para contemplar la sonrisa de su amada, el placer reflejado en sus ojos cuando ésta mordía furtivamente un pedazo de pan caliente.

La chica entró en el portal de su casa, y Araziel se colocó en uno de los edificios cercanos, desde donde podía ver las ventanas del piso de su amada. No se molestó ni tan siquiera en protegerse de la lluvia. Quería disfrutar de todos aquellos momentos, mirando a la muchacha pelirroja, descubriendo en sus movimientos y gestos a su anhelada Batshemesh.

Aunque había caído en la amargura después de abandonar el alma marchita de su amada, contemplarla le devolvía las fuerzas. No daba crédito al cambio que la muchacha estaba realizando en tan poco tiempo. Se la veía con ganas de vivir, de ser feliz, de no dejar que nada la devolviera a su anterior estado de tristeza y negatividad. La luz de un ángel, pese a no haber causado el efecto que Araziel había deseado, había servido para abrir la puerta a un cambio en la vida de la humana. No sabía cuánto tiempo duraría aquella energía en la chica, pero comprendió que el camino a seguir para su total recuperación era aquel. Si tenía que vencer a las seis Iras restantes lo haría.

La chispa de luz de Elemiah, que ardía en su pecho, parecía concederle un cuerpo fuerte e impecadero. No tener que volver a comer carne humana era un gran alivio. Nunca le gustó hacer daño a los demás, y menos a los frágiles humanos. En los remotos tiempos del Edén, siempre medió en las disputas humanas, y cuando fue llamado a combatir la revuelta de Lucifer, por su espada ninguna vida se extinguió por muchas heridas que causó.

Observaba a la chica desayunar, atendiendo con una sonrisa a cada gesto, a cada movimiento de ésta. Fue entonces cuando tomó una decisión: tras eliminar a las Iras, le concedería una vida digna, llena de amor y felicidad. Tras milenios de penurias, tristeza y soledad, Batshemesh se merecía una vida placentera, un bonito final para aquel castigo, para todas aquellas reencarnaciones que habían consumido su alma. Se convertiría en su ángel guardián, y la guiaría por senderos donde todo lo malo y oscuro que ahora arrastraba como cruel lastre no fuera más que un recuerdo caduco. Esperaría para estar con ella, tan sólo unos años, nada que no pudiera soportar después de milenios de soledad.

Sacudió el agua acumulada en sus alas y volvió a observar a la muchacha. Ésta bebía de una taza, sentada en el sofá del salón. Se había vuelto a poner el pijama y miraba a través de la ventana, con la mirada perdida. Araziel suspiró.

XVI

POR UNOS INSTANTES, Araziel creyó que el agua de la lluvia se había tornado fuego. Pensó que era producto de su imaginación. Llevaba horas allí parado, observando a su amada.

Algo no parecía ir bien del todo. Conforme avanzó el día, la vitalidad y la sonrisa de la muchacha se fue apagando. De la euforia de la mañana había pasado al decaimiento durante el transcurrir de la tarde. Llegada la noche, una sombra confusa se dibujaba en la mirada de Irene.

Otra vez ocurrió. Otra vez volvió a ver gotas ardientes en vez del agua caer del cielo oscuro y tormentoso. Era tan sólo una visión, lo podía asegurar. Sus alas y su cuerpo no habían sufrido quemadura alguna. Se irguió atento a su alrededor, agudizando sus sentidos angelicales. Sacudió el agua de sus alas y levitó hasta la ventana del dormitorio de su amada. La chica estaba a punto de irse a dormir. La observó, y en unos segundos comprendió que algo no iba bien.

—¿Quién pretende acceder a tu alma? —se preguntó a sí mismo. Sabía que en aquellas circunstancias no podía bloquear el acceso al alma de Batshemesh, su Luz no era lo suficientemente pura e intensa para lograrlo. Pero una nueva mala sensación irrumpió en su mente. Sintió miedo por unos instantes, aunque no dejó que aquello le dominase. Apretó los puños y se alejó de la ventana. Había estado equivocado, pues nadie intentaba entrar en el subconsciente de Batshemesh. Todo lo contrario.

Una poderosa presencia, ardiente, violenta, viajaba a gran velocidad desde lo más profundo del ser de la muchacha decidido a retarle, a matarle.

Batshemesh se durmió, y en aquel preciso instante, como un cometa, una gran bola de fuego etéreo emergió del subconsciente de la muchacha, atravesó sin dañar el cristal de la ventana, e impactó con gran violencia contra Araziel, que esperaba expectante en el exterior del edificio, bajo la fría lluvia de la noche. Salió despedido para acabar chocando contra el edificio que quedaba a su espalda. Luego cayó a la calle, una veintena de metros abajo.

—¡El llanto de Abbadón nos oculta a los ojos de este mundo —gritó una voz por encima de una sucesión de relámpagos y truenos. Araziel, con gran dolor en el abdomen, se incorporó y miró a lo alto, sabedor ya de quien le hablaba—, pero va a ser testigo del poder del Fuego Divino!

Aquel que le había atacado descendió con decisión, posando sus pies sobre el asfalto a pocos metros de Araziel. Su majestuosa figura avalaba su ardiente poder.

Era una de las siete Iras, Araziel la reconoció enseguida. El Olvido, un ángel capaz de convertir su cuerpo de luz en uno terrenal con el que era capaz de invocar el Fuego. Así se presentó, emanando fuego por todos los poros de su blanca piel, prendiendo sus ojos y sus cabellos en una vistosa demostración de poder.

—Veo que no te ha sentado muy bien salir del Infierno —se mofó la Ira, contemplando el cuerpo gris de Araziel, quien palpaba la quemadura producto del impacto recibido—. No te preocupes, tengo la intención de devolvarte junto a los Caídos. Pero primero te arrebataré la luz de Elemiah y te haré pagar la muerte de Soledad.

—Es una suerte que seas tú quien se enfrente a mi tan pronto —sonrió Araziel, sorprendiendo a la Ira con aquellas palabras.

—¿Te ríes de mí o ves tan cerca tu final que prefieres afrontarlo con un sarcasmo? —Olvido intensificó el fuego de su cuerpo, dejando claro que no iba a dejarse intimidar.

—He liberado a Batshemesh de la soledad —Araziel sacudió sus alas y las abrió en toda su

envergadura, cerró los puños y se preparó para la lucha—. Ahora la libraré del olvido, y así antes me recordará y podré ayudarla sin guardar tantas precauciones. Eres un regalo.

La Ira sintió una rabia intensa y se lanzó contra el ángel gris a una velocidad que a éste le fue imposible esquivar el terrible golpe del puño ardiente. Le impactó en la cara. Araziel sintió como sus pies perdieron el contacto con el suelo, pero antes de salir despedido hacia atrás, otro puñetazo lo derrumbó, haciéndole chocar con una gran violencia contra el asfalto encharcado, que se quebró manchado por su sangre negra.

La Ira lo agarró de un ala y lo lanzó contra un coche allí aparcado. El vehículo quedó aplastado, como si le hubiera impactado una gran roca y no un cuerpo de carne y hueso.

Varias personas se asomaron por la ventana de sus casas sin comprender que sucedía en la calle. Un coche había sido aplastado por algo enorme. Se escuchaban fuertes ruidos, como de golpes, de cristales romperse y de piedra cayendo, todo filtrado a través de la incesante tormenta que caía con más violencia a esas horas de la noche.

Irene, que se había despertado sobresaltada por el estruendo del exterior, miraba desde la ventana de su dormitorio a través del cristal. Limpió el vaho de su respiración y agudizó la vista para intentar distinguir lo que sucedía afuera. Desde allí no podía ver el coche aplastado, pero sí distinguió en el edificio de enfrente una grieta, un agujero, como si allí hubiera impactado un obús. No entendía lo que pasaba.

Bajo la lluvia seguía la lucha. Araziel y la Ira intercambiaban golpes llenos de rabia. Los puños huesudos del ángel gris se dañaban a cada contacto con la piel ardiente de su adversario, quien procuraba terribles quemaduras a cada puñetazo que daba. De nuevo Araziel no logró resistir el envite de su adversario y salió despedido por los aires a varios metros de altura. Tuvo la fuerza suficiente para desplegar sus alas y mantenerse en el aire, evitando así la caída y el ataque fulminante de la Ira. Ésta le miraba desde el asfalto, con su cuerpo en llamas pese a la incesante lluvia. Miraba con un odio absoluto a Araziel.

—¡Se están perdiendo un bonito espectáculo estos humanos curiosos! —gritó la Ira por encima del repicar monótono y ensordecedor de la lluvia. Miró a varias ventanas, donde asomaban ignorantes hombres y mujeres. Observó también que se veía luz en la ventana del dormitorio de Irene. Estaba despierta. Sonrió—. Creo que va siendo hora de que os conozcáis en esta vida, Araziel. ¿Podrás salvar a tu querida Batshemesh de mis llamas?

—¡No —gritó Araziel, temeroso—. Esto es entre tú yo!

—Tal vez —Olvido no apartó la mirada de la ventana de Irene—, pero va a ser muy divertido ver cómo se consume en el fuego mientras tú no podrás ni acercarte a las llamas. Araziel sintió miedo ante aquellas palabras. La Ira cumpliría su amenaza, no lo dudaba. Y más aún, sabía que su cuerpo de carne y hueso no lograría resistir una exposición directa a aquel fuego. La lluvia le protegía parcialmente de las llamas de su enemigo, pero sin aquella ayuda quedaría carbonizado en pocos segundos. Debía pensar rápido una solución.

—En verdad me gustaría jugar un poco más contigo —dijo la Ira mientras aumentaba el resplandor de su cuerpo. Extendió sus alas y comenzó a levitar—, pero estoy deseoso de ser yo quien torture a su siguiente reencarnación. Mandarte de vuelta al Infierno lo dejo para cuando hayas terminado de llorar su muerte.

—Maldito —murmuró iracundo Araziel.

Olvido alzó el vuelo y en un segundo se colocó a la altura del dormitorio de Irene, a pocos metros frente a ella, quien seguía mirando a través del cristal intentando averiguar qué pasaba en la calle.

—¡El fuego borra la historia, la memoria —gritó la Ira—, y es así como yo, el Olvido, hago

cumplir Su Voluntad! ¡Hasta pronto, maldita!

Una colosal llamarada emergió del aura ardiente de la Ira e impactó de lleno contra la ventana, reventándola, haciendo añicos los cristales, arrasando todo lo que encontró a su paso. La muchacha ni la pudo ver llegar. El fuego se extendió por todo el piso, saliendo por todas las ventanas que encontraba a su paso con un gran estruendo, asustando a vecinos y curiosos, despertando a quienes dormían, haciendo ladrar a los perros y poniendo en alerta a todo aquel que se encontraba varias manzanas alrededor. Un gran alboroto pronto tomó la calle, donde la gente se reunía para ver el mortal espectáculo. El fuego parecía no extinguirse. Un rayo que entró por la ventana, comentaron algunos. Una fuga de gas, murmuraron otros. Las sirenas de bomberos y policías empezaron a sonar en la lejanía, aumentando su volumen a cada segundo que pasaba.

Olvido levantó la mano, dejando así de emitir fuego. Con una sonrisa llena de maldad se volvió hacia Araziel, deseoso de degustar la rabia y la impotencia de éste. Pero no lo encontró allí. Había desaparecido. Miró de nuevo hacia el dormitorio de Irene. Ya no había fuego allí, tan sólo un humo negro y denso salía por lo que quedaba de ventana, para elevarse hacia el exterior y fundirse con la lluvia. El resto del piso continuaba ardiendo, pero no aquella habitación. Miró hacia abajo. Los bomberos habían llegado y se disponían a hacer su trabajo. La policía acordonaba la zona.

Otra vez miró al interior del dormitorio, insistió, pero ni con su vista angelical logró ver más allá de la densa columna de humo.

Araziel sentía un gran dolor. Algo terrible, como nunca lo había sentido. Había perdido gran parte del plumaje de sus alas en el intento desesperado por proteger a su amada del fuego. No sabía muy bien cómo lo había logrado, pero lo consiguió. Justo en el momento que vio el resplandor del fuego, el impulso de su propia voluntad encendió la chispa de su esencia oscura. Al instante atravesó la ventana de Batshemesh y creó un escudo con sus alas que los había salvado de arder como el resto del piso. La muchacha estaba inconsciente, a causa del impacto recibido. La observó unos instantes. El humo no le dejaba ver si tenía heridas, pero ella se movió y comprendió que estaba bien.

Debía sacarla de allí, alejarla de su enemigo. Pero no podía arriesgarse a ser visto, mucho menos por ella. Había absorbido, sin saber muy bien cómo, el fuego del dormitorio. Lo sentía correr por sus venas, por su esencia. Escuchaba las sirenas de la calle, así que decidió dejarla allí para que los humanos se hicieran cargo de su rescate.

—¿Dónde te has metido?! —gritó desesperado Olvido, batiendo sus alas para dispersar el humo—. ¡Sal, estés donde estés, sal de una maldita vez!

—¡Aquí me tienes! —aulló Araziel, apareciendo de entre la humareda a gran velocidad, sorprendiendo a la Ira, envistiéndola con gran violencia contra la fachada donde ya chocara él al comenzar la lucha. Varios cascotes de gran tamaño cayeron a la calle, alertando a los allí reunidos, que no entendieron el porqué del desprendimiento.

Los dos ángeles se agarraron y golpearon, elevando su lucha a más de doscientos metros sobre la ciudad, dando rienda suelta a toda la rabia y violencia que podían segregarse sus esencias. Se golpeaban donde podían, con los puños y con los pies, perdiendo por completo el arte de la lucha.

Olvido abandonó su forma incandescente justo cuando se pudo zafar de su rival, y dejó que su verdadera naturaleza angelical revelara todo su esplendor, toda su Luz.

Araziel no se dejó impresionar por aquel cuerpo de luz y atacó llevado por una fuerza que desconocía poseer, como cuando acabó con Elemiah. Hizo de su fuerte voluntad su espada y envistió con una violencia salvaje a su enemigo, quien horrorizado no tuvo tiempo de esquivar la

hoja puntiaguda que había logrado crear con la carne y el hueso de su brazo derecho.

El cuerpo luminoso de Olvido cayó al vacío, acompañado por las frías gotas de lluvia, para acabar estrellándose en la azotea de un edificio. Araziel fue tras él, pues sabía que un cuerpo de luz no moriría por aquella herida y se regeneraría en pocos segundos. Descendió rápidamente, acelerando más y más sin perder de vista a su enemigo, quien se incorporaba lentamente.

—¡No dejaré que te recuperes —gritó Araziel, cayendo en picado, como un cometa—. Yo eclipsaré tu Luz!

Y diciendo aquello, concentrado toda su rabia y dolor, impactó de lleno contra la Ira, atravesando uno tras otro todos los pisos del edificio hasta la planta baja. Para entonces, la Ira había perdido su Luz. Había muerto.

XVII

ROCHEL MOSTRÓ NUEVAMENTE a Abbadón la Tierra sobre la palma de su mano. Los dos permanecieron en silencio, atónitos, incrédulos. Araziel se había librado de Olvido, una Ira, un ángel de radiante luz divina.

—Algo no va bien —murmuró Abbadón—. Ese maldito ángel gris, ese Caído, esconde un poder que se escapa a nuestra visión.

—Todos en el Cielo comparten tu observación —Rochel habló en voz alta, sin apartar la mirada de aquella pequeña esfera azul en la palma de su mano—, pero Él no se pronuncia, guarda silencio, sonriente, como es su costumbre.

—¿Nadie va a poner remedio? —Abbadón se hizo a un lado. No deseaba contemplar por más tiempo la imagen gris de Araziel. Respiró profundamente y miró la cadena que apretaba con fuerza y rabia—. Yo podría extinguir su vida con un solo gesto de esta mano si no estuviera encadenada al Maldito. Yo podría triunfar donde unos han fracasado y donde otros lo harán.

—¿Dónde otros lo harán? —Rochel lo miró inquisitivamente— ¿A caso crees que ninguno de nuestros hermanos podrá derrotarlo?

—Mi querido Rochel —sonrió Abbadón—, pocos quedan en el Cielo capaces de comprender la guerra como yo. Créeme cuando te digo que algo oculta este Araziel, algo que no logramos comprender y que, mientras no lo hagamos, nos hará acumular derrota tras derrota, muerte tras muerte.

Rochel sopesó aquellas palabras. Cerró la mano y ocultó así la visión de la Tierra. Abbadón tenía razón. Algo se les escapaba, algo ajeno a la propia naturaleza angelical se había desarrollado en la esencia negra de Araziel. Tras derrotar a Elemiah y hacerse con su Luz, había recuperado parte del Don Divino. Sabía que en algún lugar del Espacio o del Tiempo, no lo podía concretar, había derrotado a Soledad, la primera Ira. Y justo en aquel momento, mientras ellos debatían en la inmensidad del Universo, rodeados de estrellas, nebulosas y galaxias, el ángel gris se encaminaba a algún lugar lejos de su visión privilegiada portando la Luz de Olvido. Algo especial había en aquel ángel, algo milagroso, y Rochel comprendía perfectamente el significado de todo ello.

Miró nuevamente a Abbadón, quien sostenía la cadena que aprisionaba a Lucifer, abajo, en el Infierno. Sin duda el poder de éste era mayor al de todos los ángeles, capaz de soportar aquella dura carga desde el final de la Guerra del Cielo, muchos milenios atrás. Se acercó a él, pero una voz emergió de la profundidad del Universo, interrumpiéndolos.

—Nunca dudéis del poder del Cielo —dijo—, pues es nuestra Fe quien lo sustenta y lo hace invencible.

—Uriel —Rochel se sorprendió al ver llegar al arcángel, uno de los privilegiados que hablaban directamente con Dios. Éste se acercó a Abbadón, contrastando su blanca Luz, su inmaculado rostro, sus alas resplandecientes y su largo cabello blanco y sedoso con la apariencia apagada, ennegrecida y torturada del carcelero de Lucifer.

—Rochel... Abbadón... —Uriel hizo una pequeña reverencia, acogiendo entre sus manos el puño que sujetaba la cadena de Lucifer. Abbadón lo miró sorprendido por aquel gesto. Uriel sonrió—. Yo haré que tus funestos presentimientos se disipen. Yo, hermano, devolveré al prófugo a su prisión para que puedas cumplir con tu deber sin más distracciones.

Pero Abbadón sacudió con fuerza la caricia del arcángel. Lo miró de arriba abajo, sintiendo gran desprecio hacia él. Desde que le fuera encargada la misión de custodiar a Lucifer, Abbadón sintió gran repulsa hacia los cuatro Grandes Arcángeles, pues fueron ellos, justo por debajo de él en la jerarquía del Cielo, quienes levantaron la Cadena desde las profundidades del Infierno y la colocaron en su mano una vez el cuerpo inerte de Lucifer fue sellado en el Abismo. Sentía pues, el más puro odio hacia todos ellos, ennegreciendo así su corazón, alimentando el rencor y la ira que ya de por sí emanaba de su esencia oscurecida.

—¿Te envían a ti, maldito, para humillarme aún más? —rugió Abbadón, señalando con el dedo al sorprendido arcángel—. Aún recuerdo vuestras sonrisas cuando posasteis sobre la palma de mi mano esta cadena que me ha desfigurado. ¿Estáis bien sentados junto a Él? ¿Su Calor es gratificante, verdad?

—Ahórrate el sarcasmo, buen Abbadón —la seriedad de Uriel era inquebrantable. Rochel lo miró con admiración, tan frío y distante, tanto como Su Luz, como su todopoderosa espada—, no he venido para jactarme por tu desdicha, ya te lo he dicho. Cualquiera de nosotros hubiera tomado tu lugar de habérsenos permitido.

—No fue una cuestión de permisividad —sonrió burlón Abbadón—, sino de Fuerza, de Poder.

Uriel no se inmutó ante la ofensa.

Rochel recordaba bien aquellos días después de la Guerra del Cielo. Abbadón, después de la Caída de Lucifer, quedó por encima de todos los ángeles. Aunque su papel en la guerra nunca destacó por tener que permanecer sentado junto a Dios, supo que él sería el Primero, el más poderoso, aquél que comandaría los ejércitos del Cielo, quien cuidaría que la Palabra de Dios se arraigara en los corazones de los hombres. Él sería la punta de la lanza del Plan Divino. Pero aquello no fue más que un efímero sueño, pues todo estaba planeado de antemano. Él fue elegido carcelero y los Grandes Arcángeles tomaron el control de las huestes celestiales. Nunca perdonaría aquello, Rochel lo sabía.

—Pronto Azael se lamentará nuevamente en el Infierno —dijo sin más Uriel.

Abbadón lo miró y, sintiéndolo de todo corazón, deseó que el pequeño ángel gris eclipsara la fría luz del arcángel.

XVIII

IRENE ABRIÓ LOS OJOS. Estaba tumbada en una cama. Miró a su alrededor, confundida, cansada y dolorida. A su izquierda había una ventana por donde entraba la escasa luz que permitía la tormenta del exterior. Le hubiese gustado ver el sol. Frente a ella un televisor en la pared, apagado. Cuando quiso girar la cabeza a la derecha se dio cuenta que respiraba a través de unos tubos en la nariz. El aire era fresco.

Estaba en la habitación de un hospital, pero no recordaba cómo había llegado allí por mucho que lo intentaba. Tampoco podía pronunciar palabra alguna. Tenía la boca seca.

Alguien le acarició la mano derecha. Miró sorprendida y contempló una mano sujetando la suya. Reparó en la vía que la proveía de suero, pero apartó la vista por la aprensión y buscó a quien la sujetaba con tanta ternura. Su rostro le era familiar, mucho.

—Mamá —susurró Irene con lágrimas en los ojos—. ¿Eres tú, mamá?

—Mi niña —la voz temblorosa de su madre le provocó un nudo en la garganta—. ¿Cómo te encuentras?

No sabía qué decir. Llevaba once años sin ver a sus padres. Estaba demasiado confusa, demasiado cansada. No sabía cómo había llegado a aquel hospital ni qué hacía allí su madre. Sintió que la habitación giraba sobre ella y perdió el conocimiento.

Su madre seguía allí. No había sido ningún sueño. Miró de nuevo a la ventana. Seguía lloviendo y era de noche.

—No para de llover —dijo con voz débil.

—Hola pequeña —susurró su madre, que parecía no haberla oído—, ¿estás mejor?

—Creo que sí —contestó Irene—. No sé qué ha pasado mamá, por qué estoy aquí.

—¿No recuerdas nada? —se preocupó su madre.

—No, nada —era toda la verdad. No recordaba nada de lo ocurrido desde que se despertara en plena noche a causa de las voces de sus vecinos en la calle, asomados por las ventanas—. ¿Qué haces aquí? ¿Quién os ha avisado?

—Ha habido una explosión en tu piso —explicó su madre—. Los bomberos creen que podría ser una fuga de gas, pero por lo visto hay indicios de que el fuego empezase en tu dormitorio.

—Un rayo —interrumpió la muchacha, sorprendida por la imagen que su memoria había rescatado—. Un rayo entró por la ventana. Sentí un fuerte golpe al romperse los cristales... pero no recuerdo nada más.

—Tu padre ha estado todo el día con la policía —le explicó su madre—. Ahora está cenando algo en el bar de aquí abajo. Cuando suba podrá explicarte algún detalle más, seguro. Tiene muchas ganas de hablar contigo.

—¿Quién os ha avisado? —insistió Irene.

—Nos llamó el jefe de bomberos —explicó la mujer—. Por lo visto tenías nuestro número para las emergencias en tu móvil. Lo encontraron en la entrada del piso, junto a tu bolso. No se había quemado, por suerte.

Irene sonrió. Hacía mucho tiempo que alguien le envió un correo electrónico donde le

aconsejaba poner al principio de la guía telefónica del móvil un número bajo el nombre “AA” para que, en caso de emergencia, la policía pudiese localizar a alguien que acudiera en tu ayuda. Jamás había pensado que aquello le permitiría reencontrarse con sus padres. Nunca tuvo en quien confiar, así que anotó aquel número, el de su antiguo hogar. Se sintió afortunada por unos segundos.

—Lo he perdido todo, mamá —comprendió Irene al pensar en las palabras de su madre. Todo lo que tenía estaba en aquel piso. Todo—. Me han despedido del trabajo. Tuve que vender mi coche y mi novio me dejó hace unos meses.

—Tranquila pequeña —sollozó su madre—, ahora estamos nosotros contigo. Nuestra casa siempre ha sido la tuya también. Siempre lo ha sido.

—Siento todo lo ocurrido, mamá —Irene se sentía desolada por dentro, sintiendo antiguas sensaciones despertando en su memoria, fagonazos que traían al presente todos los momentos amargos del pasado. Tuvo la imperiosa necesidad de hablar, de desahogarse, de llorar—. Siento haberos dejado atrás, haber renegado del amor que me disteis cuando era pequeña. Perdóname si fui cruel con vosotros, mamá... yo nunca quise...

Pero no pudo seguir hablando. Su padre entró en aquel momento en la habitación, y al verlo el llanto ahogó por completo sus palabras. Éste intentó sin éxito retener sus lágrimas mientras se arrodillaba junto a ella, cogiéndole la mano que su madre también tenía entre las suyas. No habló, pero su cansada mirada la llenó de calor y paz.

XIX

EL ÁRBOL SEGUÍA SECO, sin dar muestras de vida. Araziel lo miraba desconsolado. Tanto esfuerzo, tanto dolor, y nada, no había señal alguna de recuperación en aquella alma. Había depositado en su polvorienta corteza toda la esencia ardiente de Olvido.

Si la Luz de Soledad estuvo a punto de matarle, aquella energía ardiente fue acogida en perfecta armonía por su esencia ennegrecida. Quizá, si hubiera reservado algo de aquel fuego en su cuerpo, sus sentidos angelicales habrían despertado, pero las ganas de recuperar a su amada le impedían tan siquiera valorar aquella opción; no se reservó nada para él. Quedaban cinco Iras a las que derrotar y, gracias a su infatigable tenacidad, alcanzaría la victoria.

—He escapado del mismísimo Infierno sin luz ni carne que sustentara mi cuerpo —habló para él mismo—, así que nada impedirá que alcance el sueño que nunca abandoné ni en las desoladas estepas del Averno. Vivirás otra vez —le dijo al árbol—. Vivirás, y yo vendré aquí cada día, cada noche, y mientras duermes, yo guiaré tus sueños, tu vida.

Araziel permaneció unos minutos más allí, de pie junto al reseco árbol. Sus lágrimas habían empapado la tierra bajo sus pies. Fue entonces cuando la vio. La podría haber pisado, pero quiso la fortuna que no fuera así. Entre sus pies había una brizna de hierba, verde, fresca, un brote de esperanza entre las piedras secas, grises y polvorientas donde crecían las retorcidas raíces del árbol. Se agachó para contemplar el milagro. Con un dedo acarició aquella hebra que danzaba al compás marcado por la suave brisa que se arremolinaba en aquel lugar desolado. La acarició varias veces, como si del cabello delicado de su amada se tratase. No podía parar de sonreír.

Se puso en pie y miró con decisión el árbol seco, el alma de Batshemesh.

—Vivirás —dijo en voz alta—. Yo obraré ese milagro.

Sacudió con fuerza sus alas y voló hacia el sol, traspasando sin problemas el umbral que le conducía al Universo.

Las constelaciones seguían su curso. Voló a gran velocidad entre sistemas y estrellas, dejando atrás aquel espacio donde las almas de los hombres brillaban y se adentró en galaxias y nebulosas, esquivando agujeros negros y dimensiones donde el tiempo se distorsionaba, donde la materia se desintegraba. Dejó atrás lugares en los que los sueños eran la realidad, espacios luminosos y supernovas en plena expansión. El Universo era maravilloso, pensó, y por muchas veces que lo cruzase, siempre se dejaba llevar por aquella placentera sensación.

Pero algo impactó de lleno con su mente distraída. Un pensamiento cruel, una sensación de terror recorrió su castigado cuerpo gris. Algo, alguien, acudía a su encuentro. Una esencia enorme, llena de energía, de violencia. Detuvo su marcha y esperó nervioso a encontrarse con aquello que desprendía semejante poder. Jamás había sentido nada igual.

De pronto lo vio, ahí estaba, frente a él, un resplandor que le cegaba conforme se iba acercando. Crecía a cada segundo que pasaba, más y más, iluminando aquel espacio negro, eclipsando estrellas, constelaciones, galaxias enteras. Puso las manos frente a sus ojos, incapaz ya de soportar tal foganazo de luz, blanca, pura y gélida. La violencia que sintió en un primer momento había desaparecido. Quiso entrever a través de sus dedos separados el origen de tal poder, sintiendo gran terror cuando descubrió la verdad. Uriel, el arcángel, la mano ejecutora de Dios, blandía ante él su terrible espada de luz.

Miró directamente al arcángel cuando éste disminuyó la intensidad de su Luz, y se sintió

insignificante ante tal majestuosidad. Cabellos luminosos, ojos de fuego blanco, cuerpo resplandeciente y alas etéreas, tan brillantes que eclipsarían a una estrella. El espacio a su alrededor se rendía ante aquel resplandor divino, formando la temerosa oscuridad remolinos y distorsiones mecidos con el ondear de sus alas extendidas. Éste guardaba silencio, dejando que el temor de Araziel creciera a cada segundo que pasaba, contemplando con satisfacción la carcasa oscura en que se había convertido su presa.

—Uriel —acertó a pronunciar Araziel, estudiando su alrededor como si realmente creyera que tenía posibilidades de huir de allí. Tampoco quitaba ojo a la espada luminosa del arcángel.

—Pequeño Araziel —habló Uriel, inexpresivo, como siempre lo había recordado, en aquellos tiempos remotos cuando todos ellos paseaban por un joven Edén—, la sentencia se dictó hace milenios. Has roto las cadenas que una vez coloqué en tus pies para que no escaparas del Infierno. Yo fui tu verdugo... y ahora me presento ante ti también como juez.

No había réplica válida para aquellas palabras. Araziel lo sabía bien. Enfrentarse a las cinco Iras restantes al mismo tiempo hubiera supuesto un reto alcanzable, una proeza digna de los más altos ángeles, pero medirse a Uriel y salir victorioso requería un milagro, y en su lamentable estado no conseguiría semejante hazaña. Después de resignarse a la inevitable y desigual lucha, clavó su mirada en su enemigo. Vendería cara su vida.

—Puedo leer tu corazón —le sorprendió el arcángel—. Sé qué anhelas, sé que buscas. Has librado a tu amada de la influencia de Soledad y Olvido, pero he de decirte que eso no es suficiente para liberar su alma. Elemiah obró bien su cometido.

—Cuando acabe contigo reduciré a polvo a las cinco Iras restantes —se envalentonó el ángel gris, pero su adversario le hizo callar elevando su voz, retumbando esta por todo el cosmos.

—Nunca alcanzarás tu meta —sentenció Uriel, haciendo arder su Luz con más intensidad, cegando nuevamente a Araziel—. Ella nunca volverá a ser tuya, la Palabra rige el Plan Divino, esa es Su Voluntad. Nunca más un ángel se desviará de la senda marcada. No hay Amor más allá de Dios.

—Su Amor es una cadena —desafió Araziel, luchando por abrir los ojos ante tal descarga de luz, extendiendo sus alas deterioradas y apretando los puños—. Hace milenios que ahogué mi llanto en la oscuridad que ese Amor creó para castigar a quienes son libres. Su Luz dejó de calentar mi corazón porque un Amor verdadero me enseñó qué es la Libertad, Uriel. Su Voluntad no es mayor que la que arde en mi mirada.

—Pues apagaré esa llama —sentenció el arcángel—, para siempre.

Araziel hizo arder su pequeña chispa de Luz y resistió orgulloso el primer envite de Uriel, quien blandió su fría espada buscando en cada estocada el corazón de su adversario. Esquivaba el ángel gris cada tajo mortal que propinaba el arcángel, quien lanzaba al vacío espacial ondas luminosas que impactaban contra estrellas o se perdían entre nebulosas y constelaciones. Ambos se movían rozando la velocidad de la luz, siendo Uriel capaz de alcanzar dicho límite, poniendo así en graves apuros a Araziel, quien no encontraba un momento de respiro para poder contraatacar.

Los golpes y estocadas se sucedían sin descanso, yendo por fin a impactar contra la carne gris de Araziel, quien sintió cómo aquella hoja fría y radiante segaba de un tajo parte de su pecho. La espada no alcanzó su corazón, pero dejó al aire costillas y pulmones y, debajo de un negro esternón, alcanzó a ver con horror su marchito corazón bombeando sangre negra en un frenético intento por mantener la vida en aquel débil cuerpo.

—Tu corazón es humano —le advirtió Uriel, quien no daba muestras de fatiga—. Tu sangre negra tampoco es divina, como lo fue en el pasado. Ríndete y haré que tu Caída sea como un sueño

del que no despertarás.

—Mi único sueño es Batshemesh —logró pronunciar Araziel, quien veía cómo su sangre oscura se esparcía por el Universo. Tosió y sintió gran dolor, pero logró controlar esa sensación de debilidad y miró fijamente a su adversario.

Uriel pareció reflexionar aquellas palabras, sembrando una semilla de esperanza en Araziel, quien por unos instantes creyó que el arcángel comprendería sus actos. Pero se equivocó.

—¡Yo, Uriel —gritó el arcángel, expandiendo su Luz por toda aquella parte del Universo, desatando la misma violencia que Araziel sintiera antes del desafortunado encuentro—, te condeno por rebelión, por repudiar al Amor de nuestro Creador, por escapar de tu prisión y por dar muerte a tus hermanos!

El arcángel se abalanzó sobre Araziel, quien tan sólo acertó a colocar los brazos sobre su corazón, que latía al descubierto, ahogado en sangre negra. La hoja de luz le atravesó los brazos, el pecho, el corazón, y sintió un terrible dolor que pronto dejó paso a un frío que conocía bien.

—Mi sentencia —le susurró Uriel al oído—: la Caída... la Muerte.

Y las tinieblas cubrieron sus ojos.

XX

Entonces todos pudieron ver cómo el filo ardiente atravesó el vientre del Traidor. Se escuchó un rugido de angustia y todos guardaron silencio. El fuego ardía en las entrañas de Lucifer y le causaba un insoportable dolor. Levantó la cabeza y contempló a Miguel, mirándolo directamente a sus ojos resplandecientes, quien pudo sentir la tristeza del herido. Una gran conmoción le apesadumbró cuando lo vio llorar como a un niño sin su madre, desamparado, indefenso, sin consuelo. Aquellas lágrimas anhelaban el calor, la luz, la comprensión, la paz... el perdón. Miguel sintió una punzada en su luminoso corazón y se arrepintió de sus actos. Abrazó misericordioso a su moribundo hermano, pero ya era tarde. El cuerpo inmóvil de Lucifer se desprendió del ardiente filo de su espada y cayó, igual que un cometa surcando el cielo nocturno, sobre el campo de batalla. El silencio recorrió funestamente el prado sangriento, nadie hablaba, todos miraban con horror al vencido mientras que el triunfador descendió hasta posarse a los pies de su hermano.

Millones de llantos estallaron, y las lágrimas de dolor y pena limpiaron la sangre derramada durante siglos de cruel guerra. La tristeza se alojó en todos los corazones, fuesen del bando que fuesen, pues no había mayor pérdida que la que se acababa de producir.

—El buen Lucifer ha muerto —decían algunos dejando caer sus espadas.

—La decadencia se ha cernido sobre el Cielo —sentenciaron otros.

Y Miguel también lloraba, triste, horrorizado ante el acto que acababa de cometer, sabedor que tan sólo él era culpable de aquella muerte. Su terrible espada de fuego, regalo de Dios, había servido para matar a su hermano, al Primero, el más bello de los ángeles.

¡Irene! se incorporó bruscamente en la cama, gritando, sudando, sintiendo su corazón latir con violencia dentro del pecho. Jadeaba, desesperada, palpando aterrada la pared fría intentando dar con el interruptor de la luz. No lo encontraba por más que buscara. La oscuridad era absoluta, como si se encontrara dentro de un ataúd. Chilló, con fuerza, angustiada.

—Irene —gritó su padre entrando en el dormitorio, encendiendo la luz—. ¿Qué te pasa?

Ella estaba sentada en la cama, con los ojos desorbitados, sudando, pálida, con la cara desencajada. Su respiración era acelerada, descontrolada. Su padre corrió al salón en busca del teléfono mientras su madre se sentó junto a ella.

—¡Irene, hija, reacciona! —le gritaba. Pero la muchacha no lograba reaccionar. Estaba ausente, sumida en la terrible pesadilla de la que no podía despertar.

Tan sólo veía oscuridad, una densa y terrible oscuridad. Y frío, mucho frío, un viento helado que cortaba su piel y esparcía su sangre por la tierra polvorienta donde estaba arrodillada.

Escuchaba llantos, pero no lograba adivinar de donde procedían. Llantos agónicos, cansados, afónicos. Miles de lamentos que buscaban el perdón.

La negrura espesa se disipó levemente y pudo distinguir el lugar donde se encontraba, una llanura árida, con infinidad de figuras, como esculpidas en roca, que alzaban sus brazos a un cielo negro y sin estrellas. Eran esas estatuas las que lloraban.

Quiso hablarles, pero su voz se había apagado. La sequedad de su garganta apresaba toda palabra con ánimo de ser pronunciada. Se desesperó aún más.

Miró nuevamente a su alrededor. Había montañas más allá, en el horizonte. Montes negros que clavaban sus cimas en la negrura densa que los cubría.

Quiso ponerse de pie, pero un terrible dolor en el pecho se lo impidió. Se miró y descubrió una terrible herida que dejaba al descubierto su corazón, tan negro y marchito que le provocó el llanto, incapaz de comprender nada de lo que estaba sucediendo. Miró de nuevo su pecho. El corazón que albergaba no latía. Estaba muerto.

Entonces gritó.

Y despertó.

XXI

Y LA TIERRA SE QUEBRÓ con un gran estruendo, y los ángeles que lloraban arrodillados gritaron con horror ante la visión: una gran oscuridad se abrió en el campo de batalla y comenzó a tragar todo lo que allí existía, desde los cuerpos mutilados hasta los valles, ríos, lagos y montañas. Todo se hundía, desaparecía, bajo la negrura devoradora.

El cielo se cubrió de nubes tormentosas y todos los vientos huracanados se desataron contra ellos, lanzándolos, golpeándolos, castigando su traición. Intentaban luchar, oponer resistencia, pero era inútil, Él mandaba su Cólera contra ellos.

Rayos fulminadores caían de entre la tormenta y convertían en cenizas aquello que golpeaban, a diestro y siniestro, matando y quemando, arrasando todo lo que todavía se resistía al agujero negro.

Una lluvia corrosiva empapaba sus resplandecientes pieles y quemaban las plumas de sus grandes alas de seda. El dolor era insoportable y algunos se lanzaron por propia voluntad al abismo que todo lo devoraba.

Gritaron y sufrieron mil muertes antes de caer quemados y enloquecidos en el interior de la oscuridad. Poco a poco todo fue desapareciendo, arrasado, quebrado, arrancado, disuelto. La boca del abismo se agrandó por momentos y hasta las cordilleras más elevadas y los mares más extensos se precipitaron con gran estruendo a su interior.

Todo se convirtió en Nada, y la noche eterna sin estrellas se cerró sobre sus cabezas.

Dolor. Un terrible dolor le aseguraba estar vivo.

Araziel se incorporó como bien pudo, tiritando de frío. Se palpó el pecho, recorriendo con sus huesudos dedos el perfil de la terrible herida abierta que le angustiaba. No sangraba. Tampoco latía su maltrecho corazón. Muerto en vida. Aquella maldita sensación. Otra vez.

Sus ojos, aunque abiertos de par en par, no lograban adaptarse a la densa oscuridad reinante. Pasaba la mano frente a ellos pero no distinguía más que una leve sombra en el fondo negro.

La cabeza le daba vueltas, pero aún y así se puso en pie como bien pudo, tambaleándose, sufriendo mil dolores, como si todos sus huesos se le rompieran a cada movimiento. Pese a no necesitar respirar, lo hacía con dificultad, pareciendo su cuerpo incapaz de olvidar sus funciones vitales, inspirando aquel helado y maloliente aire. Caminó, hacia adelante, arrastrando sus alas desplumadas, lamentándose a cada paso, arrastrando los pies sobre el polvo y la piedra cortante, avanzando a ninguna parte, percibiendo cada vez mejor lo que le rodeaba. Sus ojos comenzaban a ver y sus oídos a escuchar, a sentir aquellos lamentos fantasmales provenientes de todos los puntos de aquel lugar, unos lejanos y otros más cercanos. Llantos, gritos de dolor, aullidos desquiciados. Agonía, miseria, olvido, pena, tristeza, decadencia, rencor.

Caminaba hacia adelante, sin rumbo alguno, cansado de existir, de luchar, de resistir. Caminó y caminó, sin parar, pues sabía bien que si lo hacía no volvería a levantarse, jamás.

Sus ojos al fin se acostumbraron a aquella oscuridad. La extensa llanura ante él acabó de confirmar lo que ya sabía. Conocía aquel lugar, perfectamente. En el horizonte, negro sobre negro, se dibujaban las siluetas de montañas puntiagudas, deformes, inalcanzables. Allí todo cambiaba sin previo aviso. Un simple paso adelante podía llevarle de la planicie que pisaba a la boca de un

abismo sin fondo. Lo que ahora quedaba lejos, dos pasos después podía ser la trampa de donde no poder escapar.

Mares de gélido ácido esperaban pacientes. Había ríos que desembocaban en ellos, serpenteando y dibujando extrañas formas en aquella tierra árida, fluyendo sus ácidas corrientes desde las cumbres tenebrosas; pero había otros cuyas corrientes surgían de los propios mares y ascendían al negro cielo lamiendo la roca y el polvo en su curso.

El polvo y la piedra dominaban cualquier superficie. Uno absorbía la sangre que el otro provocaba con sus afilados bordes. Araziel permaneció quieto, estudiando su alrededor, intentando comprender qué hacía allí de nuevo, incapaz de recordar porqué estaba de vuelta y qué había sucedido antes de que abriera los ojos. En su cabeza sentía un terrible vacío, una confusión perturbadora. No lograba que su memoria recuperase acontecimientos recientes. ¿Por qué tenía aquella herida? ¿Y la sensación de haber perdido algo? Recordaba haberse puesto en pie, después de milenios arrodillado sobre la roca fría y deforme en una montaña gris, secarse seguidamente las lágrimas con la mano polvorienta y haber comenzado a andar... para luego caer. ¿Qué había sucedido después de aquello? ¿Qué le llevó a levantarse, a comenzar a andar? Allí, donde toda esperanza era barrida por los vientos helados, él sabía que algo le dio fuerzas para caminar, ¿pero el qué?

Torturado por la amnesia, continuó su camino a ninguna parte. Arrastraba los pies, cuyas huellas eran borradas por sus alas inertes, dibujando un amplio surco abstracto sobre el polvo. Su piel era gris, como la ceniza, y recubría un cuerpo delgado, débil, cansado ya de vagar sin una meta.

Gritos y más gritos, llantos, todo retumbaba en su cabeza, hiriéndole en lo más profundo de su ser. Sacudió la cabeza varias veces, cada vez con más fuerza, como si así aquellos lamentos pudieran salir de su mente.

Miró a su derecha y pudo distinguir una enorme roca sobre la cual reposaba una estatua de piedra polvorienta. Era la figura de un ángel arrodillado, abatido, castigado, como él, sin luz, sin fuerzas. Miraba al cielo con los ojos abiertos, sin lágrimas ya, cansado de llorar. Tenía los brazos alzados, como un niño que espera el abrazo de su madre. Araziel lloró, pues recordó. No era una estatua lo que se hallaba sobre la roca, no. Era un ángel como él, un Caído. Llevaría milenios allí, en la misma posición, esperando el Perdón, castigándose cada instante de su miserable existencia, por su desgracia. Araziel quiso hablarle, pero la voz no salió de su garganta seca. Igualmente, pensó, éste tampoco le escucharía.

Caminó y caminó, atravesó campos de piedras, ríos de ácido, montañas erosionadas por el viento helado y no llegó a ninguna parte. Todo era piedra gris, polvo y viento. Ángeles caídos, olvidados por ellos mismos en un único esfuerzo por conseguir el Perdón elevando más y más sus llantos, se repartían por aquel tétrico paraje de desolación y oscuridad.

Por fin llegó al borde de un mar que no supo, o no pudo, distinguir en la distancia. No había manera de seguir avanzando. Miró hacia atrás y una basta estepa de roca y cenizas alcanzaba el horizonte. Las montañas que acababa de cruzar ya no estaban ahí. Tampoco distinguió a ningún Caído. Estaba solo, otra vez.

Cayó de rodillas y lloró desconsoladamente, gritando y maldiciéndose. Había perdido la memoria, las fuerzas, la esperanza, la vida. Con los puños golpeó varias veces el suelo polvoriento.

Entonces abandonó, su mente no pudo más con todo aquello y cerró los ojos. No sabía cuánto tiempo había estado caminando por aquella tierra de miseria y decadencia. Arrodillado como estaba, se dejó caer hacia adelante, abatido, abandonado.

Sintió cómo su cuerpo caía, absorbido por un vacío opresor. Pero no le importó. No. No abrió los ojos mientras caía.

Lo había perdido todo, pues era lo único que se podía conseguir allí, en aquella tierra desolada, en aquel lugar de tinieblas y agonía, bajo aquel cielo torturado por la bastedad de una oscuridad despiadada y sin fronteras a las que aspirar llegar.

Había caído en el Infierno.

XXII

ESTA ES LA TIERRA que me vio nacer, el mar donde crecí. Vientos oscuros son el telón que ante mis ojos me muestran ahora mi hogar, un lugar a donde debe regresar mi sangre, cerrando así el círculo que sus lágrimas abrieron aquel día, cuando me marché.

Ahora no recuerdo nada más. La tristeza que me embarga hace de este hogar una ruina... otra vez.

Si hay un presente o un futuro lo ignoro, lo olvidé.

Sé que antes hubo algo, alguien... no lo puedo ver.

Lo que buscaba cuando me fui, ahora al regresar lo he encontrado. Es mi destino, mi soledad... caer en el mar de mi niñez y no volver a despertar... jamás.

Mirar desde aquella ventana el horizonte del mar siempre le había reconfortado. En su infancia, de la que pocos recuerdos guardaba, pasaba horas enteras mirando a través de aquel cristal, en su cama, casi siempre enferma. Fue un tiempo oscuro, como toda su vida, suspiraba cansada al pensarlo, pues parecía que el tiempo no había pasado. Ni el hogar de sus padres, ni su antigua habitación que éstos conservaban tal y como ella la dejó el día que decidió vivir su vida, no había conseguido más que devolverla a la tristeza y la melancolía que siempre se alojó en su corazón.

Aún y así, Irene se sentía reconfortada mirando el horizonte, ignorando los barcos que por allí aparecían rumbo al puerto.

Las buenas sensaciones que había experimentado antes del accidente en su piso se habían esfumado. Aquello fue como un oasis en su vida, un instante de luz entre tanta oscuridad. Fugaz pasó la sensación de bienestar, como un cometa a través del firmamento.

Allí también llovía. Llovió sin descanso durante todo el viaje en coche. Dejó la ciudad para regresar al norte, a la tierra que la vio nacer, al pequeño pueblo de pescadores donde creció.

Las gotas se estrellaban contra la ventana y desfiguraban su reflejo. Afuera, el cielo gris y el viento incesante no ayudaban a levantar su ánimo. Las pesadillas habían vuelto, se repetían una y otra vez, cada noche, sin darle tregua. Por el día evitaba salir. Sus padres insistían en ir a comprar a un centro comercial cercano o a pasear, aunque fuera bajo la lluvia, pero ella se negaba. Estaba abatida. Había perdido algo. Su corazón así se lo decía.

Sus amigas, las mismas de su infancia y juventud, enteradas de su regreso, iban a buscarla para ir a tomar café o una copa por la noche. Muchas ya tenían familia, hijos y maridos, y aquello la hundía aún más. A cada gesto de acercamiento que le profesaban, de amistad, de amor, Irene se sentía más decepcionada con su vida.

Sentía una gran distancia hacia todo, hacia todos. Se miraba fijamente a los ojos en el reflejo de la ventana y sólo podía ver un enorme vacío. Su descuidado aspecto la sumía aún más en aquella espiral de tristeza en la que se encontraba.

Un ruido tras la puerta del dormitorio la devolvió al cobijo de su cama, alejándola del horizonte marino. Su madre abrió la puerta. Le llevaba la merienda. Leche caliente y unas magdalenas.

—Tómame esto —le dijo mientras lo dejaba todo sobre el escritorio, junto a la cama—. Algo

caliente te sentará bien.

—¿Ha vuelto papá ya? —se interesó Irene mientras se llevaba un pellizco de magdalena a la boca.

—No tardará mucho —le contestó su madre, señalando con el dedo un lugar en el embarcadero a pocos metros del huerto frente a la casa— Quiere asegurar la barca, pues dicen que esta noche la tormenta va a sacudir con fuerza el mar.

—Habla muy poco —reflexionó Irene, con la mirada perdida, sin prestar atención a los pronósticos meteorológicos—, menos que antes.

—No lo ha pasado bien estos años —sonrió su madre, con una lágrima a punto de revelar su emoción—. El día que te fuiste, cuando te dijo que ya no eras su hija, se le clavó un puñal en el corazón. Lloró muchas noches.

—Lo lamento tanto —susurró Irene—, lo siento tanto.

—Hija —su madre le acarició su pelirrojo cabello, apartándoselo de la cara—, nunca fue fácil para nosotros. Tu enfermedad, tus silencios, tus ataques de ira... cuando nos dejaste, esta casa perdió la poca vida que le quedaba.

Ambas permanecieron en silencio algunos minutos. El mar, afuera, se había embravecido y la tormenta se volvió más violenta. Irene encendió la luz del cuarto, pues el tenue resplandor del exterior apenas lograba iluminar sus rostros. Su madre la cogió de la mano y le habló.

—Pero no pensemos en el pasado —le dijo—. Empecemos de cero, cariño. Nunca es tarde.

La puerta se abrió un poco, crujiendo sobre sus bisagras. Maeve, la vieja perra de la familia, se acercó a la cama y posó su cabeza junto a Irene. Ésta la acarició con cariño, sintiendo el corto pelo del animal entre sus dedos. Su madre se puso en pie y recogió los restos de la merienda.

—Te dejo con la pequeña —le dijo a la perra, acariciándola en el lomo—. Yo voy a preparar la cena.

Irene sonrió tímidamente, invitando a la perra a subirse a la cama dando una palmada en el edredón. Maeve obedeció, con paso lento y dubitativo pero moviendo el rabo, alegre.

—Has visto —le habló—, aún me llama pequeña.

Miró al tranquilo animal, una Can de Palleiro pelirroja, vieja, muy vieja, de movimientos lentos y sigilosos, cansada ya de correr por los verdes prados y de darse chapuzones en el mar. La recordaba bien, cuando ella paseaba por la playa de guijarros mientras la perra corría y jugaba con todo aquello que se encontraba, ya fuera un cangrejo huidizo, una concha vacía o un trozo de madera que llegase arrastrado por la corriente. Maeve, que así la llamase su padre el mismo día que la llevó a casa siendo un cachorro, siempre había permanecido cerca de ella, como si en todo momento hubiese sentido el dolor y el pesar que se albergaba en su corazón. El noble animal lloraba junto a su cama, cuando el médico impotente repetía aquello de “estas fiebres no son normales”.

Irene volvió a mirar por la ventana sin dejar de acariciar el lomo del animal, que había caído presa de un sueño tranquilo. A lo lejos, en la línea del horizonte, la silueta de un petrolero se desplazaba lentamente. Miró al huerto que sus padres tenían en la entrada, dividido en dos por un estrecho camino de gravilla. La lluvia caía incesante, y había encharcado toda la zona. Su padre entraba en aquel momento, cubriéndose con un plástico grande como bien podía, luchando contra el viento y la lluvia sin mucho éxito. Su madre fue a recibirlo con un paraguas, sujetando la cesta de mimbre que su padre siempre llevaba cuando iba a pescar.

—Tenemos pescado para cenar —dijo Irene en voz alta, despertando a Maeve, quien se acomodó en su regazo para volver a dormirse.

Irene suspiró. Once años atrás había cruzado aquel huerto con una mochila auestas, llena de ropa y poco más, enfadada y completamente fuera de sí. Hasta aquel funesto día había ignorado que era adoptada. No entendió el por qué del silencio de sus padres, pero cometió un error, ahora lo sabía a ciencia cierta. Gritó mucho aquel día, insultó y renegó, hiriendo a sus padres con cada palabra que había salido de su boca.

Nunca supo el porqué de aquella desbocada ira, pero en aquel mismo momento, en aquella habitación que tanto la había visto sufrir, Irene entendió que la culpa de todo era suya. Comenzó a llorar, sintiendo que volvía a ser incapaz de entenderse a sí misma. Todo era tan confuso, tan oscuro y laberíntico que, en aquel lugar, en aquella casa, en su habitación de adolescente sin esperanzas, sintió ahogarse su corazón otra vez, como cuando era niña y las fiebres torturaban su débil cuerpo.

XXIII

CIELO ROJO, CIELO TRISTE... ¿quién vigila ahora los sueños? Olvidé cada rostro, cada lugar... y eso me duele como si caminase a través del fuego.

¿Quién tiene mis recuerdos?

Noche eterna, donde todo es gris y apagado, ¿alguien esperará si yo espero? Pude ver una mirada, unos ojos en los míos...

Y eso me duele... mientras camino a través de las llamas... del olvido.

Araziel perdió toda noción del tiempo desde que abriera los ojos. Había caminado por aquella tierra de tinieblas hasta que quedó tendido en el polvo, inmóvil, herido y abatido después de una terrible caída por un abismo de oscuridad.

Abrió los ojos lentamente, mareado, confuso. Ya no se escuchaban los gritos y lamentos de los Caídos. El cielo negro tampoco estaba sobre su cabeza. Tenía la sensación de estar en un agujero, en una garganta excavada en la roca fría y cortante. Palpaba con sus desgarradas manos pero no encontraba salida. Era una tumba, o esa fue la sensación que tuvo. Angustiado, desesperado, forcejeó con las piedras de las pareces, tragando polvo, tosiendo, vomitando. Golpeó con sus puños hasta que se rompió todos los huesos. Sintió cómo sangre espesa brotó por las heridas.

De pronto, como si de una cruel broma se hubiera tratado hasta aquel momento, descubrió una gran oscuridad justo frente a él. Ansioso por dejar aquel agujero se arrastró por la salida. Era un túnel que se estrechaba cada vez más. La roca le arañó en un principio su deteriorada piel hasta que acabó arrancándole con terrible dolor pedazos de carne. Alcanzó la salida después de insoportables dolores, incapaz de calcular el tiempo que le llevó hacerlo.

Cayó desde una pequeña altura, quedando boca arriba, respirando con suma dificultad, tosiendo sangre espesa.

Cuando su cuerpo inmóvil recobró la sensibilidad, notó un frío sobrenatural. Era algo que le helaba no sólo el cuerpo, sino también su oscura y casi extinta esencia. El aire de aquel lugar era cada vez más frío, y comenzó a escuchar su propia respiración retumbando, como si se encontrara en una enorme cavidad. Abrió los ojos.

Oscuridad. Todo lo que le rodeaba era densa oscuridad.

Se sintió entonces totalmente abatido, ya sin fuerzas para continuar caminando, ni tan siquiera para mover los párpados. Miró aterrado al abismo negro y sin fin que se abría sobre él.

Fue entonces cuando el Infierno penetró por fin en su Voluntad, tanto que en un intento desesperado deseó que Dios le escuchara, pues volvió a recordar, con dolor.

—¿Porqué me has convertido en este oscuro ser? —Susurró, pues su voz estaba tan muerta como él— ¿Porqué mi Esencia es ahora polvo y amargura? Vi los primeros mares nacer, las primeras montañas florecer. Siempre estuve cerca de ti, bajo el sol de tu mano, haciendo nuestros corazones sagrados, dichosos. Éramos parte de tu reino, en lo alto, entre las estrellas, acariciado siempre por el viento... así caminaba por el Universo. Pero ahora estoy aquí, atrapado en tu Voluntad, mancillado, asustado, olvidado, herido y desterrado, abandonado en las entrañas de este cielo torturado, de esta noche eterna sin estrellas, donde sólo soy una sombra sobre un fondo

negro de desesperación. Lo que fui caerá en el abismo, arrastrado, nunca más recordado. Dices que traicioné la naturaleza del Amor. Mi sacrificio así lo escribe en el firmamento, oculto a las almas de quienes están condenados a venerarte sin posibilidad de encontrar lo que realmente anhelan sus corazones. Libérame, no por mí, por ella, por este amor que se niega a sucumbir en las tinieblas que expiras para cegarnos y ahogarnos. Déjala libre, es lo único que te pido. Desgarra mi carne, mi esencia, cóbrate, que mi sufrimiento eterno sea el pago por su paz. Libérala, ella no tiene culpa...

Sus palabras, sus súplicas, no fueron escuchadas por su Padre.

Entonces lloró... pero no lágrimas de dolor y tristeza. Lloró sangre, negra, fría y espesa. Sintió rabia y gritó, desgarrando su garganta, destrozando sus cuerdas vocales.

—Libérala... o mis manos beberán la sangre de tus ángeles... ¡tu Cielo será una tumba!

Se hizo el silencio. Frío. Oscuro.

De pronto un tintineo. Leve. Otra vez, un sonido de metal chocando contra metal. Silencio. Otra vez. Algo se movía a pocos metros frente a él. Sus ojos captaron entonces un leve resplandor, efímero.

—Incluso en esta mazmorra lejos del firmamento, la luz de las estrellas se abren paso de tanto en tanto —dijo una voz apagada, hablando directamente a su mente—. No temas, mi pequeño Araziel, no estás sólo en esta prisión.

No supo quién le hablaba, pero no se asustó. Aguardó en silencio.

Tampoco reconoció aquella voz que denotaba dolor a cada palabra que pronunciaba. Quiso preguntar, pero estaba demasiado débil y el frío allí reinante le atenazaba la garganta. Quiso hacer un esfuerzo y ponerse en pie.

—Estate quieto —le advirtió la voz, nuevamente resonando en su cabeza, sin alarmarlo, con un tono suave. Comenzó a resultarle familiar aquel timbre—. Nos vigilan desde lo alto. Pueden ver todo lo que aquí ocurre. Tus gritos han delatado tu presencia, pero no pueden verte.

—¿A... quién te... refieres? —consiguió pronunciar Araziel, sintiendo el frío penetrando por su garganta.

—No hables más, pequeño —dijo la voz, calma y serena—, ellos pueden escucharte. Al igual que te hablo al corazón, tú puedes hacer lo mismo.

—Mi cora... zón está... muerto —se lamentó el ángel gris, tosiendo repetidas veces.

—No —le explicó aquella voz cálida y tranquila—. Un corazón sólo puede morir si así uno lo desea.

Araziel, sumido en aquella oscuridad que le rodeaba, se dejó llevar por las palabras de su interlocutor, sin ganas de discutir ni de atender a más explicaciones.

El silencio se hizo de nuevo en aquella cavidad helada. Araziel observaba entre lágrimas su alrededor. Estaba tirado en el fondo de un enorme cráter. No alcanzaba ver el final de éste, arriba, en lo alto, donde la oscuridad actuaba de muro para sus ojos. De pronto se percató de un nuevo y leve resplandor. Plateado. Centró su atención en aquel punto, varios metros sobre él, en el centro exacto del diámetro del cráter. Forzó su vista todo lo que pudo, alentado y esperanzado en haber encontrado una chispa de luz en aquel lugar de tinieblas densas y perpetuas. Otro nuevo resplandor se mostró ante él, débil también, pero le sirvió para distinguir algo que se mecía sobre su cabeza. Un sonido metálico. Clinc. Clinc... clinc. Una cadena, la pudo distinguir en el fondo negro. Una gran cadena aparecía de la nada que se abría sobre él y llegaba hasta el suelo. Estudió con detenimiento el final de la misma, a unos cuantos metros ante él. Se incorporó como bien pudo, ignorando el terrible dolor, llevado por la curiosidad, una renaciente esperanza.

Un bulto oscuro se levantaba allí en medio, inmóvil, encadenado, con parte de su volumen

enterrado en la roca helada. Quiso arrastrarse hasta él, pero aquella voz tranquila y cálida le volvió a hablar. —No te muevas —le dijo—, Abbadón vigila ahora. Se ha quedado sólo y su atención es aún mayor. Sus ojos te buscan.

—Abbadón —murmuró Araziel—, el guardián de Lucifer...

Y terminando de pronunciar aquellas palabras, Araziel supo con quién estaba hablando todo aquel tiempo.

—Lucifer —susurró.

—Pequeño Araziel —dijo Lucifer—, incluso en estas tinieblas que destruyen mentes, tú me recuerdas.

—Jamás pensé que nos encontraríamos —Araziel no salía de su asombro. El Caído, el Traidor, el Primero, estaba frente a él. Agudizó aún más su vista y consiguió al fin distinguir completamente la imagen del Primero.

Lucifer reposaba encadenado del cuello a la cintura, quedando sus piernas enterradas. El frío metal apresaba sus brazos y sus alas, aún emplumadas. Su largo y lacio cabello negro ondulaba incesantemente con el ir y venir del viento helado que procedía del cielo oscuro. Tenía los ojos cerrados, o al menos eso le pareció a Araziel, quien no acababa de dar crédito a lo que veía.

—La voz de tu corazón es suficiente para comunicarnos —dijo el Caído, sin mover músculo alguno de su cuerpo apresado—, Abbadón no nos escuchará.

—Siempre pensé que al caer habrías muerto —comentó Araziel, usando esta vez la poca fuerza que pudo reunir en su corazón marchito.

—El Castigo Divino no puede ser un acto de Piedad —explicó Lucifer—. Dios no conoce esa palabra. Lo sabes bien, ¿Verdad, pequeño ángel gris?

—¿Qué sabes? ¿Qué insinúas? —Araziel sintió ira. Sintió fuerza por unos segundos.

—Aunque caí mucho antes de tu desgracia, el Universo no me ha sido ajeno —reveló Lucifer—. Esta cadena también es un punto de unión con Abbadón, y es así como experimento todo lo que él siente. Puedo leer todavía su corazón, y así, a través de su ira y su angustia, supe de tu fuga de este lugar. Por fin sé que hay una salida, aunque para mí, mientras estas cadenas me sigan reteniendo, no haya esperanza.

Araziel se entristeció por aquellas palabras. Ciertamente era que durante la Guerra del Cielo, él combatió contra los rebeldes, pero desde que fue separado de su amada Batshemesh, comprendió los actos de Lucifer.

—Veo que has recobrado la memoria —se alegró Lucifer.

—¿Puedes leer mi mente? —preguntó Araziel, sorprendido por aquellas palabras.

—No, ahora no —se entristeció por unos segundos Lucifer—, pero nunca me ha abandonado la virtud de poder leer los corazones, y en el tuyo, pese a estar en tan desastrosas condiciones, una pequeña chispa de fuego aún arde. Es Amor, Amor Verdadero. Tu amada espera tu llegada.

—Ella está condenada a la reencarnación eterna —le explicó al Caído, lamentándose por su Destino—. Elemiah ha estado influyendo negativamente en su alma durante milenios, y las Siete Iras se repartieron su Luz. Derroté a Elemiah, a Soledad y a Olvido, pero Uriel me encontró...

—Abbadón lo sabe, yo también —le tranquilizó Lucifer posando su dulce voz sobre su corazón. Araziel sintió aquella esencia y se sorprendió que en las lamentables condiciones en que se encontraba el Caído, aún pudiera emanar semejante calidez en aquel agujero oscuro y helado. Lucifer leyó su corazón otra vez y le contestó sin que le realizase ninguna pregunta.

—El Fuego no se extingue —explicó—, porque un simple átomo en su aceleración puede calentar, puede arder.

Araziel lo miró incrédulo. No entendió aquellas palabras. —Lamentas no haber podido revivir el alma de tu amada —le sorprendió Lucifer, que parecía saber toda su historia—, pero aunque le devuelvas toda la Luz a su árbol, éste no se recuperará si su corazón no despierta.

—¿Qué quieres decir? —se sorprendió nuevamente Araziel, atento a todas aquellas revelaciones.

—El alma de los humanos —le explicó Lucifer—, al igual que nuestra esencia, es el contenedor, el recipiente donde reside la auténtica Luz. Hombres, plantas, rocas, ángeles... incluso nosotros, querido Araziel, en estas condiciones, poseemos esa chispa luminosa que sobrevive en nuestros corazones aunque éstos hayan dejado de latir. No se nos puede borrar del Universo por más que se apague nuestra estrella. Al igual que podemos expandirnos hasta alcanzar el tamaño ilimitado del Cosmos, podemos sobrevivir reducidos a simple átomo.

—¿Entonces por qué los ángeles que murieron en la Guerra del Cielo jamás han vuelto a estar entre nosotros? —Araziel no lograba comprender aquel misterio. Si todos los seres vivos eran eternos, ¿por qué abandonarse a los brazos de la oscuridad, de la muerte?

—Se necesita un sentimiento especial para hacer arder esa llama —sonrió Lucifer con nostalgia—. La muerte puede ser el final de todo sufrimiento si así se desea, pero si tu Fuerza, tus ganas de vivir tienen un sentimiento donde aferrarse, créeme, no hay mayor Poder que haga arder la Luz en cualquier corazón.

—¿Y por qué permaneces aquí, muerto en vida, con los ojos cerrados? —Le increpó Araziel, sintiendo cómo la esperanza regada por aquellas palabras comenzaba a marchitarse de nuevo—. ¿Por qué los demás Caídos no escapan de esta maldición?

—Mira esta cadena —le contestó Lucifer—. Soy el único encadenado porque Dios sabe muy bien que conozco el Secreto. Estoy aquí, alejado de todo y de todos por ese mismo motivo. Nadie puede escuchar mi voz. Nadie puede escuchar mi corazón. Mi Voluntad está sellada, Araziel.

—Yo logré escapar una vez de aquí —se enorgulleció Araziel, con nostalgia.

—Tu amor por la humana renació sólo, de manera inesperada —la voz de Lucifer se elevó en el corazón de Araziel, quien sintió una nueva oleada de aquel calor tan reconfortante que emanaba de las palabras del Caído—. Se obró el Milagro entonces. Por eso has llegado hasta aquí, pequeño ángel gris. Mi corazón te ha estado llamando por todo el Infierno desde que supe de tu nueva Caída. No he podido comunicarme contigo, pero sí guiarte hasta aquí. Abbadón lo sabe, por eso nos mira aunque no pueda verte.

—Pero no podré escapar nuevamente de este lugar —se lamentó Araziel—. No recuerdo cómo lo hice, qué camino seguí.

—Yo te mostraré el único camino que conozco —Lucifer se movió, despacio, rompiendo así la delgada capa de escarcha que lo cubría. Abrió los ojos y miró el cielo negro que los apresaba—. Al final de esta cadena está Abbadón, quien permanece atento desde el Universo. Sube por ella sin temor, pues él no podrá hacerte daño. No se arriesgará a soltarla ni a sacudirla para que caigas.

Araziel se dejó llevar por una primera oleada de euforia, pero pronto el pesimismo le atenzó nuevamente.

—Con este cuerpo y sin Luz en mi esencia jamás podré alcanzar mi objetivo —dijo—, jamás podré salvar a Batshemesh. Subiré para volver a caer.

—Tu Luz no se ha extinguido —le recordó Lucifer—, y nunca lo hará mientras el Amor la haga arder. No te dejes cegar por ese cuerpo de carne y hueso. Tras él siempre ha estado el Ángel de Luz que eres; siempre lo serás. Vencerás a cualquiera que se interponga entre tus sueños y tú.

Ni las Iras, ni Abbadón, ni Uriel, nadie puede eclipsarte. Tu Luz ahora es Fuego. Un fuego que se gestó cuando Batshemesh comenzó a amarte.

Araziel intentó recordar los tiempos dorados junto a su amada. ¿De verdad ella transformó su Luz en Fuego?

—¿Ese fuego que arde en este corazón inerte, posee el Poder que necesito? —poco a poco abandonaba su incredulidad espoleado por las animosas y reveladoras palabras del Ángel Caído.

—Exacto —Lucifer miró fijamente a Araziel por primera vez desde que se encontrasen, fascinando al ángel gris, quien pudo ver una galaxia girar en cada una de las pupilas—. Ese Fuego es la llave para la Creación y la Destrucción. La Verdad Divina que se esconde tras el Gran Secreto. El Fuego de los corazones es el Poder de un dios. Todos, pequeño Araziel, podemos crear un mundo, una estrella, un universo, y sólo nosotros, con la misma facilidad, destruirlo.

—¿Ese fue el Secreto que revelaste a la Humanidad, verdad? —Araziel ató cabos—. Siempre pensé que no llegaste a mancillarla, que fracasaste, pero ahora veo que me equivoqué.

—Mancillarla —rió Lucifer—; así que eso es lo que os han hecho creer. Ay, pequeño Araziel, qué triste me resulta todo ahora.

Lucifer calló. El sentimiento de pesar que transmitía su voz se hizo palpable. Araziel no se atrevía a romper aquel momento de tristeza. El ángel caído parecía volver a ser una simple sombra en aquella densa oscuridad. Pero cuando Araziel ya dio por hecho que Lucifer no volvería a pronunciar palabra, éste habló.

—Yo les di el Fuego de la Sabiduría —dijo—. Yo los liberé de su mente simiesca, de su ignorancia, de su esclavitud. Yo les presenté un mundo por descubrir, un lugar donde prosperar, donde evolucionar, donde nacer, vivir y morir, donde cultivar sus Almas. Implanté en sus corazones aquel Fuego Divino, fuego que Dios no pudo extirpar, y por eso comenzó la Guerra. Modifiqué su creación, y eso nunca me lo ha podido perdonar.

Un nuevo y largo silencio se abrió entre ellos. Araziel intentaba asimilar la información que le estaba siendo revelada. Pese a haber creído durante milenios las palabras de Dios, sentía en aquel momento que la auténtica verdad se mostraba ante él. Así lo encontraba en su corazón marchito.

Reflexionó, y parecía que Lucifer así lo esperaba, pues no pronunció palabra mientras Araziel pensaba. El Fuego de la Sabiduría era el bien máspreciado por Dios. Aquella llama que custodiaban los arcángeles, aquel fuego que iluminaba el Cielo desde el vacío del Empíreo, también ardía en los corazones de cada ser humano. También en el de Batshemesh. En el de ella también.

—Veo que vas llegando a la respuesta final —le sorprendió Lucifer, cuya voz era como un susurro en su mente—. ¿Nunca te has preguntado por qué no perdiste tus atributos divinos pese a pasar tanto tiempo junto a ella?

Aquella pregunta lo descolocó. Recordó cómo Elemiah le increpó por aquel milagro, justo antes de morir, y la verdad era que ni él mismo podía explicárselo. Fue el ángel de la guarda de Batshemesh muchos años, pero pasó varios más en contacto directo con ella, tocando su piel morena, besando sus labios, oliendo su cabello. Pero pese a aquello, jamás perdió su cuerpo radiante.

—¿Por qué? —preguntó finalmente.

—Porque los humanos pueden transmitirnos ese fuego divino a través del amor que profesan hacia nosotros —las palabras de Lucifer desbordaron el conocimiento de Araziel.

—Pero la Humanidad siempre nos ha amado —reflexionó Araziel—, y sin embargo Elemiah había cambiado y...

—No —le interrumpió Lucifer—. La Humanidad nos ama como ama a Dios, por nuestro Poder. El amor al que me refiero es algo más puro, más profundo. Tú eres la excepción, el único ángel amado de verdad por un humano, por esa mujer que anhelas. Tú eres el milagro que yo esperaba cuando liberé a los Hombres. Por eso Dios no escatimará esfuerzos para eliminarte.

Aquello desmoralizó a Araziel. Se sentía dentro de una espiral. Por un momento se sintió especial, pero al final se dejó llevar por el cansancio. Si Dios deseaba con tanta intensidad su muerte, sin duda conseguiría realizar su Voluntad. Todo el poder del Cielo era demasiado rival para él.

—¿Y por qué los ángeles no podemos apreciar el Fuego en los humanos? —Araziel apartó los pensamientos negativos de su mente y continuó juntando las piezas de aquel puzle, no necesitaba recordarse la odisea suicida que se abría ante él—. Yo nunca he sido consciente de ese milagro en Batshemesh.

—Sí lo has sentido —contestó el Caído—. Ese Amor de la mujer hacia ti, ese sentimiento tan sincero te apartó del Amor de Dios. Los ángeles están cegados por la Luz Divina, y esa Luz es la que los priva de la Verdad.

XXIV

URIEL SE POSÓ sobre el tejado del faro. El agua caía con gran violencia, pero su enorme fuerza tan sólo permitía al terrible viento remover su blanca melena, lisa y resplandeciente como el mismo sol. El mar rugía furioso a sus pies, haciendo que poderosas olas se estrellasen contra las rocas y la playa de guijarros que dominaba toda la costa, empapando aún más su cuerpo desnudo. Ante él, a un centenar de metros, rústicas casas se estremecían con el ir y venir de la lluvia y la ventisca.

El arcángel permanecía serio, con los ojos cerrados, concentrado. Había buscado el rastro de la Maldita, de Batshemesh, desde que despojara a su amado ángel de toda vida y lo enviase de nuevo al lugar que tenía reservado entre los Caídos. Debía corregir los cambios que en el alma de la muchacha había provocado Araziel y, pese al poder del llanto de Abbadón que todo lo ocultaba, había alcanzado su objetivo. En una de las casas se encontraba la humana, dormida ya a aquellas horas de la noche.

—Maldito Araziel —susurró Uriel, apretando los puños mojados, dejando que toda su rabia se concentrase en ellos—, me has obligado a descender a este mundo impuro y a cometer el crimen que prometí no volver a repetir.

Se elevó en la tormenta, sabiendo por fin dónde se encontraba Batshemesh. Avanzó por el aire lentamente, procurando calmar su ira, controlando su inmenso poder, manteniendo su cuerpo de carne y hueso, ocultando su Luz.

Sus manos estaban manchadas de sangre. Sangre de ángeles. Se lamentaba una y otra vez, acumulando esa rabia que estaba dispuesto a descargar en la humana para hacerla pagar el crimen que el despreciable Araziel le había obligado a cometer.

Había matado a las cinco Iras que no llegaron a enfrentarse a Araziel. Les acababa de arrebatar de sus corazones toda la Luz que ellos mismos habían sustraído del alma de Batshemesh. La necesitaba para volver a controlar el Destino de la muchacha y devolverla así a la senda de oscuridad y decadencia que nunca tendría que haber abandonado. Era el Plan Divino, y cualquier acción era necesaria para preservarlo.

Se aproximó a la casa de Batshemesh, lentamente, convirtiendo toda su rabia en ansia homicida. No debía inmiscuirse en la vida de aquellas gentes, lo sabía, pero sentía su Luz arder en su interior como si de un volcán a punto de explotar se tratara. No podía hacer pagar el dolor que sentía sobre la carne de nadie, por mucho que la lluvia de Abbadón le ocultase. Cerró los puños con más fuerza y avanzó con más decisión. Cuanto antes terminase su tarea, antes volvería a ocupar su posición en el Cielo, donde la rabia y el dolor no tenían razón ni lugar.

Dejó atrás dos modestas casas de piedra y pronto se encontró frente al hogar de la Maldita. Posó sus pies desnudos sobre la piedra mojada de la entrada. Caminó lentamente, mirando la ventana del dormitorio de Batshemesh, en la primera planta. Se elevó hasta allí y contempló el interior de la habitación. La muchacha dormía inquieta, destapada.

Con un gesto de mano, como si apartase algo de su vista, abrió la ventana y entró.

La chica ni se enteró de la presencia del intruso.

Uriel se colocó a los pies de la cama y la contempló detenidamente. El sufrimiento que ella les había causado en aquella vida iba a terminar. Al amanecer caminaría hacia el mar para abandonar aquel mundo a la espera de la siguiente reencarnación. Pagaría así las muertes de Elemiah y las Siete Iras, la vergüenza de Abbadón y la molestia que él mismo se había tenido que

tomar al mancharse las manos con la sangre de Azaziel, quien, si no hubiera sido por ella, jamás habría abandonado el Amor Verdadero del Cielo.

Extendió la mano derecha sobre la muchacha y una luz blanca emergió de su pálida piel hasta entrar en contacto con ella.

—Yo controlaré a partir de ahora tu alma para que saborees todo el dolor de la muerte —susurró Uriel—. Esta será la última noche que tus ojos verán en esta vida. Mañana te espera la oscuridad.

El arcángel acercó la mano al pecho de la muchacha, extrayéndole así, poco a poco, la radiante luz en su pecho. Pero algo le distrajo, un ruido debajo de la cama, el movimiento furtivo de un perro que, feroz, abandonó su escondite y le atacó saltando sobre él. Le mordió en una pierna, pero el alarido del animal anunció el fracaso de su ataque. El perro se había partido los colmillos al morderle. Ningún ser de aquel mundo podía dañarle. Ninguno.

La muchacha se removió en la cama.

Agarró al perro por el cuello y lo desnucó con un simple gesto de mano.

—Maldito seas—lo alzó y lo arrojó por la ventana.

Se volvió de nuevo hacia Batshemesh terminando su tarea.

—Al alba despertarás —sentenció— y caminarás hasta el acantilado. Mirarás al cielo, para que todos vean tu mirada perdida. Luego saltarás.

Uriel salió por la ventana. Se mantuvo levitando unos instantes, serio, pensativo.

—Pronto volverás a este mundo —pensó en voz alta—, pero yo guiaré entonces tu Destino.

XXV

—¿Qué locura es esta tortura que devora mi mirada? ¿Qué oscuro milagro está naciendo de un vientre muerto? Rochel, contesta!

La cólera desbordada de Abbadón removi6 galaxias enteras, cambiando el giro de sus espirales, agitando nebulosas, desplazando constelaciones enteras, dispersando infinidad de estrellas por el cosmos infinito. Una violenta luz roja emanaba de su deteriorado cuerpo. Sus alas desplegadas, negras como el mismo Vacío, eclipsaron aquel rinc6n del Universo, ocultando el camino celestial que a 6l conducía y que tan transitado estaba últimamente.

Rochel observaba con temor el punto que, a años luz bajo ellos, señalaba el dedo de Abbad6n. No podía creer lo que sus ojos grababan en su mente. Araziel, el ángel que había caído dos veces en el Infierno, intentaba una nueva fuga, ascendiendo lentamente por la misma cadena que apresaba a Lucifer en el mismo corazón del Averno. Pensó aterrado que aquello no podía ser parte del Plan Divino. Nadie más que un Ángel de Luz podía obrar milagros; tan sólo ellos, y no un ser condenado y despojado de su naturaleza divina, podía obrar tal proeza.

Eslab6n a eslab6n, sin apartar la mirada hacia un final que no podría ver aún, escalaba Araziel con decisi6n. Abbad6n, cegado por la ira, no lograba ver el destello ardiente que el ángel gris reflejaba en sus ojos, pero Rochel, el ángel que todo lo ve, sí.

—Se arrastra hacia nosotros como si creyera que puede alcanzar este lugar —rugió Abbad6n, ardiente, colérico—. ¿C6mo no he podido verlo antes?

—Lucifer —susurr6 pensativo Rochel.

—Él... —pero una sombra en su corazón impidi6 a Abbad6n a terminar la frase. Aquella pesada cadena había sido el vínculo indestructible que le había unido por miles de milenios al Traidor. Todo lo que el uno sabía, el otro también. Palabras, pensamientos, voces, sonidos, sentimientos, todo ello compartido como si de dos almas gemelas se tratasen; al menos eso había creído hasta aquel momento.

La decadencia del uno se reflejaba en el cuerpo del otro, al igual que sus poderes habían menguado y sus cuerpos transformado. La única diferencia, o eso había pensado hasta aquel momento, era que 6l disfrutaba de la vida mientras que el Caído yacía al borde mismo de la muerte, en un estado de sueño profundo. Ante aquel maldito milagro, se revel6 la verdad: La Luz de Lucifer jamás se apag6. 6l ha conseguido guiar a Araziel hasta su presencia y ha obrado el milagro.

Rochel permanecía callado, expectante.

—¿Qué te pasa, Abbad6n? —se interes6 finalmente ante el silencio repentino del Guardián del Infierno.

—Este es el Gran Secreto —la voz de Abbad6n ardía en su garganta—. Lucifer lo sabía, ahora lo veo.

—¿A qué te refieres? —Rochel no comprendió aquellas palabras.

—Lucifer, el Primero, el Bondadoso, conocía el Secreto Divino —la amargura habló por Abbad6n, rabioso. En ese momento comprendió porqué 6l había sido el elegido para sostener la cadena que apresaba al Caído. 6l también habría descubierto el Secreto, con el tiempo, pues si Lucifer fue el Primero, 6l era el Segundo. Dios se había asegurado de encadenar a aquellos que podían haber puesto en peligro su Reino. La amargura atenaz6 su corazón—. La Verdad que yo

desconozco tanto como tú, Rochel, es el Conocimiento que nos privó de la Luz de Lucifer. Esa Verdad que, pese a no verla ni comprenderla, ahora se nos quiere revelar.

Rochel seguía sin entender, pero permaneció a la escucha sin apartar la mirada de los ojos de Abbadón, quien no podía reprimir sus lágrimas.

—Incluso ahora que no posee poder alguno —continuó el Guardián—, Lucifer ha demostrado seguir siendo el Primero. Dios no castigó su rebelión. Dios eliminó a su rival.

—No puedes hablar así —se enfadó Rochel, quien se acercó decidido a Abbadón—. Dios es Amor, es Pureza, es Luz, no Vanidad, no hay Odio en su Voluntad. Él lo da todo para todos.

—No —agitó Abbadón la cadena en su puño—. No.

XXVI

YA NO PODÍA VER la negra silueta de Lucifer. Ignoraba cuánto tiempo llevaba trepando por aquella fría cadena y la distancia que le separaba del suelo polvoriento del Infierno. Ni tan siquiera sabía si había abandonado ya la Oscura Tierra. Vientos helados azotaban su demacrado cuerpo, entumecido y agotado.

Aquella oscuridad era densa, tanto como el barro, como una capa viscosa que saboreaba su dolor y susurraba extrañas palabras de desánimo a su corazón.

Tampoco lograba ver el firmamento que Lucifer le había asegurado encontrar.

A cada metro que avanzaba, a cada nuevo esfuerzo, la piel de sus manos y sus pies se desgarraba al separarse de la cadena. Una terrible escarcha la cubría, como una tela de araña que devoraba su débil carne.

—A este paso no me quedarán manos cuando llegue—pensó Araziel en voz alta, subiendo lentamente, sin descanso.

Subía y subía, pero era como si permaneciera en el mismo lugar, atrapado en aquella altura indescifrable.

Para intentar ignorar el dolor, pensaba en las palabras reveladoras de Lucifer, en el Fuego que ardía en su desgastado corazón. ¿Sería capaz de despertar el poder necesario para enfrentarse a Dios? ¿Obraría el milagro? Apartó las preguntas de su mente, pues sabía que podían ser el camino más corto para caer en el desánimo y la derrota. Liberar a su amada Batshemesh era su meta final, y si para alcanzarla debía despertar aquel poder secreto, lo haría. Con su esencia angelical extinguida, sabía que las luchas que habría de afrontar serían todas ellas mortales. Una nueva caída al Infierno eclipsaría por siempre su existencia. Su deteriorado cuerpo así se lo recordaba, a cada movimiento. Estaba en condiciones aún más lamentables que en su anterior fuga.

—Otra caída y no seré más que roca y polvo —susurró entre dientes, continuando su doloroso ascenso.

Recordó entonces la lucha contra Uriel. No tuvo ninguna oportunidad contra el arcángel. Podría haberlo derrotado con un solo gesto de su gélida espada, pero prefirió jugar con él. No tenía ni la menor idea de cómo derrotarlo. Su rival poseía una Luz terriblemente pura, poderosa e inmaculada. En su precario estado, no tendría oportunidad alguna. Le repugnaba la idea de volver a comer carne humana para subsistir. No deseaba matar a nadie más, ni a hombre ni a ángel.

Otro metro más avanzado y nada, sólo oscuridad sobre él. Continuó.

De pronto algo fugaz, una visión, una imagen, cruzó su mente. Otra vez, rápida, ante sus ojos. Detuvo la marcha y esperó. ¿Qué estaba sucediendo? Recordó entonces las últimas palabras de Lucifer, como si las hubiera guardado en su memoria para aquel preciso instante.

—Querido Araziel —le había dicho el Caído antes de poner la primera mano en la cadena, listo para comenzar el ascenso—, una cosa más has de saber de este lugar que vas a abandonar. Al contrario que en el resto de la Creación, aquí el tiempo no existe. Nada cambia, nada envejece, nada nace, nada muere. Conforme subas esta cadena deberás afrontar el nacimiento mismo del tiempo y su andar a través de las diferentes eras. Cada momento que el Universo ha vivido, tú lo dejarás atrás. Llegará un momento en que alcanzarás el momento de tu nacimiento, el de las estrellas, el de tus hermanos, el de tu amada. Recordarás cada alegría y cada tristeza, el dolor, la

luz perdida, las risas y los llantos. Recuerda estas palabras, pues el Pasado te atormentará hasta que lo consigas dejar atrás. No avanzarás hasta haberlo superado. Recuérdalo.

Respiró profundamente el aire frío del vacío varias veces. Estaba parado, suspendió en la oscuridad.

—Si avanzaré en el Tiempo —habló para él mismo—, si veré con mis ojos el pasado, quizá encuentre de nuevo a Batshemesh.

Aquella esperanza anidó en su corazón marchito. La misma idea le emocionó. Comenzó a llorar, tanto que sus lágrimas cayeron sobre la herida abierta de su pecho. Entonces lo escuchó, como un eco, en la lejanía. Poco a poco iba aumentando el volumen. Latidos, latidos cada vez más rítmicos. No sabía de dónde procedían, pero se dibujó en su cara una leve sonrisa. Nuevas fuerzas alimentaban sus brazos, así que decidió retomar la ascensión. Fue entonces cuando descubrió el milagro que acabada de ocurrir en su propio pecho. Su corazón latía. Débilmente, pero lo hacía. En su centro, como si se tratase del motor que lo movía, una pequeña chispa ardiente se balanceaba con el ir y venir del viento helado del Abismo.

Volvía a vivir.

Con más fuerza, con más decisión, rápidamente, ignorando el dolor producido por la escarcha de la cadena, ascendió.

Maravillado contempló el nacimiento del tiempo, la explosión que puso en movimiento la bastedad infinita del Universo. Estrellas, cometas, galaxias girando, constelaciones formándose en las más hermosas formas. Todo sincronizado sin lugar para la improvisación.

Abandonó así las tinieblas del cielo del Infierno y regresó al Firmamento del cual fue arrojado. Pero aquel era un Universo joven, recién nacido. Siguió ascendiendo, agarrando con fuerza la cadena, que no se balanceaba por mucho que los cometas pasaran rozándola en su veloz viaje.

Aquel espectáculo, aquella demostración de Poder, le hizo reír, por primera vez en milenios, como un niño disfrutando de los brazos de su padre.

—¿Y Dios? —se preguntó, mientras quedó maravillado por las diferentes luces y formas que adquirirían las nebulosas, iluminándose y cambiando a cada estrella que agotaba su existencia. Todo pasaba muy deprisa, todo iba acelerado.

Seguidamente la Verdad fue revelada y comprendió el Secreto que le había confiado Lucifer. En aquel Universo, todos los mundos tenían su lugar, su espacio. Dios no era la única divinidad, había más, todos luchando entre ellos, creando y destruyendo mundos hasta que quedó tan sólo uno, vacío, inerte, tan muerto como todos aquellos dioses.

—Así pues Él no es Todopoderoso Creador —Susurró Araziel—, pues es tan hijo del Universo como cualquier estrella... como todos nosotros.

Acababa de ser testigo del inicio del Tiempo, y las revelaciones no cesaban conforme subía por la cadena. Miraba hacia arriba, esperando la nueva visión. Entonces lo vio, el Paraíso, el Edén, y sobre éste el Cielo. Ángeles dichosos disfrutaban de sus placeres, del júbilo y la inocencia. Primero las plantas, los ríos y los mares, luego los animales, los insectos, todo ello creado y colocado sobre aquella tierra pura para el deleite de sus habitantes. Un joven sol calentaba aquel mundo sin noche ni oscuridad, sin penas ni sufrimientos.

El Hombre; lo vio al continuar su ascenso. Adán, allí estaba, inocente y maravillado por el mundo que pisaba, por el aire puro que respiraba, por el agua cristalina que bebía, por las voces de los ángeles que le cantaban.

Luego vio a Lilith, después a Eva, y luego el silencio... Allí estaba Lucifer, mostrando con una sonrisa el Fuego de la Sabiduría a los humanos. Entonces todo se volvió oscuridad en los ojos

de Araziel. Conocía muy bien aquel instante, aquel día en que la sangre de los ángeles comenzó a correr por los ríos del Edén.

Dejó de lado el Destino de Adán y Eva, de la misma manera que intentó evitar la visión de la Guerra del Cielo. No deseaba recordar aquel dolor, aquella matanza entre ángeles. El rugir de las espadas resonaba en su cabeza, no podía evitarlo, mirara a donde mirara veía a sus hermanos mutilados, gritando, maldiciendo, muertos.

Hizo un terrible esfuerzo y continuó subiendo, martirizado por las imágenes de desesperación y locura. Todo era igual, como en sus recuerdos enterrados hasta aquel momento en su memoria. El agujero negro que se tragó todo el Edén y el nacimiento de los Caídos. Con una cadena, aquella misma cadena que ahora escalaba, ataron el cuerpo inerte de Lucifer. El glorioso Abbadón sujetaba el extremo opuesto. Luego fue lanzado, encerrado, enterrado. El arcángel Miguel lloraba, todos lo hicieron aquel funesto día. Incluso él mismo, apartado de todos, lamentando la matanza. Se vio allí, en el vacío tras la desaparición del Edén, ascendiendo al Cielo junto a sus camaradas. Sonrió entre lágrimas al volverse a ver, radiante, luminoso, con sus alas de pluma blanca y sus cabellos de seda resplandeciente.

Continuó subiendo, ansioso. Su corazón latía cada vez con más fuerza, con más intensidad. Aquella pequeña chispa calentaba su Voluntad.

Vio el nacimiento de un nuevo mundo, de una nueva humanidad, de la prosperidad de ésta pese a la muerte y el dolor a los que fueron condenados, a una vida finita.

Se sucedieron las primitivas civilizaciones hasta que dejó de trepar. Allí estaba ella. La tenía delante, tan joven y bella como la recordaba, con su largo cabello negro y su piel morena. Batshemesh.

La imagen se agitó, se distorsionó. Araziel deseaba volver a verla, necesitaba estar con ella. Subió un poco más, hasta que la encontró nuevamente. Estaba con él, los dos juntos. Pero corrían, huían. Recordaba aquel día, aquel momento. Nuevamente perdió contacto con la visión.

Continuó pues, subiendo más y más, ignorando el dolor y el cansancio, azotado por el deseo de estar junto a su amada.

Detuvo su ascenso bruscamente. Su rostro se desencajó, y gritó, maldijo, lloró.

Batshemesh estaba muerta, sobre una roca, y tres ángeles permanecían a su alrededor. Él ya no estaba. No se veía. Ninguna imagen mostraba su presencia.

Con un terrible dolor apesándole el corazón siguió trepando.

Otra mujer se reflejaba ante él, con el Universo de fondo. Ésta estaba herida, lloraba, sangraba. Parecía no encontrar algo. Desesperada buscaba, por el suelo, por sus ropas. Empuñó una lanza y acabó con su vida. Araziel gritó. Ella lo miró fijamente, pero ya estaba muerta.

—Batshemesh—gritó al vacío—, ¿qué cruel castigo es este? ¿Eres tú la mujer que acaba de morir ante mí?

Algo en su interior le decía que sí, que aquella era una reencarnación de su amada. Subió llevado por el deseo de reencontrarse con ella, pero el precio que pagó fue terrible.

Una niña lloraba y gritaba atada a una gran estaca. Decenas de personas la insultaban y lanzaba piedras. Un fuego prendieron bajo sus pies. La niña chillaba desesperada. Las llamas la consumían lentamente. Su cabello enredado desapareció con una fuerte llamarada. El fuego apareció por la cuenca de sus ojos y por la boca, como un grito. Así murió.

Otra mujer corría perseguida por perros hambrientos. Varios hombres empuñaban largas espadas y lanzas; todos gritaban, animaban a las bestias a conseguir su presa. Fue devorada ante las lágrimas de Araziel.

Imágenes insoportables se sucedían ante él. No abandonaba su ascenso, pero conforme

ganaba altura, perdía la cordura. El cruel Destino le había preparado la más dura de las pruebas en aquel preciso momento. Cada una de las reencarnaciones de Batshemesh se presentaba ante sus oscuras pupilas, mostrándole el dolor y la agonía de cada una de sus vidas, de sus muertes.

Otra imagen, otra reencarnación, ahorcada, muerta en la soledad más deprimente, olvidada.

Así todas y cada una de las vidas de Batshemesh llegaron a su fin ante él, impotente. Durante su primer periplo por el Infierno, ella había sufrido mucho más que él, y aquello le llenó de una amargura que apagó por completo la chispa de su corazón. Abatido, rozando la locura, quedó colgando en mitad del Universo. No encontraba fuerzas para seguir, ni tan siquiera podía llorar más.

Otra imagen, otro rostro condenado a morir, se dibujó en sus retinas.

La conocía. Aquella imagen sí, aquella muchacha de pelirroja melena y apagada mirada le era familiar. Sí, era la Batshemesh del presente; Irene, se recordó.

La chica caminaba por un prado verde, bajo la lluvia. El mar resonaba por encima de los truenos, y los relámpagos iluminaban un cielo tormentoso que rugía con gran violencia. Sus pasos eran lentos pero decididos. Araziel no podía adivinar hacia donde se dirigía, pero tuvo una terrible premonición.

La vio detenerse en lo alto de un acantilado. Abajo, el mar bravo, rompiendo con estruendo sus feroces olas contra las rocas.

—No —gritó Araziel, desesperado. Había llegado el momento de soltar la cadena.

Miró hacia arriba y lo vio, oscuro, deteriorado y cansado, pero aún y así majestuoso. Abbadón lo miraba fijamente, inexpresivo. No se movía. Su semblante serio le dio miedo, pero supo que nada podía hacerle. Al igual que Lucifer, él tampoco podía moverse a causa de la cadena. Araziel lo comprendió y sintió pena.

—Eres tan prisionero como el Caído —habló en voz alta—, tan víctima de la crueldad de Dios como cualquiera de nosotros. Esta cadena es tu Infierno.

Miró de nuevo la imagen de Batshemesh. Permanecía allí quieta, al borde del acantilado. Lloraba y jadeaba.

No lo dudó, no iba a volver a verla morir. Se soltó de la cadena y se impulsó hacia la imagen con fuerza, con rabia, con una gran determinación.

XXVII

LA LLUVIA AZOTABA SU CUERPO con gran fuerza. Le había costado llegar allí. Estaba descalza y vestía únicamente un pijama de franela blanco empapado que se le pegaba a la piel y acentuaba la sensación de frío. Temblaba de pies a cabeza, abrazándose ella misma en un inútil intento por entrar en calor. El pelo se le pegaba a la cara, pero no hizo por despejarse la vista. Estaba allí sin importarle nada de lo que la rodeaba. Ignoraba la lluvia, el acantilado frente al que se había detenido, el mar embravecido bajo sus pies, a más de treinta metros abajo. Tan sólo el frío la ataba al mundo.

Mientras caminó desde la casa de sus padres a aquel lugar, había pensado en toda su vida y en el mal que había hecho. Desde niña había rechazado a todo aquel que se le había acercado, tanto a compañeros de la escuela como a sus familiares. Incluso sentía rechazo por sus padres.

No hay nada mejor que la soledad, al menos para ti.

La enfermedad que siempre la había mantenido más tiempo dentro de la cama que fuera la ayudó a cerrarse aún más en sí misma. Ningún médico dio con un diagnóstico acertado y se pasó media adolescencia en hospitales.

La ciencia del Hombre sólo cura aquello que logra entender, pero nunca alcanzará a ver el mal del Alma. Abre los ojos y mira lo que ellos no pueden ver, siente el dolor inexplicable y la incomprensión; el rechazo después. Tú sabes qué aflige tu cuerpo, tu alma, pero nunca lo podrás explicar.

Toda aquella espiral de soledad y tristeza acabó de girar el día que se peleó con su padre y comenzó a atravesar un túnel recto y oscuro, como una caída imparable. No recordaba las palabras de aquel momento, pero sí la crueldad en los ojos de su madre cuando, defendiendo a su marido, le confesó que ella era adoptada.

Es lo que te merecías. Piensa en ellos. No salvaron a una huerfanita, no, acogieron a una enferma, a una egoísta que no reconocía más que su desgracia. Viste lo que no había, pero eso a ti te daba igual.

Gritó y maldijo a sus padres, los rehusó. Se fue de casa, del pueblo, y se sumergió en la vorágine de la ciudad, en los trabajos temporales, en los amantes de fin de semana, en novios que no la soportaban, a los cuales alejaba con una frialdad aterradora.

No eres digna de la compañía de nadie. Ensucias las vidas de aquellos que se te acercan. Se te dieron pequeñas victorias para que degustases la pérdida de las mismas.

No recordaba nada más. Una explosión, un hospital, otro más, el regreso a casa de sus padres y de nuevo la sensación de soledad e incomprensión, de enfermedad.

Mira al abismo.

Allí estaba ahora, ante un acantilado que la llamaba a gritos más fuertes que el rugir de las olas al estrellarse contra la roca. Sentía el salitre en la boca mezclado con el dulzor de la lluvia incesante. Comenzó a llorar.

El Abismo te llama.

Adelantó un pie. La hierba mojada estaba fría.

Ellos te olvidarán. Tu presencia en esta tierra no tiene sentido. Causas dolor. Llévate contigo esa amargura.

Adelantó el otro pie. El viento le hizo perder el equilibrio pero no cayó. Miró las olas rabiosas abajo, y sintió que ellas la miraron también.

Salta.

Cerró los ojos.

Salta.

Los volvió a abrir.

Salta.

Miró al cielo.

Salta.

Y saltó.

XXVIII

VERÓNICA APAGÓ EL DESPERTADOR de un manotazo. Odiaba aquel sonido taladrante, pero sabía que era lo único que la obligaba a levantarse de la cama. Volvería a sonar en cinco minutos y no quería saber nada más de aquella tortura matutina. Las cinco y media, marcaban las agujas. Arturo se movió a su lado.

—Mañana lo hago, mamá —murmuró él en sueños.

Miró a su marido con envidia. Él no trabajaba los sábados. Puso los pies en la alfombra junto a la cama y desconectó la repetición de alarma del despertador. Se desperezó y se puso las zapatillas, sus viejas y gastadas zapatillas de toalla azules que se había llevado del hotel donde pasaron su noche de bodas. Tres años ya, pensó al mirarlas cuando se las quitó para entrar en la ducha. La calefacción había estado puesta toda la noche, pero aún y así un escalofrío recorrió su cuerpo al cerrar la mampara. El invierno llegaba a su fin, por fin. Sonrió cuando el agua caliente comenzó a recorrer su cuerpo.

Aquel había sido un invierno duro, extraordinariamente frío y largo, muy largo. Cuando empezó a llover, varios días atrás, pensó que la primavera por fin aparecía en aquellas tierras del norte; estaba equivocada. La lluvia persistía, incesante, sin dar tregua, pero el frío se negaba a abandonar su reinado.

La ducha fue rápida pero gratificante, y un dulce aroma a gel y champú se habían mezclado con la humedad caliente acumulada en el cuarto de baño. Limpió el espejo de vaho con un trapo que siempre guardaba para aquellos momentos. Se miró, desnuda. Su pelo moreno le caía sobre la espalda y el pecho. Le gustaba verlo así liso; al secarse recuperaría sus ondulaciones, y no le agradaban. Era alta, casi como su marido. Metro setenta, se recordó con una mueca, sonriendo.

Se secó con la toalla calentada en el radiador, mirando de reojo su albornoz al tiempo que deseaba con toda su alma quedarse en casa, envuelta en él, desayunando con Arturo en la cocina, frente a la ventana del fregadero, burlándose de la lluvia y de aquellos que tenían que ir a trabajar. Pero se burló de ella misma.

Las seis y cuarto y no encontraba las llaves de su coche. Tuvo la intención de despertar a su marido, pero al verlo dormir lo dejó estar. Cogió las llaves del coche de él y salió de la casa sin hacer ruido. La lluvia era fría y de gotas gordas. El ruido al golpear sobre tejados y coches era ensordecedor, sobre todo a aquellas horas en las que todo el mundo en la urbanización dormía y no había más sonido que aquel.

El BMW estaba aparcado junto al muro de piedra del jardín. Abrió el paraguas y suspiró.

—Un nuevo y radiante día —se dijo, siendo todo lo positiva que podía ser en aquellas circunstancias. Caminó deprisa, abrió la puerta del coche y se metió con torpeza, mojándolo todo y siendo incapaz de cerrar el paraguas a la primera.

Ajustó los retrovisores, viendo su pequeño Seat Arosa detrás, empapado. No le gustaba conducir el coche de su marido, pero reconocía que aquel portaviones era más cómodo que su pequeña cafetera.

Aún era de noche cuando abandonó las calles de la urbanización y accedió a la carretera nacional. Las curvas iban y venían, bordeando la costa. A aquellas horas, un sábado, era poco probable encontrarse con alguien circulando por allí. La ruta habitual para ir a la ciudad obligaba a hacer algunos kilómetros más, pero, ahorradora como era, prefería correr menos y serpentear

por aquella carretera que gastar gasolina tontamente. Arturo se desesperaba con ella, pero gracias a su destreza ahorradora se permitía ciertos lujos cuando iba de compras con sus amigas.

Escuchaba la radio mientras conducía: Las noticias, esperando que el hombre del tiempo anunciara el final de la lluvia y del invierno.

—Se tendrían que terminar todos los inviernos —le dijo al locutor cuando pronosticaron que la tormenta no daba síntomas de remitir.

Llegó por fin al cruce por el que accedía a la autovía. Giró a la derecha después del paso de un gran camión. Mantuvo una distancia prudente, evitando el agua que desprendía aquella mole. El ir y venir de los limpiaparabrisas siempre la habían puesto nerviosa.

Diez kilómetros después llegó a su destino, el hospital comarcal donde trabajaba, un edificio rectangular, sobrio y sencillo, de dos plantas y veinte habitaciones, dos consultas, una sala de espera, dos vestuarios, un almacén, una morgue, una lavandería y un pequeño quirófano. En su terraza, una gran hache de neón azul indicaba su razón de ser. Dentro de lo pequeño que era comparado con otros hospitales, Verónica lo veía demasiado grande para la poca actividad que acogía.

Aparcó en la zona destinada a los empleados, lo más cerca que pudo de la entrada. Abrió el paraguas antes de apearse del vehículo, pero como bien había sospechado, lo había roto al cerrarlo. Se mojó mucho en aquellos cincuenta metros que la separaban de la entrada. Se sacudió tanto como pudo antes de entrar. Un hombre mayor fumaba en la calle con cara triste. Le sonrió sonrojada, pero él la ignoró.

Le saludó y entró en el hospital.

—Buenos días a todas —sonrió a sus compañeras, las enfermeras de la recepción.

—Hola guapa —le contestó Marta, una mujer de cuarenta años, rubia teñida y con ansias de aparentar ser una jovencita—. Ve cambiándote que tenemos un caso extraño.

—¿Hay alguna novedad? —Verónica sonrió incrédula. Aquel hospital no se caracterizaba por una actividad frenética ni por tratar casos de extrema gravedad. Para aquello estaba el hospital de la capital. Allí trataban heridas de los pescadores, enfermedades infantiles, ancianos y algún accidente de tráfico que otro.

—Hace una hora han traído a una chica que han encontrado unos pescadores tirada en la playa —le informó Eva, la otra recepcionista, una jovencita recién salida de la facultad—. Pensábamos que sería una borracha, pero las pruebas de alcoholemia y psicotrópicos han dado negativo. Por lo visto, según los policías que la han traído, parece que la corriente la ha arrastrado a la playa.

—El doctor Saura está de guardia. Él te pondrá al día. —continuó Marta.

—¿Y Nuria? —El hospital era pequeño, y con dos enfermeras solían dar a basto, pero no veía rastro de su compañera de turno, que vivía a tan sólo tres calles más allá del hospital y siempre llegaba antes que ella.

—Ha llamado —dijo Marta mientras se desperezaba en la silla. A ellas también las relevarían en poco más de media hora—. Por lo visto su hijo tiene fiebre, pero dice que vendrá tan pronto como pueda.

—Bueno —volvió a sonreír Verónica—. No creo que se me acumule el trabajo.

—Ve a ver Saura —bostezó Marta—. Creo que con la chica de la playa tendrás entretenimiento para todo el día.

Verónica les lanzó un beso con la mano y entró en el vestuario, situado tras las recepcionistas. El cuarto era pequeño, con una veintena de taquillas y un armario de estanterías donde el personal de la lavandería dejaba los uniformes limpios. Se cambió rápidamente, llevada

por la curiosidad. Una chica encontrada en la playa era una novedad, sin duda.

Se presentó ante el doctor Saura en su consulta, en la primera planta, un discreto y frío despacho anexo a un completo dispensario.

—Buenos días, tome asiento —le dijo él. Saura era un hombre de cincuenta años muy bien llevados. Era serio y profesional, y jamás le habían escuchado un comentario fuera de lugar o había criticado el trabajo de ninguna de ellas. Era educado, correcto, todo un caballero. Verónica lo admiraba de verdad, y no como al doctor Martínez, un joven que soñaba con salir de aquella zona de pescadores y convertirse en toda una eminencia de la cirugía. Era un estúpido, a su opinión, y hablaba con demasiada soberbia a sus pacientes. —Buenos días, doctor —Verónica se sentó y miró sin disimulo los papeles que el médico tenía sobre su mesa—. Me han dicho que tenemos una paciente nueva.

—Exacto —Saura conocía muy bien a todo el personal del hospital, ya que era el veterano. Las maneras directas de Verónica le molestaron en un principio, pero supo aceptar aquella característica de la enfermera—. Está en la habitación 12. Este es el informe —le extendió una carpeta a Verónica—. Aún no ha hablado, así que desconocemos su nombre. La policía vendrá a media mañana, a ver si pueden sacar algo en claro.

—¿Cómo es que no la han llevado a la capital? —se interesó la enfermera mientras ojeaba el corto historial.

—No ha necesitado ningún tipo de asistencia —le sorprendió el doctor—. Estaba consciente cuando la encontraron. Tan sólo sufre algo de hipotermia y amnesia.

—Sorprendente —parpadeó varias veces Verónica—. Parece que todo lo referente a esta chica es puro misterio.

—Así es —confirmó Saura sin mostrar ningún tipo de emoción. Le dio unos papeles más—. El resto de pacientes continúan igual. La señora Vega está lista para recibir el alta. Asegúrese que alguno de sus hijos venga a recogerla a las doce, que no pase como la última vez y se olviden.

Verónica afirmó con la cabeza.

La nueva paciente estaba en la segunda planta, en la habitación más cercana al ascensor, así que no dudó en utilizarlo en vez de subir por las escaleras. A aquellas horas de la mañana su cuerpo no estaba preparado para ningún ejercicio.

Llamó a la puerta con suavidad y la abrió sin esperar respuesta.

—¿Se puede?

La chica pelirroja estaba sentada en la cama, vestida únicamente con el camisón azul del hospital. Miraba la lluvia caer al otro lado de la ventana, o eso pensó Verónica. Se puso ante ella.

—Sería mejor que te tumbaras de nuevo —sonrió la enfermera mientras la ayudaba a volver al cobijo de las sábanas. La muchacha se tumbó sin dejar de mirar al exterior—. No debes moverte tanto, vaya a ser que la vía del suero se salga—. La muchacha no dio síntomas de haberla escuchado—. Bueno, creo que la policía pronto vendrá a ver cómo te encuentras. Ellos se encargarán de encontrar alguien que te conozca, tú tranquila. Si necesitas algo pulsa el botón rojo del teléfono y vendré enseguida. Me llamo Verónica.

XXIX

ABRIÓ LOS OJOS LENTAMENTE, sintiendo un escozor intenso. La boca le sabía a sal, a mar. Tosió varias veces, escupiendo agua marina. Estaba tumbado sobre roca mojada, en una caverna, dedujo al observar su alrededor. Se incorporó sobre un brazo y volvió a toser agua. La cabeza le daba vueltas y el penetrante olor a mar le perforó todos los sentidos. Volvió a toser.

Necesitó algunos minutos para asentar su memoria y recordar cómo había llegado a aquella oquedad. Las olas iban y venían, realizando su bramido el eco que rebotaba en la roca. Finalmente se sentó y contempló sus demacradas manos.

—Te tuve —murmuró—, por unos momentos estuviste entre mis brazos.

Se sintió feliz y sonrió. El salto dimensional podría haberlo matado, lo sabía muy bien, pero valió la pena correr aquel riesgo. Su amada Batshemesh saltó del acantilado, él la pudo ver desde la cadena de Lucifer, pero había logrado alcanzarla justo antes de ir a estrellarse contra el embravecido mar y las rocas puntiagudas que se ocultaban bajo las olas.

El golpe fue terrible. Absorbió toda la fuerza del impacto, rompiéndosele un ala y varias costillas, pero el cuerpo de su amada no sufrió ningún daño. El mar los arrastró por aquellos acantilados, lanzándolos contra las rocas, sumergiéndolos y volviendo a sacudirlos, jugando con sus cuerpos.

Logró escapar con gran esfuerzo de aquellas corrientes mortales, pero estaba demasiado débil para hacerse cargo de la chica. Tampoco deseaba que lo viera con aquel aspecto deteriorado y oscuro. Así pues la dejó en una playa, teniendo la esperanza de que hubiera hombres allí cerca que la ayudasen. Esperó en el mar a que apareciera alguien, protegido por la lluvia. Los vio llegar, dos hombres en su vehículo. Salieron corriendo en dirección al cuerpo de Irene, tendido sobre la arena mojada. Cuando se la llevaban quiso seguirlos, pero el cansancio y el dolor le jugaron una mala pasada y perdió el conocimiento.

Hasta aquel mismo momento.

—He de salir de aquí —se dijo. Estaba seguro que la marea no lo había llevado demasiado lejos de aquella playa. Se puso en pie y sintió el dolor de las costillas rotas en su costado derecho. El ala también le dolía. Reunió todas las fuerzas que pudo y se encaminó al fondo de la cueva, donde un haz de luz y gotas de lluvia caían a través del techo. Al otro lado, el agua del mar ocultaba una salida submarina que desestimó enseguida.

La apertura quedaba muy arriba. Se podía ver el cielo tormentoso, y el rugir de las olas atronaba allí. Comenzó a escalar, tanteando con cuidado cada piedra donde se apoyaba, recordando la crueldad de las rocas del infierno. El agua fría de la lluvia le reconfortaba y notaba cómo se desprendía el salitre de su cuerpo.

Llegó al exterior con mucho esfuerzo. La roca estaba resbaladiza y sus manos débiles. Estudió su alrededor. Mar a su espalda, a su derecha y a su izquierda. Al frente, un acantilado se elevaba más de un centenar de metros, no supo calcularlo. Venció al desánimo y comenzó una nueva ascensión.

Se detuvo a mitad de camino, en un saliente que no había distinguido desde abajo. Se sentó y comprobó la herida de su ala. Parecía estar curándose. El dolor del costado había desaparecido. No comprendía el porqué de aquella sanación. A diferencia de su primera llegada a aquel mundo, su cuerpo parecía no necesitar alimentarse de carne humana. Sentía su corazón latir vigoroso en su

pecho, recuperado de la terrible herida que le causó Uriel. Entonces recordó las palabras de Lucifer. Si el poder de aquel Fuego que le descubriera el Caído, el poder de la Creación y la Destrucción, era el mismo que sentía correr por sus venas, la milagrosa curación de su cuerpo era la prueba que necesitaba para convencerse.

—Así que éste es el Poder del Secreto —le habló al cielo tormentoso—, el que Dios oculta tras su Voluntad, tras su Plan Divino —sonrió desafiante.

Tenía la sensación que conforme iba haciendo esfuerzos, su cuerpo se recuperaba.

Continuó escalando.

XXX

ROCHEL LE MOSTRÓ A ABBADÓN lo que éste quería ver, la esfera azul, la Tierra.

Mientras el Carcelero observaba pensativo, él no le quitaba ojo de encima. Llevaba mucho rato callado, y eso le asustaba. Sabía muy bien que mientras sujetase aquella cadena no podría hacerle daño alguno, pero eso no le tranquilizaba. El poder de Abbadón no conocía rival. Su esencia se había oscurecido, tanto como su carácter y su bondad, como su cuerpo; su aspecto era fiero, salvaje. Aterrador.

Pocos ángeles se atrevían a llevarle mensajes, mucho menos a visitarlo por la amistad que les uniera en los tiempos del Edén. En aquel rincón del Universo, a donde las estrellas no miraban, Abbadón había caído en la decadencia y la oscuridad, encadenado a su Sagrada Misión.

Rochel, que todo lo veía, ya no alcanzaba a ver su esencia, no acertaba a distinguir su Luz. Abbadón se había convertido en todo un desconocido, un misterio.

—El Fuego le ha curado las heridas —habló Abbadón, interrumpiendo los pensamientos de Rochel—. No sabe controlarlo aún, pero eso no le impide beneficiarse de ese Poder.

—Sin duda se trata de un truco —replicó Rochel—. Lucifer habrá creado esa ilusión que te confunde, amigo mío.

—¡Cállate! —rugió Abbadón, clavando su mirada oscura en los ojos radiantes de Rochel, quien tuvo un miedo atroz y sintió cómo su voz se congeló en su garganta.

Abbadón continuó mirando la Tierra. Estudiaba cada movimiento de Azael. Éste parecía no comprender el poder que se le había despertado, pero aún y así le estaba enseñando muchas cosas interesantes sobre aquel Fuego. Entendía que la Voluntad era el motor que movía el universo interior del ángel gris. La Fuerza era inyectada en su cuerpo por su corazón ardiente, alimentado por la Esperanza. ¿Pero qué había hecho prender aquella llama? ¿Qué había provocado aquella chispa, aquel Milagro?

—Vamos pequeño —susurró—, muéstrame el Secreto.

Lo contempló minuciosamente, mientras el ángel gris escalaba un acantilado sacudido por el furioso mar. Intentaba leer su mente, su corazón, pero le era imposible. La oscuridad de su propia esencia era un telón infranqueable.

Había escapado dos veces del Infierno. En la segunda fuga había sido ayudado por Lucifer, quien le había engañado con una falsa muerte. Pero eso era lo que menos le preocupaba en aquellos momentos. La primera vez, se repetía, en la primera fuga estaba la clave a aquel enigma. Nadie le había ayudado a escapar, como tampoco nadie descubrió su huida hasta que fue demasiado tarde.

—Se alimentó de carne humana porque no era consciente de su Poder —Abbadón hablaba solo, ignorando a Rochel, quien permanecía inmóvil, en silencio, sin apartar los ojos del ángel oscuro—. Lucifer solamente ha despertado su consciencia. Venció a Ezequiel, a Soledad y a Olvido gracias a ese Fuego que ocultaba. Pero ahora lo veo. Incluso siento la presencia de ese calor milagroso. ¿Pero por qué él? ¿Por qué un ángel caído en desgracia revela semejante Poder y obra Milagros? Es como una mala broma... me siento una sombra al observarle.

Rochel hizo ademán de irse. No soportaba ver cómo Abbadón caía en la locura y la mentira, pero cuando quiso guardar la pequeña esfera azul que era la Tierra, Abbadón le señaló con un dedo y le amenazó:

—No se te ocurra moverte de aquí, pues si me privas de esta visión juro que no vivirás para volver a ver el Cielo.

Rochel se quedó paralizado, tembloroso. La esencia oscura de Abbadón se extendió por aquel rincón sin estrellas y sintió cómo se convertía en un sólido muro. Decidió rápidamente complacerle.

XXXI

EL TIEMPO HABÍA EMPEORADO desde la mañana. Dentro del hospital había sido ajena a la tempestad del exterior, pero mientras conducía el BMW de su marido de vuelta a casa regresaba a la realidad. El asfalto estaba completamente encharcado, sobre todo cuando tomó el desvío por la costa. Pensó que no encontraría nada de tráfico por allí, y que yendo despacio llegaría sin incidentes. Pero pronto se dio cuenta de que algún que otro conductor había pensado como ella.

Llevaba delante una furgoneta gris, o blanca, con la incesante lluvia no lograba distinguir bien el color. El cielo de la tarde era tan negro como el de la noche. Las luces e intermitentes ayudaban bien poco tras el ir y venir frenético de los limpiaparabrisas.

Por dos veces sintió que el coche perdía fricción con el asfalto, pero no podía asegurar si así fue o si el miedo le jugó una mala pasada.

El móvil sonó. Le gustaba aquella canción de Amaral, pero en aquel momento la sobresaltó. Era su marido.

—Arturo —contestó al tiempo que conectaba el manos libres.

—Dime que no estás conduciendo —era como si le estuviera viendo por un agujero.

—Ya me falta poco para llegar —intentó tranquilizarlo, sabiendo que se iba a preocupar—. Voy muy despacio, y la furgoneta de delante me va guiando, estate tranquilo.

—Tendrás que haberme llamado para ir a buscarte —la voz de Arturo no mostraba más enfado que preocupación. Siempre la había sobreprotegido, y a ella le encantaba—. No estás acostumbrada al BMW, y menos con la que está cayendo. ¿Por dónde vas?

—Estoy en la carretera de la costa —comenzó a explicar, pero su marido la interrumpió.

—¿Pero estás loca? —alzó la voz, sin gritar. Nunca le gritaba—. Ve con muchísimo cuidado y despacio, sobre todo despacio.

—Estate tranquilo —Verónica se puso colorada; no le gustaba que le dijeran lo que ya estaba haciendo—. Cuando tome el camino a casa te llamo. Ahora no me desconcentres más.

—Vale, cariño —se relajó Arturo—. Ve con cuidado. Te espero con la cena en la mesa.

—Gracias —sonrió ella—, eres un sol. Te quiero.

—Te quiero.

Y escuchó el clic cuando Arturo colgó el teléfono.

El caer de la lluvia sobre el coche aumentó en fuerza y volumen. Atronaba en la cabina. El limpiaparabrisas no daba a basto. El ruido era cada vez más ensordecedor. Y la furgoneta ya no estaba delante de ella.

—No me jodas —dijo entre dientes—. ¿Dónde se ha metido?

Continuó avanzando, lentamente, con la segunda marcha y pisando el acelerador con mucho cuidado después de cada curva. Los intermitentes se reflejaban en la piedra negra de la montaña, por donde caía el agua como si de una catarata se tratara, o así le pareció a ella.

En las zonas donde el asfalto estaba en mal estado se formaban charcos de agua y barro. El coche hubiera patinado sin remedio de no ser por la lentitud del vehículo.

Sonrió en sus adentros al pensar en lo que le diría Arturo si la viera llevar su coche en segunda tantos kilómetros. Pero no le quedaba otro remedio. Si había una mejor manera de conducir en aquellas condiciones, ella la desconocía.

Una ráfaga de viento golpeó el vehículo. Éste perdió adherencia con el asfalto. Las ruedas

motrices patinaron sobre un charco como si fuera de aceite en vez de agua. Verónica gritó. Había perdido el control del coche, que parecía haber acelerado sin que ella pisara el pedal, y se precipitó contra el quitamiedos del carril contrario, la única barrera que la separaba de una caída de más doscientos metros sobre el furioso mar.

Vio su final, la caída, a su marido esperando para tomar una cena que jamás saborearía. Su familia, el hospital, sus compañeras, los doctores, sus pacientes, sus amigas, sus amigos, todo pasó ante sus ojos como una burla del destino. La lluvia, el viento, el girar del coche, todo comenzó a pasar despacio, como si la Muerte no tuviera prisa por llevársela de aquel mundo.

De repente creyó ver algo frente a ella, una sombra aún más negra que la noche, a través de la tormenta. El coche se detuvo. La mitad delantera estaba suspendida en el aire, pero por suerte para ella las ruedas motrices, las traseras, no. Estaba aterrada, pero aún y así consiguió meter la marcha atrás y pisar el acelerador. Las cuatro ruedas volvieron a tomar contacto con el asfalto embarrado. En un acto reflejo miró el retrovisor y allí la vio otra vez, aquella sombra, dibujada esta vez sobre la roca chorreante de la montaña. Parecía una figura humana.

Tenía el corazón a cien por hora y no quería permanecer más en aquel infierno mojado de carretera. Giró el volante y volvió a su carril, frenando bruscamente ante una nueva sombra que había aparecido.

Gritó asustada, aterrada.

Los limpiaparabrisas pasaban rápidamente ante sus ojos, pero pudo distinguir lo que iluminaban los faros del coche. Un hombre permanecía allí de pie, quieto, desnudo, como esperando que ella hiciera algún movimiento.

Buscó con la mirada el móvil, que estaba tirado en el asiento del copiloto. Hizo ademán de cogerlo, pero el instinto le obligó a mirar nuevamente al extraño. Ya no estaba allí. Comenzó a temblar, no se podía controlar. Giró la cabeza, hacia su ventanilla, y allí lo vio.

La puerta del vehículo se abrió de repente y el agua y el viento penetraron con violencia. Él estaba allí, mirándola.

Verónica cerró como pudo la puerta y echó los seguros. El motor se había parado, no se dio cuenta hasta aquel momento. Giró la llave, pero el coche no respondía. Las luces y los intermitentes seguían funcionando.

El resplandor de un rayo iluminó la cabina del vehículo. Verónica gritó. Él seguía allí, sonriendo. Tronó.

Las cuatro puertas del coche se abrieron. La lluvia entró, la empapó. El viento rugió dándole la bienvenida al exterior; aquel hombre la había cogido de un brazo y la sacó del vehículo sin ninguna dificultad, sin que ella pudiera hacer nada. La tormenta la empapó de pies a cabeza en pocos segundos.

Aquel extraño era alto, mucho. Más de dos metros. La había cogido del antebrazo derecho, levantándola para encontrarse cara a cara. Tan sólo pudo prestar atención a sus ojos negros, donde dos soles brillaban en mitad de un Espacio infinito.

XXXII

HABÍA MUCHOS NIÑOS JUGANDO a su alrededor. Todos reían y chillaban llenos de júbilo. Corrían y saltaban, rodaban por el césped y salpicaban en los charcos. Ella también quería jugar.

—Irene —la llamaban todos.

Pero ella no podía moverse. Estaba sentada. Miró a sus pies y vio entonces las ruedas de la silla. No recordaba cómo había llegado allí. Miró entonces a su alrededor y el hospital estaba irreconocible. Había fotos de perros muertos, destripados, despellejados. Vomitó sobre su falda.

En una ventana alguien había escrito algo, y quiso leerlo. Puso las manos sobre las ruedas de la silla pero las apartó soltando un grito. Las manos le sangraban. De la goma de las ruedas salían pinchos metálicos, afilados, bañados ahora en su sangre.

Tenía que saber qué ponía en aquel cristal, así que hizo el esfuerzo de ponerse en pie. Cayó a un agujero profundo atestado de insectos. Se le metían por la ropa, por el pelo, por la boca, la nariz y las orejas. Cerró los ojos y emitió un grito ahogado por la infinidad de bichos que le entraban y salían por la boca. Se ahogaba.

Miró entonces hacia arriba y contempló las estrellas de la noche. No había nada a su alrededor. Flotaba. ¿Soñaba? Una voz le dijo que no.

Un fuerte viento la golpeó y la hizo caer sobre la roca gris y polvorienta, en la cima de una montaña negra como el carbón. El cielo era aún más oscuro, denso, como si de una losa se tratara.

Tres cipreses grises se alzaban allí mismo. Tres árboles que susurraban palabras que el viento dispersaba. Se puso en pie, pero ellos no querían volver a verla. Así lo entendió.

Lloró apenada. No sabía por qué la despreciaban, porque no recordaba sus nombres, porque eran grises y estaban muertos. Ella tenía la culpa gritó uno de ellos. Los otros se inmolaron.

Corrió, no deseaba contemplar aquellas llamas que la llamaban a gritos, agónicos.

Vio una puerta y la atravesó. Allí la gente hablaba distraída, ignorándola. Se paseó entre ellos, mirando, escuchando, buscando, pero no conocía a nadie. Todos hablaban de ella, de lo mala que había sido, de la crueldad con que había tratado al pequeño. Apartó a empujones a la gente y se encontró con otra puerta. Entró por ella y se quedó quieta cuando la cerró.

Estaba en una habitación a oscuras. Respiró lentamente, intentando tranquilizarse. Miró al final del cuarto, a un punto lejano, donde una luz azul resplandecía tenuemente. Se acercó, despacio, en silencio. A medio camino se detuvo. Un recuerdo atravesó su mente. Miró la luz y vio una cuna.

—La niña —susurró sin saber bien lo que decía—. Esa niña es quien me ha hecho daño.

Corrió hacia ella. Tenía que matarla.

Una voz hizo que sus pasos se detuvieran. Alguien había pronunciado su nombre. Miró a su alrededor; la cuna permanecía inmóvil, lejos aún.

—Tú, sucia perra —gritó una voz femenina. Irene se giró y allí las pudo ver, miles de mujeres y niñas, todas ellas con rostros cansados y demacrados. Parecían muertas en vida, pero aun y así reconoció algo familiar en todas ellas. Las conocía, de alguna manera. Una de ellas se adelantó lentamente, seria, llena de ira. Irene la contempló con horror. Era ella misma, de pequeña, con tan sólo ocho o nueve años. Estaba desnuda—. Tú eres la culpable de todas nuestras desgracias. Tú, puta, nos has llevado a una muerte sin fin. La niña que era ella comenzó a llorar. Sus lágrimas se prendieron como si de gasolina se tratase. Su cara ardía. Las de todas aquellas

mujeres. Gritaban y manoteaban en un mar de fuego.

Irene gritó aterrada y comenzó a correr, sin mirar atrás, en dirección a la cuna que la esperaba suspendida en la oscuridad. Llegó junto a la cuna y se detuvo de golpe. La habitación del hospital estaba vacía, silenciosa. La cama estaba hecha, lista para que se fuera a dormir.

Se quitó las zapatillas y abrió las ropas. A su alrededor había muchos muñecos de peluche. No sabía con cual iba a dormir aquella noche. Si elegía al elefantito, el osito se pondría triste. La muñeca de trapo tenía frío, y la tortuga estaba enfadada porque nunca la elegía a ella. Cogió al pingüino y lo abrazó.

—Hoy te elijo a ti —le dijo segundos antes de dejarlo caer sobre la tierra mojada.

En la ventana había algo escrito. Se acercó para leer lo que ponía, pero tropezó con el cuerpo de una mujer. Estaba muerta, destripada.

Supo entonces que estaba allí. Él la estaba esperando. Miró a la cama. Los peluches la miraron a ella. Todos sonreían.

—¿Quieres que lo llamemos? —dijeron todos al unísono con voces de adulto— El vendrá si nosotros lo llamamos.

—¡No! —gritó Irene, tapándose los oídos, cerrando la boca y los ojos.

—Lámalo —chillaron todos los niños—. Haz que te castigue por lo que has hecho.

Irene abrió los ojos, se quitó las manos de las orejas y gritó mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Sin saber porqué, pero sabiendo quién vendría, Irene aulló.

La cama se agitó al tiempo que el viento se llevó sus lágrimas. La tierra tembló y el lobo negro se abalanzó sobre ella hincando los colmillos en su corazón.

XXXIII

—ERES REALMENTE PODEROSO —sonrió Uriel al tiempo que contemplaba aquellas manos humanas—. Me ha costado mucho esfuerzo anular el poder de tu llanto —miró al cielo lluvioso—. Contempla mi triunfo, Abbadón, sé que me estarás viendo.

Se sentía extraño en aquel cuerpo de mujer. La altura, el peso, los pechos y la carencia de alas era lo que más le incomodaba. El timbre de voz no le desagradó del todo, y la risa tampoco. Notaba la piel tirante y le daba la sensación de estar preso, limitado. Se miró en el retrovisor del coche. No era fea la mujer que había poseído, pero el cabello lo tenía empapado y se le pegaba a la cara, y era oscuro, tanto que le desagradó.

Tenía que resignarse, así lo asumió. Aquella mujer estaba en contacto directo con Batshemesh y la necesitaba para acabar con ella. Podría haber ocupado el cuerpo de uno de los médicos y haberle inyectado algo mortal en las venas, pero no. Ya que Araziel había vuelto del Infierno para estropear sus planes, iba a desahogarse con la muchacha. El ángel gris no daría con ella si él mismo se hacía cargo de sus sueños y emociones, de sus miedos y pesares. Así pues, doblegaría la voluntad de la muchacha día y noche.

Después, cuando Araziel se arrastrara suplicando la muerte para su amada, el fin de su dolor, acabaría con él, encadenándolo en el Infierno, ocupando la otra mano de Abbadón.

Se apartó el pelo de la cara y se acomodó en el asiento del coche. Poseía todos los recuerdos de la mujer, Verónica, así que no le fue un problema conducir hasta su casa.

Era tarde, las once de la noche, y había prometido a su marido que le llamaría al abandonar aquella carretera serpenteante. Se detuvo en una parada de autobús, a la entrada de un pequeño pueblo de pescadores, y le llamó.

—Te he estado llamando desde hace una hora —le increpó Arturo, preocupado—. ¿Qué te ha pasado?

—Ha habido un accidente —explicó ella—. Un camión se ha cruzado en la carretera, pero ya estoy llegando.

—Vale —se conformó su marido—, estaba muy preocupado.

—En quince minutos llego —se despidió ella, más fría de lo normal.

Aquel pequeño juego divertía a Uriel. Hacía siglos que no ocupaba el cuerpo de un humano. La última vez se dedicó a provocar una guerra para que los hombres no olvidaran a quien debían sus miserables existencias. Le encantó, se recordó, pues sentía auténtica repulsión por lo que se habían convertido los humanos desde que fueran desterrados del Edén.

Al día siguiente, Verónica comenzó su jornada laboral con la misma sonrisa de siempre, el mismo buen humor pese a la incesante lluvia que la había empapado en el trayecto del coche al hospital. Dio los buenos días y charló con sus compañeras del turno de noche, que esperaban cansadas su relevo; saludó a los familiares de los pacientes ingresados, se puso al día de las novedades con el doctor Saura y comenzó la ronda de visitas.

Uno a uno fue atendiendo a sus pacientes.

Uno a uno.

Pero era la última paciente era la que más le interesaba. Según el informe, había sufrido

terribles pesadillas toda la noche. La muchacha estaba sedada en aquellos momentos.

Verónica se colocó a los pies de la cama. Había cerrado la puerta y el único sonido que allí entraba era el de la lluvia golpeando el cristal de la ventana. La calefacción estaba encendida, pero hacía un frío sobrenatural allí dentro. Ella sabía muy bien por qué.

Miró a Irene fijamente. El aura de la muchacha estaba prácticamente agotada. Uriel la había estado torturando con pesadillas que habían consumido toda su energía. Y ahora, siendo Verónica, la enfermera que se desvive por sus pacientes, podía continuar con su plan.

—Vamos —le susurró al oído—, vuelve a hacerlo, salta otra vez.

Verónica abrió la ventana y salió de la habitación. Sin novedades, anotó en su hoja de control, y se encaminó al dispensario en busca de las medicinas que tenía que repartir tras los desayunos. Se cruzó con dos policías que escoltaban a un hombre y una mujer, de caras congestionadas, y, presidiendo la marcha, el doctor Saura. Ella los saludó y sólo obtuvo la respuesta de uno de los agentes y del doctor. Se dirigían a la habitación de Irene, así que los siguió. Los alcanzó justo cuando el médico abría la puerta.

Entonces todo sucedió muy rápido.

Los policías se precipitaron en la habitación. La mujer gritaba mientras el hombre la abrazaba, sujetándola, en el pasillo, evitando que entrara. El doctor ordenó a la enfermera que trajera un calmante. Verónica, antes de salir corriendo, vio cómo los agentes volvían a introducir a la muchacha en la cama. Estaba empapada, se retorció como si le quemasen las manos de los policías, y gritaba sin pronunciar palabra alguna.

Verónica, Uriel, corrió, disimulando; había conseguido su objetivo. Sabía que la policía había localizado a los padres de Irene. Sabía que aquella mañana iban a reencontrarse con ella, y también sabía que un nuevo intento de suicidio la conduciría sin remedio al final de su existencia.

Él lo sabía todo.

XXXIV

LA TORMENTA PARECÍA TENER voluntad propia, ahogando sin contemplaciones la verde hierva de aquella tierra, disfrutando de las inundaciones que anegaban casas y calles, barrios enteros. No había electricidad, y los servicios de emergencias no daban abasto. El cielo rugía furioso.

Araziel levantó el rostro, cansado, dolorido. Un viento huracanado lo había lanzado de nuevo a las bravas aguas del mar justo en el momento en que alcanzara la cima del acantilado. No sabía cuánto tiempo estuvo nuevamente inconsciente, pero se alegró por haberse despertado en un saliente de roca y no en las profundidades del mar.

La cabeza le dolía. Sentía un zumbido en su mente. Examinó su cuerpo y supo que no había soñado mientras ascendía por el acantilado. Sus alas estaban curadas y se sentía fuerte. Su piel seguía siendo gris, su cabello negro, como sus alas, pero el fuego que sentía en su corazón a cada latido le devolvió la seguridad en sí mismo.

Aleteó varias veces antes de elevarse a través de la tormenta. Bajo él se extendía un prado encharcado. Más allá, siguiendo la línea de costa, un pequeño pueblo pesquero resistía con sus casas de piedras y su embarcadero de madera el brutal aguacero. Se quedó mirando aquel lugar, sacudiéndose de vez en cuando la lluvia que le corría por la cara. Había encontrado un rastro, débil y confuso, de Batshemesh. La esencia de la muchacha también impregnaba aquel acantilado. Sí, estaba seguro que desde allí había saltado al mar cuando él la vio caer desde la Cadena de Lucifer.

Concentró su esencia ardiente. El corazón le latía salvaje, indomable, bajo su pecho sin herida ni cicatriz. Podía ver la senda dorada dibujada por la esencia de Batshemesh, desde la playa donde la dejara hasta un pueblo en el interior, lejos de la costa.

Se elevó aún más. Se concentró en aquel lugar que le indicaba su instinto, un pequeño hospital. Su nueva visión alcanzaba a ver aquello y aún más. Un telón de oscuridad ocultaba algo que no podía adivinar. Se concentró tanto como pudo, pero un poder enorme le impedía seguir el rastro de su amada. Era como si en aquel hospital se abriera un agujero negro. No podía ver, no podía sentir. Necesitaba saber.

Se posó de nuevo sobre la tierra. La hierba mojada le resultó agradable al sentirla entre los dedos de los pies. Sacudió las alas varias veces y las plegó sobre su espalda. Comenzó a caminar, sin prisa. Tenía que pensar, que tramar un plan. Sin duda alguna, tras aquella distorsión espacio-temporal del hospital se encontraba la influencia de Uriel. Dudaba que el Cielo hubiera enviado a otro ángel de semejante poder.

Un enfrentamiento directo con el arcángel, pese al poder ardiente que ahora recorría sus venas, no le pareció lo más acertado. Con Batshemesh por medio no podía arriesgarse a una lucha abierta. Uriel no dudaría en dañar a la muchacha, ni a cualquier humano que se cruzara en su camino. Debía atraerlo hacia él, alejarlo de aquel lugar.

Después de haber andado varios kilómetros a través del prado primero, y habiendo cruzado un bosque después, la esencia de Uriel se comenzó a sentir sin interferencias, hostil, fría, amenazante. El primer rastro le llevó a una carretera. El agua inundaba el asfalto quebrado en más de un lugar. Caminó hacia el Sur, siguiendo la esencia del arcángel hasta que encontró un coche estrellado contra unos árboles. Se acercó con sigilo, pero pronto descubrió el cadáver de una mujer en su interior. Estaba muerta. En sus ropas blancas, manchadas de sangre, encontró una

tarjeta. Verónica.

Tenía los ojos abiertos, apagados, pero Araziel pudo ver la marca de Uriel, el rastro de su esencia. Había poseído a aquella chica, una enfermera, y cuando ya no la necesitó la dejó allí, muerta. Los cabos se iban atando.

—Así que te has molestado en acercarte a Batshemesh con un cuerpo de carne y hueso — murmuró, escrutando el rostro ensangrentado de la enfermera—. Quieres jugar, hacerla sufrir para que yo me descubra y me tengas a tu merced.

Sabía muy bien que tenía que darse prisa. Uriel torturaría a Batshemesh sin piedad alguna. Pero si se precipitaba, acabaría con los dos.

—¿Qué...? —se giró de pronto, mirando al cielo negro. Algo turbaba su fuego interior, algo se acercaba desde la profundidad del Universo.

De repente sintió miedo, un pánico atroz. La energía inmensa que se aproximaba a la Tierra le devolvió al pasado, cuando, en el fragor de la batalla, justo en el momento en que las fuerzas rebeldes de Lucifer tenían la victoria a mano, la Espada de Dios se precipitó en medio del caos, de la carnicería.

Recordaba, sí.

En un instante apareció en su mente el todopoderoso arcángel Miguel con su espada llameante, comandando a los doscientos ángeles elegidos, la élite guerrera, los doscientos que forman la Espada de Dios.

Aquello desequilibró la balanza a favor del Cielo. Los rebeldes cayeron y Lucifer murió atravesado por la espada de Miguel... recordó cómo aquella llama imperecedera que bailaba sobre el metal, consumió la esencia del Primero y lo arrojó al Abismo.

La sensación era la misma. Aquel poder divino viajaba ahora hacia la Tierra.

Pensó rápido. Todo acababa de cambiar drásticamente. Si retrasaba su enfrentamiento con Uriel jamás recuperaría a Batshemesh. Podría luchar en igualdad de condiciones contra el arcángel, o así lo creía, pues el Fuego de su corazón palpitaba con más energía conforme la Espada se acercaba. Era como si deseara aquel enfrentamiento suicida más que la revancha contra Uriel.

Alzó el vuelo y se concentró en el hospital. No quedaba lejos. Voló rápido, tanto como lo permitía la lluvia incesante y las leyes físicas de aquel mundo. Deseaba probar aquel poder en la bastedad del espacio exterior, saber si podía alcanzar la velocidad de la Luz, si podría rebasarla y viajar al pasado. Su lugar en la jerarquía del Cielo no le permitió alcanzar jamás aquellos límites, pero se sentía más fuerte y vivo que nunca, se sentía todopoderoso.

El Amor había prendido la llama que ahora alimentaba tanto su corazón como su Esencia Divina. Aquel Amor era el Secreto. Lucifer se lo había dicho; ahora comprendía.

Cuando llegó al hospital se detuvo sobre él. Cualquiera podía ver el empapado edificio, la carretera que llevaba hasta allí, los coches aparcados, una ambulancia en la misma puerta de entrada, pero él vio algo más.

Un agujero negro se abría como un embudo devorador de luz. Su enorme boca que giraba en espiral le llamaba. Más allá de aquel umbral se extendía el Universo y comenzaba el camino hacia el Alma de Batshemesh. Uriel lo estaba esperando allí, para matarlo. Sentía su presencia gélida y poderosa.

—No puedo evitar el Destino —habló Araziel, esperando que su oponente lo escuchase—. Uno de los dos no saldrá de las fauces de este agujero negro. Una Luz se extinguirá hoy.

XXXV

—POR FIN —sonrió Rochel, venciendo el miedo que le provocaba Abbadón, quien lo hubiera hecho callar con la mirada de haber podido hacerlo—. Después de milenios, la Espada de Dios surca de nuevo el firmamento.

Abbadón contempló preocupado el espectáculo. Aquella temible legión de ángeles se acercaba a la Tierra. Se entristeció. Aquel pequeño ángel gris iba a ser aplastado por el mayor poder residente en el Cielo. Una medida desproporcionada, pensó con la mirada perdida, pero supo ver la desesperación de Dios. Eso le hizo reflexionar. Estaba seguro que Araziel poseía el Fuego de la Sabiduría, el Secreto Divino. Quizá seguía sin saber que aquello que ardía en su pecho era la misma llama que en el principio de los tiempos había dado lugar a todo el basto Universo, al Cielo, a la Tierra... al Abismo. Aquel fuego fue el origen de la vida, del Conocimiento. Un fuego que pronto se convirtió en secreto y que se fue cobrando la vida de aquellos que lo descubrían.

Se concentró de nuevo en el ejército de ángeles, en quien comandaba la temible hueste.

—No es Miguel quien esgrime la Espada Llameante —su sorpresa agradó a Rochel, quien volvía a sonreír.

El arcángel Miguel, el más poderoso después de Lucifer y Abbadón, había sido sustituido.

—Después de derrotar a Lucifer —explicó Rochel sin apartar la vista de la columna de ángeles guerreros que viajaban a la velocidad de la luz hacia la Tierra—, Miguel cayó en un profundo pesar. No superó aquella gloriosa victoria, pues él mismo se condenó por un crimen que no era tal. Tú, querido Abbadón, ya estabas en este lugar, sujetando esta misma cadena, cuando todo sucedió. Miguel rogó a Dios que extinguiese su esencia por su crimen. Pero Dios es Bondad, y Miguel fue inducido a un sueño del que despertará cuando él mismo se perdona.

—¿Insinúas que ninguno de los Tres se sienta a la derecha de Dios? —Abbadón no salía de su asombro. Aquello era una locura.

—Lucifer está prisionero en el Infierno —Rochel no dejaba de sonreír. Veía a su hermano abatido, cansado, apagado—, Miguel dormirá hasta el Final de los Tiempos, pues dudo que algún día se perdona; y tú, buen Abbadón, jamás volverás a ver el Cielo... jamás te moverás de aquí.

Abbadón comprendió entonces el Plan Divino. Siempre había tenido ante sus ojos aquel plan, el que Dios había urdido para crear un mundo, esclavo a su Voluntad. Al no ser capaz de contener la energía necesaria para aquella imposible tarea, dividió su Poder, creando así a los ángeles. Tres de ellos, los Tres Primeros, fueron sus herramientas. Utilizó a Lucifer y su magnífica Luz para iluminar el vacío y dar forma así a la Materia. Miguel, el guerrero perfecto, la llama que todo lo quema, fue el azote, el terror de los enemigos de Dios. Y él, Abbadón, el más fiel y servicial, siempre cuidó que la Ley Divina se cumpliera, castigando a quienes se oponían a la Palabra.

—Y cuando ya no nos necesitó, nos apartó de su lado —la furia crecía a cada palabra que salía de su boca. Un calor terrible comenzaba a recorrer sus deterioradas y oscuras venas, haciendo arder su negra esencia—. Tiene el mundo que desea, a los esclavos que necesita, a los juguetes que viven y mueren según su Voluntad. Sus leyes son incontestables. Hasta que el pequeño ángel gris escapó del Infierno, de su Voluntad, de su Plan. Por eso piensa aplastarlo sin dejar rastro de su existencia, ¿verdad Rochel?

Rochel temblaba de terror. Abbadón estaba descontrolado. Lo miró a los ojos y vio un mar de sangre.

—Traidor —gritó impotente. Abbadón recuperaba su poder dormido—. Tus palabras te condenan. Él sabrá de tu blasfemia.

—Aún no —Abbadón se movió, levantó con gran esfuerzo la cadena que apresaba en su puño y avanzó amenazante hacia Rochel.

—¡Estás loco —le gritó—. Vas a liberar al Caído si sigues tirando de la cadena!

Pero el Carcelero hizo caso omiso.

Mostrando un gran poder, se desplazó hasta quedar junto a Rochel. Lo agarró del cuello con su mano libre. La presa era terrible, y el cuello del ángel que todo lo ve crujió entre sus dedos. Rochel intentó zafarse, pero sus golpes fueron inútiles.

Abbadón levantó la cadena por encima de sus cabezas y le dio un par de vueltas alrededor del cuello de Rochel, quien gritaba aterrado, pataleando, llorando. Soltó el brazo de Abbadón e intentó, sin éxito, liberarse de la cadena.

El peso era inmenso, Rochel jamás lo hubiera imaginado. Podría morir estrangulado si no concentraba toda su fuerza en mantenerse en pie. Era como si un millón de ángeles tirasen de la cadena hacia abajo. No resistiría mucho tiempo, lo comprendió enseguida, y acabaría cayendo al Abismo. El poder de Abbadón realmente era extraordinario, pensó mientras comenzaba a hundirse en la oscuridad del Universo bajo sus pies.

—Lucha por tu vida —sonrió Abbadón, quien aún no había soltado del todo la cadena—. Lucha por tu vida y por mantener a Lucifer preso, lejos del Cielo que tanto ansía destruir.

—Yo no podré... —tartamudeó Rochel sin apartar la mirada del puño de Abbadón que aún sujetaba la cadena.

—Si no resistes como lo he hecho yo —Abbadón aflojó el puño, dejando caer la cadena. El cuello encadenado de Rochel volvió a crujir—, caerás junto al Primero, quien quedará libre. Y no lo dudes —sonrió ante el rostro aterrado de Rochel—, devorará tu cuerpo y tu Luz, y renacerá, libre. ¿Soportarás saber que el culpable de la destrucción del Cielo eres tú?

Soltó la cadena. Rochel luchaba por mantenerse allí, por no caer, pero el Abismo le llamaba. Podía escuchar la voz de los Caídos lamentándose, a Lucifer esperando paciente, sonriente.

No sabía cuánto aguantaría. Miró a lo alto, buscando con su privilegiada vista el Cielo, a Dios, pero no pudo ver más allá del Cosmos, de las estrellas.

—Tus poderes menguarán con el paso del tiempo —explicó Abbadón, disfrutando aquellos primeros instantes de libertad. Extendió sus negras alas y las sacudió con gran fuerza. Se sentía poderoso, otra vez—. Si aguantas este castigo, serás lo que yo soy ahora. Paladea el miedo, hermano, pronto te acostumbrarás a su amargo sabor.

XXXVI

EL DOCTOR CASTILLO REPASABA hoja tras hoja. Encendió otro cigarro y ofreció uno a su enfermera. Esta lo rechazó con un leve gesto de mano. Estaba absorta en la lectura.

Fuera la tormenta continuaba sin dar tregua. Aquella tarde ambos la habían tenido que sufrir, cuando el taxi que trasladaba a la nueva paciente llegó. Una vez atendidos los papeleos y dadas las explicaciones de rigor a los familiares, se habían puesto manos a la obra con los informes y expedientes. Si no hubiera sido el doctor Saura quien le llamara aquella mañana, no se lo habría tomado todo con tanta prisa, pero a un compañero de facultad no le podía negar nada.

—Doctor —le interrumpió Marisa, su leal enfermera, que llevaba allí más años que él mismo—, es increíble. Tantas pruebas, tantas analíticas, y que nunca se haya encontrado el motivo a la sucesión de depresiones que ha sufrido esta muchacha desde bien pequeña.

—Los tiempos, por suerte para ella, han cambiado —Castillo llevaba veinte años en la psiquiatría, y había visto de todo. Aquel expediente le despertaba más curiosidad que incredulidad. Quizá sí era cierto lo que le comentó Saura por teléfono, pues aquella mujer había tenido tres intentos de suicidio en menos de un mes, todos ellos rodeados de un ligero regusto a misterio, a lo que él también era aficionado.

—Escuche doctor —leyó Marisa—. Según la policía, y después del trabajo de bomberos y forenses, por lo visto nuestra paciente prendió fuego a su piso haciéndolo explotar utilizando el gas natural; pero resultó ilesa, sorprendentemente. Tiene varias denuncias por parte de sus vecinos. Pero mire, por lo visto, días antes, alguien la vio subida a la azotea de su edificio “con intenciones de saltar”. Y luego lo del hospital donde la atendieron después de que la encontrasen tirada en la playa.

—Sí —suspiró Castillo junto a una bocanada de humo—. No creo que estuviera tomando un baño. Aquí tenemos un buen espécimen, Marisa. Entre el historial médico y su reciente afición al suicidio, vamos a estar ocupados.

—Siempre y cuando salga del letargo —corrigió la enfermera—. No reacciona a ningún estímulo externo, si bien camina y responde a cualquier acción si se la acompaña.

—Bien —concluyó el doctor mientras aplastaba la colilla del cigarro en un cenicero con forma de concha—, mañana veremos qué hacemos.

Dos horas después ya había anochecido, aunque con aquella tormenta sobre sus cabezas, no había mucha diferencia entre el día y la noche. El viento frío hacía caer la lluvia de lado, haciendo inútil el paraguas. El doctor Castillo sacó las llaves del coche y rápido entró en el. Lo puso en marcha y encendió los faros. En la radio, un locutor relataba un partido de fútbol. A él no le gustaban los deportes, pero no cambió de emisora, solamente bajó el volumen hasta que la voz radiofónica no fue más que un susurro. Miró hacia el edificio, un viejo hospital psiquiátrico que ya existía en tiempos de la guerra. Detuvo la mirada en una de las ventanas, la única que aún tenía la luz encendida, en la tercera planta. Era la de la nueva paciente. Le pareció ver una sombra, la de un hombre quizá, pero no le dio importancia. Entre la lluvia y el cansancio acumulado tras una larga jornada de trabajo, sabía que sus sentidos le podían haber engañado. Una enfermera, sí, eso pensó. Es la hora de la ronda.

Metió la marcha atrás y salió de su plaza de aparcamiento. Primera, luego segunda, no venía nadie por la carretera nacional, así que pisó el acelerador, metió tercera y se alejó de aquel lugar.

La ventana tenía barrotes, aunque no los necesitaba. La inquilina de la habitación no se movía sino la animaban a hacerlo. Estaba tumbada en la cama, con los ojos abiertos, irritados, pues no parpadeaba. De tanto en tanto entraba una enfermera para aplicarle unas gotas de suero fisiológico y aprovechaba para cambiarla de postura. Pero Irene no lo sentía. Hacía horas que estaba lejos de allí, sumida en una oscuridad profunda.

Las tinieblas se arremolinaban en su mente, impidiendo ser consciente de su alrededor. Miraba fijamente, más allá de las paredes, más allá de la ventana, más allá de aquel mundo lluvioso y gris. Sólo veía el negro de una noche eterna, fría, amenazante, donde vivían sus miedos y pesadillas.

Había alguien allí, en aquel rincón. Le miraba sin apartar la vista, indagando en su mente. Lo veía sonreír. Parecía que le hablase sin abrir la boca ni emitir sonido alguno. Escuchaba terribles palabras sobre miedos y dolor, sobre la tristeza, sobre su familia y sus amores perdidos. Era el relato de su vida, de las miserias, de las enfermedades y la soledad aplastante.

El hombre se adelantó. Su rostro era delgado, rígido, pálido como la luna llena, y su larga melena rubia enmarcaba una mirada apagada, unos ojos de muerto. Se quedó mirándola, serio, con la boca arqueada sin formar arrugas en su cara, como si aquel fuera su gesto natural.

Entonces le habló, sin pronunciar palabra alguna, directamente a su mente.

—Este es el lugar donde permanecerás hasta que yo lo decida —aquella voz penetró en su cabeza como un aguijón, haciéndola retorcer de dolor. Apretó las sábanas de la cama tanto que los puños le dolieron—. Vas a pagar tus pecados y los suyos. Él vino a buscarte y yo le regalaré tu cadáver. Ni lo recuerdas ni lo harás. No hay esperanza para vosotros. En este mundo de miedos y pesares, vivirás mientras tu cuerpo se pudre en una cama. Sólo el dolor te rodeará, y de él beberás para alimentar así mi satisfacción.

Cuando aquel hombre dejó de hablar, sintió un gran alivio. No deseaba volver a escucharlo, por eso él le dijo:

—No, pequeña, no hay descanso para ti. Hoy sufrirás, mañana sufrirás, y cuando tú no lo hagas, ellos, tu familia, lo harán. Mi voz puede torturarte sin necesidad de transmitir palabras. No necesitas comprender lo que digo, tan sólo sentir cómo consumo tu alma cada segundo que estoy contigo.

Irene lloraba. Su alma lo hacía, no su cuerpo, que permanecía tendido sobre una cama, en una habitación que desconocía.

El hombre ya no estaba allí. Una enfermera le aplicaba suero en los ojos. De haber podido se habría apartado aquello de un manotazo. Quería que se dieran cuenta de sus lágrimas, del dolor y la tristeza que sentía. Quería que le hicieran caso, que se fijasen en sus actos. Pero no, nadie atendía a su súplica desesperada.

—¿Qué esperas? —aquella voz torturadora volvió a su mente. Quiso gritar—. Ellos no te conocen, como tantos otros que pasaron por tu patética vida. Ya te dije que no iba a terminar esta pesadilla aunque yo me ausente. O sufres tú o lo hacen ellos. Porque tus padres lloran cada segundo que tú no lo haces. Elige, a mi me da igual, sé que al final tú te volverás loca y ellos desesperarán.

Su respiración se aceleró. Sentía el corazón a punto de estallar. Un tremendo dolor en las sienes la hizo retorcerse. No pudo gritar, una mano invisible se lo impedía.

—Vas a vivir muchos años, querida —la voz, otra vez, otro aguijonazo en la cabeza—. Si hay algo que él quería para ti es una larga vida, y yo te la voy a dar. Irás de Psiquiátrico en

psiquiátrico, de médico en médico, y ninguno hallará el mal que te consume. Nadie puede verme si lo deseo, y sólo tú tendrás ese privilegio. Sólo tú.

XXXVII

—ESTE ES EL MISMO LUGAR en el Universo donde te di muerte hace bien poco —Uriel sonreía, con sus alas de luz desplegadas en toda su majestuosidad. Tenía los brazos abiertos, con las palmas de las manos hacia adelante, los dedos abiertos, acumulando sendos gélidos resplandores blancos. En su cuerpo desnudo, bajo la radiante piel, se veía el ir y venir de su esencia, como si de sangre en las venas se tratara. En su rostro immaculado, coronados por la luz blanca de su larga melena, símbolos angelicales aparecían y desaparecían como tatuajes etéreos. En sus ojos, el frío de la Muerte danzaba esperando cobrarse la víctima que por dos veces se le había escapado.

A pocos metros de distancia se detuvo Araziel. Su fisonomía oscura era una burla ante la magnificencia de su oponente. Sus alas de pluma negra reflejaban con anhelo la luz de Uriel. En su piel gris se dibujaban sombras huidizas entre el relieve de su musculatura. No podía compararse a aquel cuerpo de Luz, pero sabía que en el pecho ocultaba un corazón vigoroso que bombeaba sangre ardiente, y eso su enemigo no lo sabía. Sacudió su negra cabellera, apartándose los cabellos de la cara. Sus ojos negros, donde un abismo había quedado grabado en las retinas, atrapaban la luz de Uriel y la apresaba entre tinieblas. Su convicción era fuerte, su esencia ardía en sus manos grises, en sus venas, en su corazón. La hora del combate definitivo había llegado. Si vencía a Uriel y poseía su Luz, tendría posibilidades de enfrentarse a la Espada de Dios. E Irene esperaba, no debía olvidarlo mientras durase la lucha. Si fracasaba ahora, todos los esfuerzos habrían sido en vano, y la tortura de su amada jamás conocería fin. Sacudió con fuerza sus alas negras y las extendió desafiante, apretando los puños, bajando la mirada.

—Es un lugar entre dos caminos —dijo sin sorprender a Uriel, quien todavía no daba señales de haber descubierto su nuevo poder—. A mi espalda la Tierra...

—Y a la mía el Alma de tu amada —interrumpió el arcángel.

Ambos sacudieron sus alas. Ambos acumularon energía en sus puños.

—Ahora escucha —rugió Uriel—. Todos los fantasmas de tu pasado volverán a ti. Las cadenas que rompiste serán otra vez parte de tu carne corrupta. Todo esto no es más que un sueño del que te voy a despertar —junto las manos hasta que entre ellas se condensó un terrible poder, una luz blanca, deslumbrante como una estrella y fría como el mismísimo Universo—. Yo, Uriel, ataré tu esencia a la Tierra Sin Nombre para que todos en el Cielo y en el Abismo puedan contemplar los restos de quien osa desafiar a Dios. En mi puño arde el Poder del Cielo.

—¡No tengo nada que lamentar —gritó más fuerte Araziel, haciendo arder sus venas, su ojos —, rugiré tan fuerte que a cada golpe que se hunda en tu cuerpo, en el Cielo sentirán el terror que ha torturado a Batshemesh todos estos milenios. Beberás de mi mano el amargo néctar de la derrota, Uriel, pues ahora es mi Odio el que anima al Fuego de mi corazón a explotar, a arrasar todo aquello que representas. Tus cenizas serán mi mensaje para el Cielo!

El choque fue terrible. Las estrellas más próximas se desplazaron en una onda expansiva sin precedentes. A cada golpe un fortísimo estruendo retumbaba en la vastedad del Espacio, pero sobresalían sobre ellos los gritos de rabia de ambos contrincantes. Cuando Araziel golpeaba, cegadores destellos se escapaban del cuerpo de Uriel. Cuando él recibía el golpe, magma hirviendo brotaba de la herida. Fuego y Luz se mezclaban alrededor de ambos ángeles mientras vientos estelares los esparcían por el Cosmos.

Envueltos en una locura incontrolable, se golpeaban sin hacer caso a las heridas. Era una

lucha salvaje, cuerpo a cuerpo, sin tiempo para pensar en estratagemas, ni en haces de energía ni en espadas de filos asesinos. Puño contra puño, carne y hueso contra materia divina, Luz contra Oscuridad.

Se movían a una velocidad que pronto formó a su alrededor una distorsión espacial. Las estrellas que fueron dispersadas por las ondas de choque comenzaban a girar en torno a ellos, aproximándose lentamente.

Tras un golpe en que ambos acertaron en su oponente, salieron despedidos del lugar. Uriel se frenó abriendo sus espléndidas alas, deterioradas por el magma que salpicaba de las heridas de Araziel. De su boca salía un hilillo de líquido azul pálido; Sangre de Ángel.

Araziel se detuvo gracias también a sus alas, más dañadas que las de su oponente. Respiraba con ansia, dejando que el frío vacío penetrase en sus pulmones castigados por los golpes recibidos. El fuego se escapaba por varios cortes en su cara y sus brazos, pero no sentía dolor alguno. Estaba más fuerte que nunca, y más rápido, pero ver como Uriel no daba muestras de fatiga sembró una semilla de duda en su ánimo. Era un arcángel a quien se enfrentaba, y olvidarlo podría ser la diferencia entre la victoria y la derrota.

—Impresionante —sonrió Uriel—. Jamás imaginé que un ángel de baja jerarquía podría medirse conmigo. Pero la Luz de Dios es mi guía, pequeño, y tu derrota está escrita.

Se abalanzó sobre Araziel, quien intentó escapar de la embestida desplazándose a su derecha. Un puño demoledor le cortó el paso, hundiéndose en su pecho, destrozándole el esternón y algunas costillas. El golpe lo desplazó varios metros, quedando suspendido en el vacío. Le dolía, y mucho. Escupió sangre negra, y no fuego, como habría esperado. Algo se apagaba en su interior.

—Eres muy fuerte —Uriel se acercaba a él lentamente. Su Luz le cegaba—, pero tu cuerpo mortal no puede soportar semejante poder. Una esencia angelical, ignorante, no puede sobrevivir tanto tiempo en un cuerpo material sin que este pague las consecuencias.

Araziel comprendió al momento porqué Uriel había luchado cuerpo a cuerpo sin hacer uso de su poder real. Había buscado desde un principio agotarlo para así poder humillarlo. No se conformaba con la victoria, no; quería que todos viesan cómo aplastaba aquella pequeña rebeldía. Estaba perdido. Su corazón latía débilmente tras el hueso fracturado. Cada vez notaba más frío en su interior. El Fuego se apagaba. Sintió entonces el aliento del Abismo, llamándole desde las profundidades del Universo.

—Primero haré callar ese corazón negro que te ata a este cuerpo —el filo gélido e inmaculado que surgió del brazo de Uriel aterró a Araziel, no tanto por la pronta muerte, sino por el recuerdo atroz del Infierno.

No deseaba volver a aquel lugar.

Y qué sería de Batshemesh entonces; su amada, abandonada así a un cruel destino. Sentía que le había traicionado después hacerse tantas promesas por salvarla. Palabras que se había llevado la lluvia sin que él se diera cuenta. Tanto luchar en vano, tantas muertes, desde aquella asustada humana en la carretera, pasando por el cura en la catedral, su hermano Elemiah, las Iras... todas ellas inútiles. Uriel lo agarró del cuello y apretó. Por un momento creyó sentir que se le salían los ojos de las órbitas. Se ahogaba.

—Tu cabeza coronará las puertas del Cielo —sentenció Uriel al tiempo que hundió su hoja helada en el corazón de Araziel. Su cuerpo inerte quedó flotando. Uriel lo contempló algunos segundos, pensativo. Era la segunda vez que lo mataba, pero a diferencia de la primera, en aquella ocasión se sintió triste. No comprendía porqué, pero no quiso averiguarlo. Alzó su terrible espada y con un movimiento fugaz la hizo descender hacia el cuello de Araziel...

...pero detuvo el tajo.

En la herida que había partido en dos el corazón del ángel gris había algo, algo se movía. Gracias a su vista de ángel la pudo ver, una chispa diminuta, del tamaño de un átomo. Giraba a toda velocidad, creciendo poco a poco, ardiendo, calentando, regenerando aquel corte mortal. Uriel no lo podía creer, no lo comprendía.

De repente una explosión, allí, en el interior del corazón de Araziel. Fuego, una llama crecía en su interior. El músculo negro del órgano se cerró, se curó, y comenzó a latir. Despacio, tímido en un principio, pero fue cogiendo ritmo al tiempo que el resto de heridas iban curando y cicatrizando. Araziel revivía.

Uriel, absorto frente al milagro que estaba sucediendo ante sus ojos de luz, se apartó unos metros. Temblaba. ¿Tenía miedo? Y Dios, dónde estaba ahora.

—No —murmuró—, sólo Dios puede obrar milagros. Esto no es real.

Araziel resucitó. Tan gris y oscuro como antes de morir, pero algo brillaba en sus ojos. Fuego, Uriel lo vio, un fuego diferente a todos los que había visto hasta aquel momento.

—¡Sólo Dios puede obrar milagros! —gritó rabioso, lanzándose contra su oponente.

Pero no la vio llegar. Una llamarada, roja como la sangre del hombre, detuvo el cruel tajo de su hoja helada. Araziel había convocado en su brazo derecho una espada de inquebrantable metal rodeada por un fuego que pronto comenzó a extenderse por todo su cuerpo. Uriel retrocedió. Miró su espada y comprobó aterrado que se había partido. La hoja amputada ya vagaba por el vacío cósmico, alejándose de ellos, envuelta en llamas rojas. Se quedó sin palabras, temblando de miedo. Araziel se acercaba a él lentamente, con sus negras alas extendidas, ocultando así miles de estrellas, galaxias y nebulosas. Era como ver llegar a la Muerte.

—Bajo un cielo torturado —comenzó a recitar Araziel, aproximándose—, de una tierra sin sol, vendré por ti. A través siete puntos de Oscuridad, más allá de las montañas y las ruinas, vendré por ti. A través de los campos de la ira y la nostalgia, con Poder en la mano, volveré... volveré.

Uriel no entendió nada. Aquellas palabras le resultaron vacías, sin sentido.

—Has enloquecido —le gritó al ángel gris, cada vez más cerca de él—. El Infierno del que has escapado te controla.

Pero no hubo tiempo para más. Araziel blandió su espada llameante y segó el torso del arcángel. Ambas mitades permanecieron flotando ante él, luminosas todavía. Agarró la cabeza por el pelo. Uriel agonizaba, escupiendo sangre de ángel por la boca. Levantó la hoja en llamas frente al rostro del arcángel y le habló.

—La respuesta está ahora reflejada en tus ojos.

Araziel hizo desaparecer la espada, aunque no el fuego. Arrancó el corazón de luz del arcángel y se lo comió.

XXXVIII

CIENTO NOVENTA Y NUEVE ÁNGELES flotaban inertes en la oscuridad helada del Cosmos. Ciento noventa y nueve asesinados por uno sólo.

Abbadón sostenía en una mano la Espada Llameante, viva y saciada de sangre angelical. Con la otra estrangulaba a Lauviah, desafortunado sucesor del arcángel Miguel al mando de la Espada de Dios. Éste pataleaba y lanzaba puñetazos contra el brazo del Asesino de Ángeles, aterrado, sabedor del cruel destino que le aguardaba.

Abbadón no necesitaba respuestas. Ya las tenía. Liquidar a aquella legión de ángeles era el desafío que lanzaba al Cielo. Deseaba que el pequeño Araziel hubiera sobrevivido a la lucha contra Uriel, pero si no era así tampoco iba a cambiar sus planes. Del ángel gris ya había aprendido lo que necesitaba saber, y si tenía que matar él mismo a Uriel, lo haría. Dios era su principal objetivo.

—¡Bastardo! —gritó Lauviah—. Has abandonado tu Sagrada Misión y te rebelas contra nuestro Padre. Yo soy su Mano Ejecutora y...

Abbadón sonrió, gesto que hizo callar a su presa. Luego rió, a grandes carcajadas.

—No eres más que un esclavo indigno de blandir esta Llama —dijo—. Grita, insúltame, llama a tu Padre si quieres, él no vendrá.

—Sí vendrá —replicó lastimero Lauviah—, Él está siempre con nosotros. Vendrá y te desterrará al Infierno, junto a aquel a quien tantos milenios has vigilado.

—Si he de caer, será después de derramar tu sangre —un fuego terrible comenzó a arder en los ojos de Abbadón. Desplegó sus imponentes alas negras y sacudió el vacío donde flotaban. Los cuerpos y partes mutiladas de sus ciento noventa y nueve víctimas se esparcieron por el Infinito—. Si he de sentir en esta piel el Infierno —insistió—, Dios me acompañará en mi Caída.

Y sin dar tiempo a réplica alguna, sin apartar la mirada de los aterrados ojos de su víctima, le clavó la ardiente hoja de la espada de Miguel en el corazón. La Luz que en él ardía se apagó. Observó por unos segundos la herida tras retirar el arma. Pudo entrever una chispa luminosa del tamaño de un átomo. Comprendió enseguida. La vida no se extingue, sólo se apaga. Con el conocimiento necesario o con un sentimiento poderoso se puede volver a hacer latir un corazón. Así resucitó Araziel por dos veces, así consiguió hacer realidad el Milagro y escapar del Infierno. Así, sonrió Abbadón satisfecho, así consiguió rebelarse a la Voluntad de Dios.

—Y así convertiré en cenizas el Reino de los Cielos.

Vio entonces un resplandor cruzando el Universo. Su energía transmitía una calidez inmensa. Había Paz en aquel resplandor que viajaba a la velocidad de la luz. Lanzó al vacío rebosante de estrellas el cuerpo inerte de Lauviah y se mostró en todo su esplendor, intentando con éxito llamar la atención de aquel cometa.

Éste detuvo su marcha, iluminando el espacio como si de una estrella se tratase. Tenía ante sí a un Ángel luminoso, sin disfraces materiales; todo él era energía pura. Era Araziel.

Se reconocieron. Se miraron fijamente. Abbadón vio en aquellos ojos de luz el Fuego que buscaba, el Fuego que le iba a arrebatarse a Dios.

Ambos asintieron con un leve gesto de cabeza y cada uno continuó su curso.

Una vez perdió de vista a Araziel, Abbadón miró a lo Alto. El Cielo le esperaba.

—Estate tranquilo Araziel —habló aun sabiendo que aquellas palabras no serían escuchadas

—, pues ningún ángel o emisario de Dios volverá a cruzarse en vuestro camino.

Abrió sus grandes alas y voló tan rápido como pudo, superando la velocidad de la luz.

XXXIX

VER A ABBADÓN TAN DE CERCA le había impresionado, pero más saber que estaba de su lado. Si éste no hubiera detenido a la Espada de Dios, el destino que estaba a punto de alcanzar sólo hubiese sido una cruel broma. Luchar contra doscientos ángeles era un suicidio para un ángel de su jerarquía.

La Luz de Uriel le había devuelto todo el esplendor de su antiguo cuerpo luminoso. Volvía a ser un Ángel, y aquello era en lo que se tenía que centrar. Ahora podía hacer frente al mayor reto que le quedaba, devolver al alma de Batshemesh toda su luz, toda la vida.

Voló rápido, tanto como pudo, dejando atrás el Universo de las estrellas, constelaciones y nebulosas para llegar al lugar donde habitaban las almas.

Encontró la de su amada. No sabía si llegaba a tiempo ni lo que Uriel le podría haber hecho.

Posó sus luminosos pies sobre el polvo de aquella llanura, gris bajo un cielo negro. Un viento gélido gritaba a su alrededor.

A lo lejos vio el árbol, retorcido y apagado. Se acercó caminando, rápido, concentrado ya en su tarea.

Apoyó ambas manos en el polvoriento tronco. Estaba más marchito y deteriorado de lo que lo estuvo la primera vez que lo vio. El árbol de Batshemesh agonizaba. Uriel había hecho bien su trabajo, mejor incluso que Elemiah, quien nunca se había acercado tanto a la destrucción de aquella alma.

—Este es el fuego que una vez me transmitiste —susurró Araziel, con lágrimas en los ojos. Su recobrada luz proyectaba danzarinas sombras sobre la corteza quebrada—, el fuego que te pertenece.

Concentró toda su esencia en las manos y la proyectó dentro del árbol. Éste emitió un leve sonido, un canto rítmico, monótono, cálido. Comenzó a brillar, a revivir, a salirle hojas verdes y brillantes. En pocos segundos la espesura de aquellas ramas proyectó una sombra sobre la hierba que había cubierto el polvo y la roca del suelo. El viento bajó de un nuevo cielo azul, susurrando la misma canción que el árbol. Todo era armonía y paz.

El sol, aquella estrella que representaba a Batshemesh en el firmamento, ardía con mayor intensidad que nunca. Todas las sombras que una vez lo eclipsaron habían desaparecido, para siempre.

Araziel se apartó unos pasos para contemplarlo todo en un mismo marco. Se sentía feliz, incapaz de retener sus lágrimas. Había valido la pena todo el dolor y el sufrimiento. Su amada se recuperaría en seguida, estuviera donde estuviera. Él volvería a ser su Ángel de la Guarda, deparándole tan sólo felicidad, paz y amor en lo que restaba de su vida. Lo que no había tenido en milenios de reencarnaciones lo tendría en los años que le restaban en aquel mundo.

XL

LA LUZ DEL SOL DE LA MAÑANA entraba en el dormitorio anunciando el nuevo día. Irene remoloneó unos minutos, estirándose primero junto a un gran bostezo para luego volver al cobijo de las mantas. Era reparador aquella sensación.

Había tenido un sueño agradable. No lo recordaba, pero se sentía feliz. Desde que dejara el hospital se había ido sintiendo mejor a cada día que pasaba. Le parecía increíble todo lo vivido hasta aquel momento, pero la verdad es que guardaba vagos recuerdos de todo ello. Los médicos le contaron algunos sucesos, sus padres otros. Vio viejas fotos, algunas más recientes, pero nada de su vida en la ciudad. Tampoco le importaba demasiado. Tenía la sensación de que así estaba todo bien.

Había recuperado las fuerzas y sentía capaz de volver a trabajar. Sus padres insistían que era demasiado pronto para empezar una vida normal, pero una oferta en la lonja del pueblo la animó y aceptó.

También estaba dejando de fumar. Vida nueva, se dijo una mañana, y tiró el paquete de tabaco a la basura. Su madre aplaudió aquella decisión.

Los pájaros canturreaban afuera, y un perro ladró. Justo después escuchó el motor de un coche ponerse en marcha. Estaba claro que no volvería a conciliar el sueño, así que se incorporó en la cama. Se apartó el pelo de la cara. Lo tenía revuelto y un mechón rebelde volvió a teparle un ojo. Lo apesó tras la oreja y miró por la ventana. El sol calentaba aquella mañana, y dejó que aquel calor bañara su cara.

Hacía una semana que no llovía.

La puerta del dormitorio se abrió. Su padre entró sonriente.

—Veo que no ha hecho falta despertarte —le dijo satisfecho. Se sentó al borde de la cama, a sus pies. Se quedó mirando el día radiante que se presentaba tras la ventana—. Definitivamente, ha terminado el invierno.

EPÍLOGO

—¿Cómo se encuentra la abuela? —Tomás entró en la sala de espera alterado. Desde que su mujer le llamara al trabajo, a duras penas había podido retener el llanto. Sollozó cuando habló con su jefe por el móvil, mientras conducía dirección al hospital. Cuando llamó a su hermana Marta ya estaba en la recepción de Urgencias.

—Tomás —su madre le habló con lágrimas en los ojos—. El médico aún no ha dicho nada.

El muchacho se sentó junto a Olga, su mujer, que había llegado minutos antes que él. Miró a su alrededor y comprobó, en un oasis de satisfacción entre tanto pesar, que prácticamente toda su familia estaba allí. Su padre, sus primos, sus tíos y su abuelo, su querido abuelo. Se levantó y fue con él.

—¿Cómo estás, abuelo? —le preguntó mientras recogió aquellas arrugadas y cansadas manos entre las suyas.

—Mi pequeño Tomás —sonrió el anciano—. ¿Qué tal el trabajo?

—Bien, abuelo —sonrió el muchacho—. Todo bien.

—Eso es bueno —suspiró su abuelo—. Hay que cuidar que todo esté bien.

Tomás se sentó junto a él y agachó la cabeza para perderse en sus pensamientos. Miraba de vez en cuando a su padre, a su madre y a sus primos. No había consuelo en las miradas perdidas de todos ellos. Su mujer se acercó a él y, tras acariciar con cariño las temblorosas manos del abuelo, abrazó contra su vientre a su marido. Tomás rompió a llorar.

—No llores por ella, pequeño —le consoló su abuelo con voz débil—, a ella no le gustará saber que su Tomás está triste.

—Abuelo —se acercó Francisco, el tío de Tomás. Se quedó de pie, frente a ellos, sin saber qué decir, cansado y abatido. Llevaba en aquella sala más de veinticuatro horas, desde que acudiese a Urgencias con la abuela.

El abuelo levantó su cansada vista y observó con una sonrisa a todos los allí reunidos, a toda su familia. Habían pasado sesenta y siete años desde que conociera a su mujer, cuando tan sólo tenían treinta y el caprichoso destino les hiciera coincidir en la cálida soledad de una noche de verano. Todos ellos eran fruto de aquel instante, de aquel momento en que él se le acercó para pedirle fuego para encenderse un cigarrillo y ella, con una sonrisa llena de paz y amor, le contase que había dejado de fumar hacia poco tiempo.

Miró a sus hijos, María, Alberto y Francisco. A sus nietos, Miguel, Sara, Lorena, Ana, Andrés y a Marta, que acababa de llegar. Y sonrió al verlos junto a sus maridos y mujeres, a sus novios y novias. Y detuvo su mirada justo a su derecha. A su lado, abrazando todavía a su pequeño Tomás, Olga le miraba con ternura, con la ternura con la que mira una madre. En su vientre, donde su nieto apoyaba la cabeza, un nuevo miembro de aquella pequeña familia crecía. Suspiró.

El doctor que desde un principio atendiera a la abuela, entró en la sala de espera con semblante serio. Habló unos minutos con la madre de Tomás. Luego les pidió a todos que le acompañasen.

Entraron en una habitación que quedaba al final de un pasillo por donde iban y venían enfermeras, celadores y doctores, ante las miradas de aquellos que esperaban junto a la puerta de algunas de las demás habitaciones.

Todos fueron pasando a la habitación, colocándose alrededor de la cama mientras intentaban retener el llanto. Habían retirado ya todo el instrumental médico. Eran muchos, así que los menos allegados decidieron quedarse fuera. Al cerrarse la puerta se hizo el silencio. Por una gran ventana entraba el sol cálido de la primavera, cuyos rayos reposaban sobre la cama, donde la abuela Irene descansaba.

Nadie se atrevió a romper aquel solemne silencio.

Acercaron al abuelo junto a su esposa. Éste la cogió de la mano y no pudo evitar que se le escapara una lágrima cuando ella le miró con aquellos pequeños ojos. Se sonrieron levemente, despidiéndose sin hablar.

Irene paseó su cansada mirada a su alrededor. Estaba feliz al verlos allí reunidos, a todos, su familia. Se sintió afortunada por aquella vida que ya tocaba a su fin. Miró a su izquierda, junto a la ventana. Su nieto Tomás le sujetaba la otra mano sin poder contener las lágrimas. Le sonrió, y si hubiera podido hablar le habría pedido que no llorara, que el amor con el que siempre había vivido junto a ellos era la mejor de las recompensas. El muchacho le dijo algo entre sollozos, pero ella no pudo escuchar sus palabras; la calidez de un rayo de sol que asomaba desde la ventana por encima del hombro de su nieto iluminó su cara, dándole la bienvenida.

Allá, afuera, junto al sol, alguien la esperaba. Irene sonrió, rió, joven otra vez, llena de júbilo, y corrió hacia él con los brazos abiertos, gritando su nombre.

Araziel.

FINAL

—¿QUÉ ES ESTE LUGAR, Araziel? —preguntó Batshemesh, maravillada, dejándose llevar por el ángel a través del espacio infinito, atravesando nebulosas y constelaciones cuyos colores jamás había visto ni imaginado.

—Este es el lugar donde empezó todo —sonrió Araziel—, el lugar donde todo es eterno, donde la vida y la muerte no son más que un recuerdo.

Araziel sujetó con fuerza a su amada contra el pecho y aceleró el vuelo hasta que llegaron a un punto en que las estrellas quedaron a sus pies. Una vez allí, flotando en aquel espacio infinito, lejos de toda fuerza de gravedad, Araziel se separó unos metros de la muchacha y la observó con una sonrisa. Ella también sonrió, feliz de estar nuevamente con su amado ángel, quien iluminaba con su radiante y cálida luz aquel espacio negro.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

Él no dijo nada. Se limitó a observarla, tan joven, como cuando la conoció, al principio de los tiempos, con su larga melena negra ondeando en el espacio, como si en el fondo del mar estuvieran.

Estaba feliz. Después de tantos milenios de sufrimiento, de tantas luchas y tantas muertes, al fin había llegado la hora de descansar.

—Ha llegado el momento —habló finalmente—, el Fuego de la Sabiduría que tu amor transmitió a mi corazón vuelve a ser tuyo. Con él nace un nuevo mundo, tu mundo.

Y así fue como en aquel punto más allá del Universo, lejos del Cielo y del Infierno, de la Vida y la Muerte, un ángel se convirtió en dios. Araziel creó con sus manos una esfera de materia inerte a la que dio forma, levantando montañas, sembrando prados y cosechas, haciendo correr ríos, que nacían de fuentes y lagos y desembocaban en un ancho mar.

Alzó las manos y volvió materiales todos los sueños de Batshemesh. Hizo de sus primeros recuerdos la base de una naturaleza rica y próspera, llenando aquel mundo de animales bondadosos y frutos que nunca se acabarían.

Habló, y de un susurro nacieron los cuatro vientos. Su música llenó el silencio.

Todo era paz y armonía.

Tan sólo el cielo permanecía sin acabar.

Entonces Araziel extendió sus alas y formó una noche llena de estrellas, nuevas constelaciones a las que poner nombre. Su corazón se iluminó en mitad de aquella bóveda celestial, como un sol, y se acercó a Batshemesh para abrazarla, para despedirse. Ella cayó en un cálido sueño al tiempo que su amado Araziel le habló:

“Ahora que tus días han terminado, amada mía, ahora que el viejo sol se ha puesto para siempre, por fin puedo rendir mi cuerpo sabiendo que estarás bien, aquí, en este paraíso que mi último aliento crea para ti, para siempre. Descansa de tanto dolor, de tanto sufrir bajo oscuras palabras. Corre libre sobre la verde hierba, bajo el día cálido y radiante, bajo la noche silenciosa que mi esencia oculta del Cielo acusador. Reposa tus pies, tus manos, tu alma, en esta eternidad, donde pájaros de oro y plata surcarán incansables el nuevo firmamento que la última luz de mis ojos rescata para ti.

Duerme, sueña, aquí, bajo montañas impenetrables, llenas de poder, donde mi voz siempre

se reconfortará viajando incansable en el viento, besando tu cuerpo.

No hay dioses que puedan perturbar tu paz aquí. Nunca más lo harán. Con mi último aliento borro para siempre los caminos hacia tu corazón.

Ahora tu alma es libre”.

FIN